MANUEL UGARTE

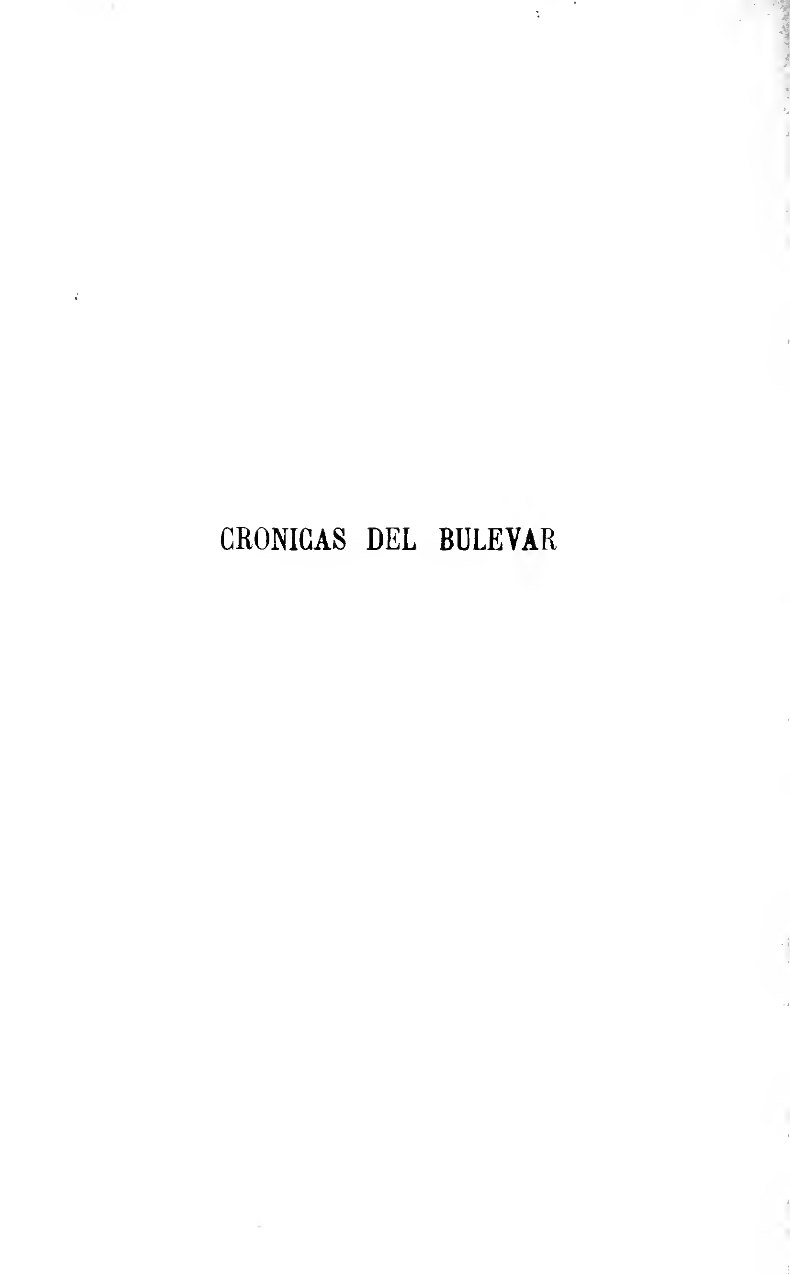
CRÓNICAS DEL BULEVAR

GARNIER HERMANOS

PARIS

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
869.3
Ug1cr

SOUTH
AMERICAN
COLLECTION



CRONICAS DEL BULEVAR

MANUEL UGARTE

CRÓNICAS
DEL BULEVAR

Prologo de RUBÉN DARI



PARIS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, rue des Saints-Pères, 6

869.3
Ug1cr

Romances SA 20Ap18 1.t. 89 22 Ag 18 Kug

PRÓLOGO

CRÓNICAS DEL BULEVAR, título modesto para un volúmen en que hay muchas sanas ideas, serias observaciones y hermosas páginas. Es una labor de periodista, pero no os extrañeis si encontrais á veces al filósofo en el corresponsal, y en el reporter al poeta. Ya nos ha demostrado esas cualidades el autor de *Paisajes parisienses*, juzgado de tan diversa manera por Miguel de Unamuno y François de Nion—España y Francia.—Para Unamuno es un extraño, á pesar de escribir la misma lengua; para François de Nion es un amigo, un colega, á pesar de escribir en lengua distinta. Manuel Ugarte, como toda la intelectualidad hispanoamericana desde hace unos quince años, se siente poseido por el espíritu, por el pensamiento francés. El influjo ha crecido desde que vive en París. ¿Es un bien? ¿es un mal? Es un hecho.

¡Grande y maravilloso París, tan peligroso y tan bueno! Acoje al severo y al danzante, al meditabundo y al risueño, al que busca la verdad de la vida y al que se ahoga en el torbellino de su propia locura-

*

197316

Campo de agitaciones, pandemonium de pecados, tiene, para el que la solicita, una celda de paz, un laboratorio espiritual. Ugarte vive aquí, como tantos otros vivimos, en esta vasta patria de todo el que piensa. Y su libro, en su título, no es exacto; pues no es en el bulevar donde ha encontrado el autor la revelación del alma de París; antes bien, en la frecuentación del medio obrero, de la Universidad popular, del centro de las escuelas, de la palabra del profesor, del ensueño del artista. Como yo escribiese á mi amigo el Sr. de Unamuno la noticia de que M. de Nión le reprochaba sus censuras contra el francesismo de Manuel Ugarte, contestóme estas palabras, que me permito citar... « la primera noticia que tengo, no ya de los floretazos del conde François de Nion, más aún, de la existencia de este conde, es por su carta. Sospecho lo que Nion diga, dado que es francés, y es fácil me decida de una vez á decir cuanto pienso de la literatura francesa y de su influencia en España y en los pueblos de lengua española. Precisamente, ayudado de la excelente *Histoire de la littérature française, par Gustave Lanson*, estoy volviendo á leer literatura francesa, que me ha sido siempre tan poco simpática, y á pesar de mi empeño por gustarlo todo y compren derlo todo, no me entra. Reconozco cuanto en elogio de ella se dice, pero no la trago; me parece *intelectual*, no racional, y los franceses *raisonneurs et rien que raisonneurs*. Ni aquel protestante que se llamó Rousseau pudo cambiar á esos fríos volterianos llenos de *savoir faire* y *foncièrement* católicos, hasta los ateos. Schopenhauer y Kipling, como en un tiempo César y Tito Livio, los han juzgado bien. Y luego esa vanidad, esa necia vanidad procedente de su

profunda ignorancia de lo que pasa fuera; su cosmopolitismo es falso. Cuando elogian á un extranjero, parecen decir: « Para ser ruso, ó español, ó italiano, no lo hace mal. » Un francés se me escandalizó porque le dije que me saque un Ganivet francés entre los jóvenes. Si me vienen con razones, reconozco la validez de ellas, pero vuelvo á mi tema. No puedo con esos monos de Europa, ni con su literatura tan clara, tan fácil, tan bien hecha, tan fría. Dice bien Lanson que tienen *inaptitude métaphisique*, y lírica y mística. » Mi alta estimación intelectual por el Sr. de Unamuno ha sido demostrada en otras ocasiones. Ahora no estoy, ni con mucho, de su parte. Su confesada limitación de gusto, su hostilidad para el espíritu más representativo de la cultura latina, moderan esta vez mi simpatía. Por otra parte, no deja de sorprenderme que un escritor de su seriedad y de su médula, refresque sus conocimientos en literatura francesa en obras, si muy apreciables para escolares, precaria ayuda para un estudioso humanista. Su desconocimiento de un escritor como François de Nion no es tampoco excusable. De Nion sabe quién es Unamuno, y ha leído, por lo menos, sus estudios de la *España Moderna*. De Nion escribe en París; Unamuno en Salamanca. Los juicios de autores antigalos de que me habla, pueden ser copiosamente contradichos. A César, que tuvo sus razones, y á Tito Livio, se opondrían muchos nombres de la antigüedad clásica; y en lo moderno, puesto que me cita á Schopenhauer, le contestaré nada menos que con el hurañísimo alemán de Zarathustra; y al odioso imperialista Kipling, ¿por qué no oponer el noble Swinburne? Yo no sé si estos monos de Europa tienen inaptitud metafísica; pero si sé que hubo un

macaco llamado Descartes, que algo entendía de eso; y en cuanto á la lírica, ese gorila de Victor Hugo creo que no es completamente despreciable. M. Remy de Gourmont, que no es viejo, y que es universal, (Ganivet es ciertamente grande: para la España actual) puede decir algo sobre el falso cosmopolitismo francés que señala el Sr. de Unamuno, y que ha atacado tan septentrionalmente el oso blanco de Bjornson: « La Francia es, desde luego, el país en que la idea de belleza ha sufrido más variaciones, estando poblada de hombres vivos y curiosos, siempre á la espectativa de lo que pasa, y listos á trabar conocimiento con todo lo que es extraño y nuevo, y á reir si eso nuevo no conviene á su temperamento. Nuestro sentido estético tiene, pues, caprichos. Pero variable históricamente, es bastante sólido en un momento dado. Hay una casta estética hoy; ha habido siempre una; y la historia de la literatura francesa no es casi otra cosa sino el catálogo razonado de las obras que fueron sucesivamente elegidas por esa casta. » La cuestión es extensa, y no es esta la oportunidad de tratarla. Así, vuelvo al nuevo libro de Manuel Ugarte.

París ha enseñado á este escritor entusiasta y joven las luchas del trabajo; le ha interesado en los problemas del mejoramiento social; le ha desinteresado del egoismo; le ha avivado la curiosidad del porvenir, y le ha impregnado de simpatía humana.

Hemos asistido juntos á reuniones socialistas y anarquistas. Al salir, mis ensueños libertarios se han encontrado un tanto aminorados... No he podido resistir la irrupción de la grosería, de la testaruda estupidez, de la fealdad, en un recinto de ideas, de tentativas trascendentales... No he podido soportar

el aullido de un loco desastrado, al salir á recitar un artista de talento, porque estaba condecorado con la Legión de Honor; ó el grito grotesco de un interruptor incomprensivo, en una peroración grave y noble; ó al furioso cojo Libertad, vociferando contra el poeta Tailhade, y amenazando en plena escena con su muleta, en la fiesta misma en honor de Tailhade..., ó á cuatro «anarcos» rabiosos, gesticulantes al rededor de Sévérine enlutada y pacificadora... No, no he podido resistir... Y, sin embargo, Ugarte, convencido, apostólico, no ha dejado de excusarme esos excesos, y se ha puesto hasta de parte del populacho que no razona, y me ha hablado de próxima regeneración, de universal luz futura, de paz y trabajo para todos, de igualdad absoluta, de tantos sueños... Sueños.

Poeta, ha cantado á los caídos; periodista, ha procurado difundir entre nosotros las ideas que cree justas y verdaderas. Ha juntado á la predicación el ejemplo. Siendo persona de fortuna, hace una vida retirada, modesta; estudia y trabaja. ¿Por qué, sin tener necesidad, ha preferido al laborar reposado del libro, más intelectual, más fundamental, la tarea periodística, el oficio de cronista, duro y dificultoso, sobre todo en este vasto kaleidoscopio de la capital de las capitales? París se llama Legión y Legiones; su multiplicidad no admite cánones; su abarcamiento exigiría vidas y vidas. Hay que ser veloz y vivaz para asir al vuelo tanta variedad. La observación debe ser cinematográfica. Quien pretenda señalar esta cualidad como un defecto en los que escribimos en los diarios, no está con la razón. Se puede ser ligero como el aire, y llevar el polen fecundador. Sé bien que entre los intelectuales la palabra periodista

tiene una significación inferior. En este sentido por ejemplo, refiriéndose á mi *España Contemporanea*, M. Remy de Gourmont escribía: « *Ce n'est pas du journalisme* ». En cambio, mi excelente amigo Gómez Carrillo me prodigaba por idéntico libro elogios que no merezco, considerándome únicamente como periodista... Tarea larga es la de contar á un público, y sobre todo á nuestro público, los hechos y gestos de París. Hay que naturalizarse parisiense, ó serlo de nacimiento. Sabido es que se puede nacer parisiense en cualquier parte del globo. La palabra « parisiense », decía el otro día en la Sorbona un conferencista que sabía de lo que trataba [1], tiene muchos sentidos; pues París es un Proteo que no se deja encerrar en fórmula alguna. Se entiende por espíritu parisiense, la ligereza superficial, la ignorancia escéptica, la ironía impertinente, y, sobre todo, el don de saberlo todo sin haber aprendido nada; pero también una esencia sutil, de razón y de finura; algo de vivo y de picante, un gusto de elegancia sólida y de vigor conciso, que responden muy bien al aticismo de la antigua Grecia. El escritor argentino se ha naturalizado parisiense. Siendo joven, ha podido librarse de varios peligros que entre nosotros, en América, han causado daños, como la exageración y el apego á lo que aquí se llamó « escritura artista ». Es loable su tendencia á la literatura de ideas, en oposición al fácil zurcir de la literatura de glosas, de recetas y de palabras. Mas no faltará en España, ó en América, quien al leer tal página suya en que vaya una expresión nueva, un giro osado, una frase sugerente, hable todavía de

[1] M. Larroumet.

simbolismo y de decadencia. Aquel-Que-No-Comprende, no desaparecerá jamás de la faz de la tierra.

Proclama el Sr. Ugarte el amor de la acción, y se preocupa de la inercia moral de la juventud hispanoamericana. La juventud sin ideales, la juventud inútil, se trueca en perjudicial para la obra de progreso y bien sociales; tanto más que la creciente del egoismo es mucha, y el considerar la vida como un festín en que hay que regalarse á toda costa, por la buena ó por la mala: « hijo mío, haz dinero, si puedes honradamente; y si no lo puedes, haz dinero ». Esto dice el Eclesiastes de los Apetitos, en la edad de los trusts.

Ha pasado el tiempo del aislamiento en las torres ebúrneas. De un modo ó de otro, hay que ayudar á la consecución de la felicidad humana, á despecho de las duras filosofías de la crueldad y de la indiferencia. De consuno la voluntad tenaz y la fe luminosa ayudan á la invención de las soñadas Américas. Como en el cuento oriental, no hay que poner oídos á las invectivas que brotan á los lados del camino de la conquista.

No hay que dejarse dominar por las amenazas ó intrigas de los malos demonios, de los bufones siniestros. La tenacidad y la virtud del trabajo bien dirigidas, llevan al logro del generoso deseo, el esfuerzo individual unido á lo energía de todos, la unión de los espíritus en el gran objeto común, en el ideal universal. Es consolador, por lo menos, ver que existen almas decididas por la lucha de las nobles ideas, en una de las épocas en que más que nunca se ha manifestado y se manifiesta la innata tendencia á la guerra, la inacabable enemiga entre el eterno Abel y el inmortal Caín. Nuestros países

necesitan particularmente de estos abiertos y sanos talentos jóvenes. Nuestras repúblicas de la América del Sur acaban de ser señaladas al mundo desde la tribuna francesa, por el ministro de Instrucción pública, como futuras sostenedoras de la civilización latina. Es la idea que vibra en los versos de Andrade, en las prosas de Alberdi y de Sarmiento.

La República Argentina tiene vasta tarea en el coro continental. Así los hacedores de la patria de mañana nó han de ser gárrulos danzarines, ni tocados de superhombría, ni payasos neronistas, ni clubmen pomposos; han de ser obreros unidos y fraternales, alejados de todos los sectarismos y de todas las imposiciones, llenos de la ardiente ilusión de realizar el soñado propósito, en una inmensa concepción de la vida y de la humanidad.

La buena juventud francesa encuentra un estimador entusiasta en el Sr. Ugarte. Él ha observado, ha visto de cerca los nuevos movimientos, las enérgicas tentativas intelectuales y sociológicas. «Las generaciones recientes van á corregir el error de las anteriores, aplicándose á operar sobre los acontecimientos. Las indiferencias de antaño han pasado á la historia. Todos tienen interés en reformar ó conservar lo que les rodea. Los jóvenes podrán diferir en cuanto á la intensidad de aplicación de ciertas ideas; pero todos están de acuerdo para ocuparse del bien común. Es un primer resultado apreciable, que debe tener su repercusión en América.» Le interesa en gran manera la actitud de la juventud nuestra, de sus compañeros. Desearíalos á todos resueltos, como él, á la buena campaña, armados de valentía y de optimismo. Sabe los defectos del medio, y los lamenta. «La mayoría de nuestra juventud

se ha acantonado hasta ahora en lo existente, negándose á saber si hay algo más allá de la verdad actual. No ha tenido esa voluntad de saber, que empuja á algunos hombres á discutir con su conciencia. Se ha contentado con resbalar sobre la superficie de las cosas, y con sacar el mejor partido de la vida, cediendo á un egoísmo inconsciente. De ah que ciertas ideas, vulgares en otros países, parezcan en el nuestro originalidades extravagantes. La mayoría no está al cabo de las evoluciones del siglo, y persiste en aplicar á los hechos recientes un criterio anticuado. Muy pocos leen. La hoja diaria parece bastar para satisfacer las curiosidades de la mayoría. Y es inútil decir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan á consolidar una opinión filosófica. Por esa causa, nuestra educación es tan superficial como nuestro carácter. Llegamos hasta mirar con cierto menosprecio al hombre ilustrado. Entre su ciencia y el *facón* de un valiente, nos decidimos por el último ». El cuadro es exacto y triste; hay que bregar por que sea substituído por el florecimiento y actividad de elementos mejores. Hay que atacar por la fuerza, por el ridículo, por la acción, el superficialismo y el artificialismo. Cuando toda la juventud hispanoamericana se haya posesionado de la idea de su misión verdadera, una nueva edad comenzará. No es un porvenir de nubes pesimistas el que hace entrever una generación que cuenta con espíritus escogidos que no nombro, pero que en la conciencia de todos son vistos como los primeros; directores mentales, ó pioneers robustos, — fuera de la simple literatura.

El optimismo del autor de este libro nace de su temperamento personal. este buen escritor es un

escritor bueno. La sabiduría de las naciones ha dejado en muy cuerdos proloquios establecida la exactitud de que el malo juzga todo según su condición. El bandido os dirá que todo el mundo es bandido. La falta absoluta de sentido moral hace preconcebir las cosas y los seres á través de un particular velo, — un velo de nocturna frialdad. Y el alma abierta y alada, no sabrá mirar sino bajo una luz benéfica. El campo es vasto, y mal haríamos en ir á levantar las piedras que ocultan víboras, cuando los árboles nos ofrecen sus brazos cargados de gloriosas esperanzas, flores puras, el frescor del retoño, el nido de la oropéndola. Esperemos en los bravos trabajadores, en los que piensan y obran, en la virtud de la palabra y en la fecundidad de la acción. Los averiados y los dañinos mueren en su propio daño. El porvenir quiere almas límpidas y matinales.

RUBÉN DARÍO

París, 1902

CRÓNICAS DEL BULEVAR

LA DIFAMACIÓN

Días pasados, en uno de esos círculos de periodistas donde se elabora la reputación y la actualidad del día siguiente, se debatía una vez más la vieja cuestión de saber hasta qué punto es admisible la calumnia, como arma de combate. Lo más simple — dirá un neófito — sería asimilarla al homicidio, y castigarla con penas duras, hasta retirarla de la circulación. Pero en la vida no es posible aplicar un criterio tan radical, y esas indignaciones infantiles ante lo malo se desvanecen casi siempre con el uso, para dar lugar á un claro-obscuro de indulgencia y de ironía. Los grandes gestos sólo fueron posibles en la Roma antigua, cuando se contaban los años

por medio de clavos fijados en las paredes del Capitolio. La vida de hoy es tan complicada y tan llena de vericuetos, que sería inocente pretender arrancar de raíz determinadas formas y costumbres, que forman parte integrante de nuestra civilización. Ninguno de los periodistas presentes se había visto respetado por la calumnia. Se podía decir que todos se hallaban vacunados, de uno ú otro modo, con dolor ó sin él, agresiva ó amistosamente. Porque es necesario recordar que la difamación no reviste siempre la forma rudimentaria de una acusación antojadiza. El progreso la ha perfeccionado, hasta hacerla fina y sutil, como un epigrama de corte.

Ya no se dice que la señora X*** engaña á su marido, sino que « la señora de X*** es un modelo de virtud, *pero* que es lamentable que los mal intencionados le atribuyan veleidades de coqueta. » La responsabilidad queda así desviada sobre terceras personas, y el veneno resbala en una sonrisa. Se ha llegado á tanto perfeccionamiento, que hasta hay casos en que el paciente agradece el empeño que pone el operador en hacerle daño con la mayor delicadeza posible. Los que han vivido un poco, se han familiarizado fatalmente con los errores de la vida. Nues

tra inclinación á la tragedia desaparece casi siempre á los veinticinco años. De ahí, que la media docena de periodistas reunidos en la sala del café, consideraran la calumnia como una enfermedad incurable, arraigada en las costumbres.

Sólo hablaban de la mejor manera de neutralizarla en ciertos casos. Uno de ellos dijo que era inofensiva, porque los hombres de cierta estatura moral saben conservar su calma en medio de los mayores desastres. Otro, que como el abate San Pedro se cree resarcido de todas sus penas cuando entrevé que uno de sus proyectos puede ser ejecutado siete ú ocho siglos más tarde, afirmó que era un vicio pasajero que moriría con la ignorancia. Y el último, que tenía el monóculo y la incredulidad de París, se limitó á declarar que era un pasaporte de celebridad, apoyándose en la curiosa frase de no sé qué marquesa, que dijo á Marivaux: « Ya sé que tiene usted mucho talento, porque he oído hablar muy mal de usted. »

Todas estas palabras, salpicadas sobre una concepción risueña de la vida, se aplican admirablemente al caso de Emile Zola que, como todos los hombres que se oponen á la corrien-

te, ha sido insultado y calumniado en grande escala. La difamación va siempre proporcionada al mérito, y es muy natural que esta vez se precipite en oleadas sobre la presa. Sólo se recuerda un caso en que la mayoría se haya ensañado con tanto rigor sobre un solo hombre: el de Voltaire, que fué atacado también con suprema sinrazón, á propósito de su defensa de ese caballero de la Barre que, como Nicolás Flamel y Etienne Dolet, fué quemado por los antidreyfusistas de su tiempo. Zola es uno de esos hombres superiores que provocan el encono de sus iguales.

Pero no deja de ser lamentable que el orgullo aturda á ciertos temperamentos, y provoque en ellos esa precipitación de juicio, que es la denuncia de una organización cerebral muy imperfecta. Por otra parte, es muy humano. Las existencias están edificadas sobre un sentimiento egoísta, que es algo así como el patriotismo del individuo. Creemos que toda vida que se engrandece más de lo reglamentario, es una invasión exterior que nos amenaza. Y como estamos acostumbrados á admitir que todas las armas son buenas contra el extranjero, no es extraño que muchos acudan á la calumnia. Na-

da más lógico. El error proviene de la falsa concepción de las cosas y del atavismo animal que nos lleva á limitar nuestro cuidado á nosotros mismos ó á las gentes que nos rodean. Suponemos que todo lo que favorece á los demás, nos hace daño. Y no concebimos que la felicidad puede ser universal.

Pero, volviendo á Zola, contra quien se han esgrimido las acusaciones más inverosímiles, es necesario reconocer que no ha podido defenderse de una tristeza amarga, al constatar que tantas gentes buenas, pero ignorantes, repiten la frase dura con que le han combatido sus adversarios. Algunos sostienen que la pasión política no basta para dar nacimiento á la especie calumniosa, y que es necesario un poco de malevolencia. Sería inocente suponer que Rochefort, Drumont, Coppée y Lemaitre, que están habituados á verificar los hechos antes de admitirlos, *creen* que Zola recibe dinero del emperador de Alemania. Los cuatro polemistas han lanzado la acusación como una catapulta. La masa anónima no ha hecho más que repetirla, sin reflexión, con la atávica voluptuosidad de hincar la garra. Y Zola ha asistido al espectáculo desmoralizador de millares de hombres

que le persiguen declamando una inexactitud hiriente.

Según la frase popular, estas injusticias «forman parte integrante» de esa gloria que Lucien Mulhfeld analizaba con fino bisturí, en una crónica reciente. Parece que el éxito tiene anverso y reverso, y que la vanidad de hacer hablar de sí sólo se satisface á condición de entregar la propia reputación al capricho de todos. Es la ley de las compensaciones y nadie puede enfadarse contra una multitud cuyos sufragios solicita. Pero es enojoso que la mayoría no sepa discernir entre lo verosímil y lo inverosímil, y es desagradable que acoja con tanto apresuramiento todo lo que puede hacer daño al vecino. Sería necesario hacer entrar un poco más de equidad y de raciocinio en las conciencias, para prevenirlas contra la emboscada del odio. Bien está que los despreocupados, en quienes ha desaparecido toda idea noble, se complazcan en atribuir á los demás todo lo que la imaginación les sugiere; pero es inadmisible que muchas excelentes personas, cuyas facultades de análisis no se han despertado todavía, se vean arrastradas, por el engranaje de las apariencias, á dar crédito á esas invenciones. Zola

decía en uno de sus últimos artículos: « No me inquieta la opinión de mis enemigos, sino la de los indiferentes. La parcialidad de mis adversarios me tiene acostumbrado á todo: pero lamentaría que las gentes ingenuas, que por escasez de instrucción se ven obligadas á comprar los pensamientos ya hechos, adoptaran la versión á través de la cual me muestran los que me combaten. »

Esta situación lamentable de un hombre hon rado, acosado por la calumnia, ha dado nacimiento al rumor de que Zola, agotado después de un esfuerzo tan poderoso, se hallaba gravemente enfermo. En los *coins de feu* donde se comentan las últimas noticias, se repetía con insistencia que el estado del autor de *Germinal* inspiraba serios cuidados. Según esos diceres, Paul Alexis, Charpentier y el doctor Pozzi no abandonaban el cuarto del enfermo. Se temían complicaciones. Y si no se daba publicidad á la noticia, era porque los *gros-bonnets* del dreyfusismo temían la repercusión que ella podía tener sobre la causa que defienden. En la media luz de las confidencias, se llegaba hasta encarar la posibilidad de un desenlace fatal. Felizmente, el rumor era un simple *canard*, de

esos que nacen y mueren todos los días en esta ciudad tan novelera como enorme. Pero no deja de tener su importancia, si se atiende á la causa que le dió origen. Zola es un hombre de mármol, sólido como un picapedrero, de cuello de toro y brazos duros, de inteligencia maciza y voluntad de conquistador; pero toda la energía y el empuje de un atleta no bastan para sobrellevar el azote de una difamación sistemática. A menos de una firmeza sobrenatural, ó de una brusca embestida, que dispersa á los enemigos, llega un instante en que las fuerzas flaquean y el cuerpo cede.

Es lo que ha ocurrido con Scheurer-Kestner y con Grimaux, que fueron dos de los primeros defensores de Dreyfus. El primero era vicepresidente del Senado. El segundo, profesor de la Escuela Politécnica. Y los dos han muerto, arrebatados por el mismo pavor, ante la avalancha de cieno que amenazaba devorarlos. No eran hombres de lucha, no podían abarcar el conjunto de la acción, no sabían esperar el tiempo sonriendo á la fortuna adversa, y no poseían, como Zola ó Jaurés, esa seguridad de « tener razón » que es el mejor escudo. Cuando se vieron amenazados y vejados en su reputa-

ción y en su familia, se dieron á la melancolía de lamentar su suerte, y sucumbieron.

Estas almas buenas, que no están blindadas para los grandes combates, perecen casi siempre en la acción. Son hombres de laboratorio, de biblioteca ó de congreso, muy pulcros, muy sutiles, muy sabios, propios quizá para dirigir un pueblo, pero no para resistirle. Así que bajan al arrabal y respiran los olores acres de la calle, se marean y pierden pié. Sólo poseen la palabra, les falta el gesto. Tienen de la vida una concepción un tanto infantil, que les hace suponer en todos los hombres la misma dósis de rectitud, bondad y justicia que ellos han almacenado, depurándose con la meditación y con el estudio. Ignoran que la mayoría es impulsiva y sólo ve los rasgos gruesos de las cosas. Y, al caer de lleno en el realismo crudo de las pasiones, imaginan una catástrofe en cada incidente de la lucha. De ahí el desastre.

En los Estados Unidos, donde las vidas están organizadas y defendidas hasta la exageración, y donde casi todo está previsto, no se ha inventado todavía un arma contra la difa mación. Bryan y Mac-Kinley se ven acusados todos los días de malversadores de la fortuna

pública ó de viciosos impenitentes, de protectores de *trusts*, ó de comanditarios de garito. Sólo pueden defenderse, oponiendo la verdad á la afirmación inexacta. Pero la verdad es híbrida, y la mayoría de las gentes no ha podido ahogar todavía cierto sentimiento indócil, que les hace ver y aceptar con regocijo las imperfecciones de los demás. Es una manera de engrandecerse en la comparación, y de olvidar las propias debilidades. Por otra parte, está probado que la mentira es mucho más verosímil que la verdad. En cuanto á la ley y á las causas ante los tribunales, son excelentes en casos particulares y precisos, pero son completamente inútiles cuando se trata de difamación política. No es posible procesar á una multitud. Y además, aunque el atacado acierte á poner la mano sobre el inventor ó primer propagador de la calumnia, no ha adelantado nada, porque no es posible probar diceres imprecisos y sutiles que se desvanecen. El caso reciente del senador Fabre, acusado por un periodista de haber subido á la tribuna en estado de ebriedad, es típico, dentro de su inverosimilitud. Dos horas después de formulada la acusación, había innumerable cantidad de gentes

que estaban convencidas de que el senador Fabre era un alcohólico hereditario, que bebía seis litros de vino por día, y tomaba cada diez minutos su ración de ajenjo. En vano afirmaron sus colegas, sus amigos y los médicos, que M. Fabre era completamente refractario al alcohol, que comía con agua, y que la enfermedad gástrica de que padece le condena á no probar licor de ningún género. El público, que tiene desconfianzas de campesino, no cesó de sonreir y siguió pensando que todas aquellas gentes estaban de acuerdo para engañarle y sacar de apuros á M. Fabre. Y cuando el desgraciado senador acudió á los tribunales, intentando un proceso por difamación al redactor de la *Libre Parole*, el juez se limitó á declarar que no había ninguna prueba seria, ni en pró ni en contra, y que era imposible llevar el asunto más lejos.

El procedimiento de Zola es más lógico. Nadie ha hecho gala como él de tanta indiferencia ante el ataque. Todos recuerdan el famoso artículo en que afirmó que el secreto del triunfo estaba en « tragarse un sapo vivo todas las mañanas. » La crítica es el mejor excitante. Según él, los elogios adormecen, y sólo las inju-

rias tienen el secreto de espolear la ambición. No es de extrañar que con esta filosofía haya podido resistir á todos. El asunto Dreyfus le ha hecho tragar millares de sapos vivos todas las mañanas. Quizá debe su buena salud á esa circunstancia. Pero los que echaron á rodar la especie de que se hallaba gravemente enfermo, no le habían visto el día anterior paseando en bicicleta por el bosque Berrières. Es su excursión habitual. Y siempre hay más de un curioso que está en acecho. porque no deja de ser interesante ver al primer novelista de estos tiempos, con gorra y pantalones de pana, corriendo sobre dos ruedas por los caminos anchos. La defensa de Zola consiste en trabajar y respirar aire puro. La malevolencia puede herirle impunemente. Ni se enfada, como Bergerac. ni dice con el énfasis ridículo de La Fosse: *Je laisse à tes remords le soin de ma vengeance*. Si el cielo está azul, si el campo está verde, y si las casas ríen con su techo de baldosas rojas, no hay razón para que detengamos la mirada en el pantano. Contra todo lo defectuoso, la vida ofrece el contraveneno de sus cabrilleos de sol. En cuanto á las injurias, solo son « alabarderos de la gloria », como dijo

Gautier. No hay difamación que sobreviva al difamador. El porvenir se encarga de poner todo en su sitio, riéndose de los hombres y de las cosas. Y, cuando algún austero declama contra la calumnia, siempre hay un eco de la ciudad que le contesta con los versos de Regnier:

Tous les hommes sont fous, et qui n'en veut point voir
doit rester dans sa chambre... et casser son miroir.

LA CRÓNICA EN FRANCIA

En una ciudad caprichosa como París, donde se hace una reputación con media palabra, y donde nacen y mueren casi simultáneamente las celebridades de una hora, la atención está solicitada por mil asuntos diversos y efímeros, que se apagan ó se encienden, aquí ó allá, como fuegos fátuos. Esa tromba indefinible que se llama vida parisiense, no da nunca lugar para analizar seriamente un matiz ó un hecho. Es necesario anotar con rapidez el perfil fugaz, y pasar á otro, porque la existencia es tan vertiginosa, que detenerse un instante es quedar rezagado. De ahí la aparente frivolidad de los cronistas, cuya pluma mordaz galopa sobre las frondosidades de la vida, simplificando los rasgos, como si quisieran hacer con la prosa una

síntesis del dibujo japonés. No es que sean espíritus incapaces de ahondar una idea y calcular seriamente las proyecciones de un acontecimiento: es que no les es dado detenerse un minuto, porque serían derribados y aplastados por los que vienen detrás. Están condenados á verlo todo desde la ventanilla del tren. Por eso son inconstantes y superficiales. Su misión de cinematógrafos vivientes, les obliga á cambiar sin reposo y á pasar de una actitud á otra, sin más lazo de unidad que la ironía.

No quiere esto decir que no existan hombres graves y estudiosos, que se acantonan en la serenidad y tratan de extraer la savia de los sucesos con una laboriosidad meritoria; pero su prolijidad los destierra de las columnas de los periódicos y, si asoman en ellos alguna vez, hacen el efecto de viejos obstinados y monomaníacos, que llevan levitas anticuadas, arbolan sombreros pasados de moda y se detienen ante un portal para aspirar un polvo de tabaco. El público, nervioso y vibrante, no tiene tiempo para escucharlos. Y sus sabias disertaciones sólo son leídas por los ermitaños de biblioteca, los enfermos de reumatismo, ó las solteras sin espeanza. La efervescencia de la ciudad pasa de

una novedad á otra, sin detenerse en ninguna. Apenas si un asunto de importancia trascendental, como la ley sobre las asociaciones, que fué votada hace quince días por la Cámara, logra retener un tanto la atención de los lectores. Pero aun en un debate de esa importancia, la inquietud parisiense encuentra medio de multiplicar los episodios y dispersarse, inventando ó comentando detalles arriesgados, y especulando con el *potin*, que es el Dios del bulevar. La ciudad adora las situaciones nuevas y las frases espirituales, los atrevimientos y los equívocos, el *calembur* y la anécdota. ¿Cómo encadenar su atención á un asunto, cuando en el hervor de las conversaciones saltan mil ecos y noticias de última hora? Sin contar con que la malicia encuentra siempre el lado ridículo de todos los asuntos. Tiene razón el proverbio que dice que todo acaba en Francia con cancio nes. El buen humor de la colectividad encuentra medio de hacer reir, hasta en los momentos más críticos, cuando la gravedad de la situación no escapa á nadie.

Por eso es París la ciudad más difícil para el cronista extranjero. Los acontecimientos son tan múltiples, tan desordenados y tan rápidos,

que pocos quedan en la red del pescador. Y cuando la correspondencia está destinada á países lejanos, las páginas llegan casi siempre marchitas y sin interés, porque el telégrafo las ha precedido de veinte días y se ha encargado de borrar cien veces la impresión del suceso que se relata. Nuestra prosa parece un reloj atrasado, ó un hombre con ideas del siglo XVIII. Sólo queda el recurso de epilogar. Y, aún en esa deslucida actitud cabe el atraso, porque la vida es una sucesión de epílogos que se epilogan.

Por eso se ven obligados los que escriben á elegir temas un tanto vagos, susceptibles de generalización y de comentario ajeno á la actualidad. Nada más triste que llegar contando las cosas que todos han olvidado. El cronista se ve en la necesidad de refugiarse en paisajes morales y apreciaciones imprecisas. No le es dado operar sobre la carne viva de los hechos. Tiene que contentarse con aproximaciones. Sus páginas podrán llevar, á veces, algún reflejo de vida, pero nunca tendrán el vigor del artículo escrito á raíz del suceso, y servido todavía palpitante á los lectores. La crónica no es arte puro; es sólo la vulgarización y el comento de lo que vemos. Y es tanto más eficaz, cuanto

màs inmediato y más fresco es el asunto que la da vida.

En París no hay una novedad cada veinticuatro horas, sino veinticuatro novedades por hora. Si la prensa prestase á todos los asuntos la misma atención que se les acuerda en los Estados Unidos, no bastarían las treinta y ocho páginas del *New York Herald* para regístrarlos. Pero los diarios son aquí más escépticos, y persisten en su concepción del periodismo literario y elegante, negándose á transformarse según las exigencias modernas. Prefieren el *mot d'esprit*, al dato estadístico. Y las dos maneras de comprender la misión del diario son igualmente plausibles. Se podría decir que una es más sólida y otra más bella; que una es más útil y otra más agradable; que una es más sajona y otra más latina. Pero, sea como fuere, París no tendría nunca tiempo de leer el suplemento dominical del *World*. Las noticias envejecen al borde del Sena con una rapidez pasmosa. El que cree conocer la situación á las doce del día, la ignora á las cuatro de la tarde. Algunas horas bastan para transformar el aspecto del mercado de la novedad. Y los hechos se barajan, como los valores en la Bolsa,

con grandes saltos imprevistos. El parisiense mejor informado no sabe nunca más que la penúltima noticia.

Esto se explica por la diversidad de los temas. Elijamos el día de hoy, por ejemplo, y tratemos de « saber lo que pasa », esforzándonos por compendiar.

La reciente comedia de M. Brieux, *Les Remplaçantes*, que provoca tantas discusiones y agita el problema planteado por Juan Jacobo Rousseau en el *Emilio*, sobre la educación de los niños, es, según las opiniones de los médicos y de la *enquête* abierta por los periódicos, el principio de una revolución que tiende á reemplazar la nodriza por la madre. Las enemigas de la roforma son, naturalmente, éstas últimas. Sobre todo en el teatro. ¿Cómo concebir que mademoiselle Bartet ó Marcilly, interrumpan el drama que representan en la Comedia Francesa ó en el Gymnase, para cumplir con su deber de « educadoras »? Carlota Wiehe, la famosa artista sueca, que ha sucedido á Sada Yacco en la admiración de París, se pronuncia por la costumbre actual, en una entrevista concedida á un cronista bulevardero. Y el cronista aprovecha la ocasión para hacernos saber algunos

de los últimos *tuyaux* sobre las escenas en boga: la pieza de Croizet, *Décadence*, prohibida por la censura, ha encontrado protectores y será representada al fin de la semana; Sarah Bernhardt ha cazado un tigre en Norte América; se anuncia una pieza de Franc-Nahain, *20.000 âmes*; esta noche se estrena en la Opera Cómica el *Ouragan*, letra de Emilio Zola; mañana hay audición del *Oro del Rhin*, en el Concert Colonne; Coquelin publica en el *Matin* un artículo sobre su lotería de beneficencia.

Del mundo de los teatros pasamos al de la política, y sabemos que el Gobierno ha resuelto gastar 750 millones para mejorar el estado de los puertos de Francia; que el ministerio presentará un proyecto de impuesto sobre la renta, más enérgico que todos los que se han visto hasta ahora; que M. Jaurés calcula que, después de las elecciones de 1902, el partido so ialista tendrá cien diputados en la Cámara; que el ministerio actual será mantenido, á pesar de las resistencias que provoca; que M. Deschanel aspira á la próxima presidencia; que el proceso intentado al diputado Jaluzot, por acaparamiento de azúcar, quedará sin sanción; cque la oposición, dirigida por M. Méline, abri

ga la esperanza de derribar al ministerio antes de fin de mes; que el ministro M. Baudin ha sido silbado anoche en Saint-Denis; que M. Edwards, director del *Petit Sou*, y M. Gerault-Richard, director de la *Petite République*, han entablado una polémica sin precedentes, acusándose mútuamente de ladrones; que M. Deroulède ha declarado su intención de provocar nuevamente á M. Buffet; que el duque de Orleáns está en la frontera belga; y que el príncipe Víctor Napoleón ha conferenciado con M. de Cassagnac y ha decidido una propaganda activa.

Si pasamos á la literatura, vemos que el ex-ministro Hanatoux prepara sobre Balzac un libro, cuyos extractos ha publicado el *Journal*; que la *Revue Naturiste* ha abierto una campaña contra el *Mercure de France*; que M. Brunetière dará esta tarde una conferencia en la Sorbonne; que Charpentier ha publicado la *Verité en marche*, de Zola; que Juven ha editado una novela de Jacques de Gaschons; que *L'Effort* ha abierto una *enquête* sobre el arte futuro; que José María de Heredia no ha muerto; que Octave Mirbeau prepara un libro te rrible; que los Rosny han comenzado, en una

nueva revista, *La Contemporaine*, la publicación de un *roman nouveau*, y que se anuncia un libro de poesías de Henri de Regnier.

Si nos trasladamos á la actualidad, sabemos que las huelgas de Marsella han terminado con un arreglo; que el duelo del conde de Castellane con el director del *Fígaro*, es el primero de una serie; que un príncipe ruso, Alexis Víctor B.... (los diarios callan el nombre), ha asesinado á su sirvienta por celos; que ya se han recibido para la próxima Exposición de pintura 12.000 cuadros; que el libro del padre Dulac sobre los jesuítas será refutado por otro libro de Ferdinand Buisson, director superior de la enseñanza; que el prefecto está resuelto á transformar las industrias del gas y de los ómnibus en servicios municipales; que el proceso intentado á la revista *Frou-Frou*, á instigación de la liga contra las publicaciones licenciosas, ha sido una *réclame* involuntaria; que el diputado negro, Legitimus, ha retado á duelo á su colega Zevaés; que París comienza á cansarse de oir el nombre de Sienkiewicz; que todavía no se ha dado con el asesino del hombre descuartizado...

Y se podría seguir citando indefinidamente.

Estas montañas de noticias, de hechos, de casos, interesantes, graves ó risibles, son substituídas por otras y otras, dando la sensación de un río que corre sin interrupción, y cuyas aguas tienen siempre un color parecido, aunque nunca son las mismas. Ante ellas nos invade un cansancio extraño, donde sobrenada cierta irritación al vernos impotentes para abarcar, comprender ó profundizar todo. La observación de los hechos que ocurren en torno nuestro, es la más fecunda de las enseñanzas; pero no es posible practicarla en París, porque la vida es demasiado dilatada y múltiple. Los que quieren saber algo á fondo, tienen que elegirse una especialidad, y acantonarse como los botánicos, en el estudio de una parte insignificante del mundo que les rodea. Y como el cronista está obligado á verlo y saberlo todo, su prosa es forzosamente superficial. Bajo su pluma, los problemas más árduos quedan resueltos en dos líneas, y el *mot d'esprit* se encarga de salvar las dificultades. Pero, en la hermosa frivolidad de esas crónicas que resbalan sobre los temas de la ciudad, sometiéndolos á la *blague*, hay un perfume tan penetrante de alma de artista, que nadie se atreve á formular un reproche.

Cuando Mirbeau, Fouquier, Claretie ó Bauer se apoderan de un pequeño detalle de la jornada, y tejen al rededor de él un artículo brillante, muy pocos echan de menos los sumarios fríos del *Times* de Londres. Nuestro espíritu es inquieto, inconstante y apasionado. La raza latina es una raza de poetas. Y la « crónica » es el género que sintetiza mejor sus cualidades y sus defectos. Sus defectos sobre todo.

LA ACTRIZ JAPONESA SADA YACCO

La Exposición dió lugar á un pintoresco amontonamiento de exotismos que, aparte del color y la sorpresa con que atenuaron la aridez de una exhibiciôn industrial, tuvieron el mérito de dejar algunas enseñanzas provechosas. De los acercamientos y los roces inesperados ha surgido una concepción más ámplia de la vida. Los países raros y fabulosos, que hasta ahora sólo fueron considerados como mina legítimamente explotable, han afirmado una personalidad propia. Y por un extraño acuerdo inconsciente, todos han elegido el teatro como medio de manifestarse. Nada más interesante que esa serie de coliseos exóticos. Cléo de Mérode nos ha revelado el encanto de los bailes annamitas y la originalidad fastuosa de los países donde

el rey se somete al capricho de un elefante blanco. El teatro egipcio, con sus multitudes, su clamor y sus fiestas, ha dado la nota bulliciosa y estridente de las calles del Cairo. La Persia ha mostrado su extraña civilización intermedia, con sus bailes guerreros y sus juegos de yatagán. Y hasta el Congo y el Dahomey, protegidos por su ignorancia, se han aventurado á exhibir sus primeros pasos en el arte de Tirso y Lope de Vega.

Es inútil decir que todas las tentativas no fueron coronadas por el éxito. Pero si algunos pueden quejarse de la sonrisa indiferente ó irónica con que les ha acogido el parisiense, otros, en cambio, han alcanzado de él mucho más de lo que esperaban.

Me refiero al teatro japonés, cuyo triunfo ha sido tan merecido como completo. París ha hecho á Sada Yacco una ovación, quizá menos académica que la que le mereció la Duse, pero indiscutiblemente más sincera y más espontánea. Todos los maestros en cuestiones de teatros, desde Catulle Mendès hasta Jules Claretie, han coincidido en el mismo aplauso entusiasta. Si Francisque Sarcey viviese aún, habría sido el único en formular una crítica. Pero Sarcey,

que sólo tuvo elogios para las heroínas de Scribe, nunca pudo ser crítico serio en un país donde existen Henri Fouquier y Henri Bauer. Si la victoria de Sada Yacco no ha sido tan ruidosa como la de María Guerrero, ha sido más intensa. Y vale decir por qué: todas las actrices extranjeras que han venido á París buscando la consagración de su gloria, han tenido que soportar la comparación con Sarah Bernhardt. Y como ninguna traía una originalidad fundamental, todas han resultado obscurecidas por la gran trágica. En este orden de ideas, Sada Yacco ha tenido la ventaja que tienen los zurdos en los duelos: traía un juego invertido, una manera extraña, que no era el arte dramático oficial de Europa, pero que resultaba, en muchos casos, menos convencional y más decisivo. Nadie pretenderá establecer un paralelo entre la primera actriz dramática de todos los tiempos y Sada Yacco, cuyas ingenuidades escénicas son á veces lamentables; pero está fuera de duda que la genial artista japonesa tiene sinceridades tan humanas, realismos tan atrevidos, rachas tan nuevas, y recursos tan inéditos, que puede ser considerada como creadora de una nueva escuela que, si bien denota

falta de experiencia en algunos casos, afirma superioridad de concepción en muchos.

Los que han admirado á Sarah Bernhardt y á Eleonora Duse en la agonía de la *Dama de las Camelias* ó en otra obra semejante, descubren al ver morir á Sada Yacco en *La Gheisa et le Chevalîer* que todavía había un « más allá » de verdad y de naturalismo, y que á pesar de la exactitud pasmosa con que las dos grandes artistas europeas nos han mostrado al moribundo en sus úlimos minutos, era posible hacer más vívido y más patético ese momento capital del drama.

Cuando Sada Yacco expira en brazos de Negoyá, se asiste á una muerte real y espantosa. Su cara, muy pálida, iluminada por resplandores violetas, se contrae en una mueca dura. Sus grandes ojos negros giran en las órbitas con reflejos de vidrio. Los cabellos, desceñidos, caen como hojas de sauce. El cuerpo se arquea en un último espasmo de vida. Y los brazos flojos se desatan en un movimiento de suprema laxitud. Hasta que el último instante llega, el cuerpo cede y los labios se abren para dejar pasar una burbuja... Coquelin, que es uno de los admiradores más decididos de Sada Yacco,

ha dicho, refiriéndose á esta muerte, que «la sala huele á cadáver, al final del acto».

El entusiasmo que ha despertado la artista japonesa no es un capricho de público aburrido ni una originalidad elegante. Los salones se han abstenido, felizmente, y no se trata esta vez de un nuevo decreto de la moda, como el que popularizó, hace algún tiempo, á los *tziganos*. La admiración que rodea á Sada Yacco es popular é intuitiva. Por eso mismo es interesante la aventura de la actriz desconocida que llega de tierras remotas, sin más bagaje que su talento, se hace oir una noche en una fiesta de la legación de su país y se improvisa célebre en veinticuatro horas, y en la capital del mundo.

No es la obra de la intriga ó del favoritismo de un círculo que impone una reputación, sino la explosión unánime de un público que se siente arrastrado en una sacudida de ideal. Sada Yacco no ha conquistado palmo á palmo su gloria: se ha presentado y se ha impuesto.

Esta victoria asiática nos recuerda que el Japón ha servido muy á menudo de pretexto para hacer arte, pero que muy pocos se han detenido á estudiar el arte del Japón. Las leyendas que circulan sobre las «Islas rosadas», y el em-

peño que todos tienen en rodearlas de ensueño, hace que ignoremos cuanto se relaciona, dentro de ellas, con el movimiento intelectual. Con ayuda de Loti y otros *snobs* de la literatura, las hemos transformado en algo así como los Campos Elíseos de la imaginación. Apenas si en la pintura conocemos el nombre de Outamaro y el de Hokousai. En cuanto al arte dramático, muy pocos sabrían decir si existe. Antes de la llegada de Sada Yacco, nadie creía en París que había en Tokío una compañía de drama digna de ser tomada en cuenta. La mayoría de las gentes juzgaban el teatro japonés, según el chino. Todos han visto alguna vez, en San Francisco ó en Londres, esos horribles rebaños reclutados en Sanghai, que recitan leyendas primitivas, al compás de los timbales. Con nuestra suficiencia latina, habíamos decretado que el teatro japonés debía ser muy parecido. Olvidábamos que una ciudad moderna como Tokío, surcada por bicicletas, automóviles y tranvías eléctricos, no puede continuar aplaudiendo las fábulas inocentes del primitivo teatro asiático. Tiene un alma europea, y exige nuevas interpretaciones de la vida. Verdad es que tiene también un pasado luminoso y extraño, con el cual

no quiere romper. Pero precisamente de esa unión del color del teatro antiguo con la forma del moderno ha surgido allí el actual, que es la manifestación de un arte desconocido.

La Gheisa et le Chevalier es un drama desconcertante. Las bellezas de la factura escapan naturalmente á los profanos en lengua japonesa. Pero el argumento las deja adivinar á veces: — Negoyá, célebre caballero, entra una noche al barrio de las bailarinas (*Gheisas*), y encuentra por casualidad á la más hermosa, Katsouraghi, que se enamora de él, por una fatalidad singular. Otro caballero, Banza, que adora á la bailarina, se siente mordido por los celos y, para vengarse, provoca á Negoyá. Negoyá trata de esquivarse, pero Banza, ciego de cólera, le obliga á batirse. Katsouraghi se coloca entre los dos, y evita el duelo. Pero Negoyá debe casarse con Orihimé, su prometida, que ha salido en su busca: le encuentra en el barrio de las bailarinas, y le obliga á huir con ella. Para evitar las persecuciones de Katsouraghi, resuelven esconderse en un templo cuya entrada está prohibida á las mujeres. Katsouraghi descubre el escondrijo y quiere forzar las puertas. Los sacerdotes la rechazan. Ella insiste y

les asegura que sólo quiere entrar para bailar en honor de los dioses. Y los sacerdotes, seducidos al fin por su aparente sinceridad, consienten en dejarla franquear la puerta. Entonces Katsouraghi desata su locura, aprovecha un descuido, echa á correr por las galerías, sorprende á Nagoyá y Orihimé, que se ocultan y, tras una escena dramática, muere.

Es un drama que contiene todos los elementos del teatro moderno ; son dos actos sólidos y brillantes, que parecen escritos para el « Teatro Libre » de Antoine, por algún autor enamorado de exotismo. La imaginación de Richepin, el realismo de Mirbeau, y la firmeza de Descaves, se han fundido en un obra rara y deforme, que tiene tantas cualidades como defectos. Se diría que el autor, al pretender reconciliar la leyenda antigua con el espíritu moderno, se ha resignado á veces á hacer obra de libretista. Por momentos se eleva, acentuando rasgos vigorosos que denuncian un talento considerable, pero luego se fatiga y cede. Parece luchar entre dos tendencias que le deslumbran ; una con el prestigio de la tradición, y otra con el vértigo de lo moderno. No sabe, á punto fijo, por cuál decidirse. A veces se aventura y echa mano de

procedimientos inéditos; otras vacila, y se condena á repetir situaciones convencionales. Pero hay allí todo un fermento revolucionario de Oscar Méténier, Dicenta, D'Annunzio y Mirbeau. Y aunque á través de la novedad se adivina el culto á las fórmulas de los padres del teatro japonés, hay algo que dice que aquello es el prólogo de una evolución importante.

Ibsen ha sido el iniciador de una sacudida que debe prolongarse y acrecer su intensidad. El teatro europeo no puede momificarse en su manera actual, que sólo da lugar á dos manifestaciones igualmente convencionales: el drama histórico, popular ó grandilocuente de Rostand, que es una desviación de Hugo, y la comedia venenosa, inquietante y desmoralizadora de Henri Lavedan, que es un reformador de la pornografía. Nadie ignora que las declamaciones de *Cyrano* y los abandonos de *la môme Crevette* sólo son una parodia de la existencia. Allí falta la realidad decisiva que hemos podido entrever en *Les mauvais bergers* de Mirbeau ó en *La Poigne* de Jean Julien.

Lugné-Poë, que es un joven actor de mucho talento, intentó, hace algunos años, alzar una escena especial, dedicada á estas tentativas de

arte nuevo, que recoge y se apropia todos los elementos extraños, con el fin de seleccionar y amasar lo definitivo. Su empresa dió resultados muy estimables, pero no alcanzó á realizar las esperanzas que hizo nacer. Sin embargo, todos están de acuerdo en constatar que la evolución se impone. Venga de donde viniere, la ciudad está dispuesta á aplaudirla.

Nadie puede afirmar que llegará directamente de Kioto. Es una hipótesis improbable, como todas las hipótesis. Pero nadie puede negarlo tampoco de antemano. Los que se obstinan en imaginar el Japón como un paisaje de abanico, ó como una alegoría de biombo, se exponen á verse desmentidos dentro de muy pocos años. Los muebles de laca y los parasoles de papel han pasado á la leyenda, que es el senado de las costumbres. El Japón se ha europeizado con una rapidez tan prodigiosa, y avanza con un vigor tan admirable, que nada de lo que realice en el futuro podrá asombrarnos. Le han bastado treinta y cinco años de labor para determinar una transformación radical. Todos recuerdan el maravilloso empuje de 1865, cuando el emperador emprendió su sabia campaña, y envió toda una generación japonesa á las Uni-

versidades de Europa. Quizá debe el Japón á esa circunstancia el derecho de tener hoy voz y voto en la política universal. Pero sus aspiraciones no se detienen ahí. Quiere ejercer también su influencia sobre las artes. Y es necesario confesar que comienza á conseguirlo.

Los grandes dibujantes, como Caran d'Ache y Forain, han adoptado muchos de los procedimientos japoneses. La delicadeza y la elegancia tradicional de Gavarni ó de Grévin ha aumentado su encanto en la alianza con la precisión nerviosa y la sobriedad de Kuroda y de O-Hachi. Capiello, cuyos croquis son célebres, tiene también una manera casi japonesa de delinear los perfiles. De más está decir que el arte supremo del parisiense sigue siendo, á pesar de estas concesiones, tan personal y tan inimitable como siempre. Pero esta influencia indirecta del Japón, que se hace sentir sobre los dibujantes, puede prolongarse mañana hasta el teatro. Sada Yacco ha causado una impresión muy honda.

El teatro japonés tiene mucho que aprender del teatro europeo; pero el teatro europeo no puede desdeñar ciertas particularidades del teatro japonés. Los autores dramáticos de Kioto

ignoran las exigencias de la escena, y caen casi siempre en torpezas infantiles, que sólo podrán corregir estudiando á Dumas (hijo) y á Becque. Sin embargo, esto no significa que los autores dramáticos de Europa, cuyo ingenio y destreza son indiscutibles, no puedan leer con provecho á sus colegas asiáticos. Dentro de la enormidad confusa del teatro japonés, hay una concepción nueva de la vida y cierto realismo salvaje, cierto fatalismo indeciso, que tratado con la suprema habilidad de *métier* de los autores franceses, puede forzar las puertas de la reforma.

EL PARÍS HONRADO

M. Gastón Deschamps, que está actualmente en Norte-América, donde da una serie de conferencias, patrocinado por la Universidad de Cambridge, ha enviado al *Temps* una correspondencia muy curiosa sobre la opinión de los yanquis, en cuanto se refiere á las costumbres de la Francia de nuestros días. M. Deschamps ha dicho algunas cosas muy exactas. Vale retener sus opiniones, porque vienen á rectificar una idea errónea que está muy difundida en todas partes: la pretendida perversión de la Francia contemporánea.

M. Deschamps hace notar, con justicia, que esa manera de fallar en bloque, sobre la moralidad de 50.000.000 de seres humanos, es un tanto precipitada, y recuerda el procedimiento

de aquel inglés tradicional que desembarcó en Calais, vió un hombre de cabello claro y creyó poder decir que todos los franceses eran rubios. Las razones de M. Deschamps podrían ser completadas, añadiendo que no es juicioso juzgar la calidad de un objeto por la apariencia de su superficie, ni solidarizar la capital con la nación, ni confundir el bulevar con París. Casi todos los extranjeros que hablan de Francia con sonrisas picarescas, no saben más que una parte de lo que pasa al borde del Sena. No basta pasear de tarde por el bulevar, comer á las nueve en la *Maison Dorée*, fumar un cigarro en el *Palais de Glace* y cenar de madrugada en *Maxim's*, para estar á cabo de la vida parisiense. En excursiones parecidas, sólo encuentra el viajero la revelación de un mundo especial, creado y apostado especialmente con el fin de hacerle quemar sus billetes de banco. Y los que regresan á su país después de haber llevado esa vida durante varios meses, sólo han visto el garito, el *bar* y las heroinas de café cantante.

Pero, á la mala reputación de París, han contribuído, sobre todo, los libros. Como es más fácil leer á Felicien Champsaur que á Paul

Marguerite y á Pierre Louys que á Rosny, los extranjeros han creído encontrar en ciertas obras una fotografía de la existencia parisiense, confundiendo la novela con la vida y suponiendo en cada casa un capítulo de Dubut de Laforest. Es verdad que la literatura francesa es esencialmente descotada. En estos últimos años hemos asistido á un derroche de escenas crudas. Y en ninguna ciudad se han arriesgado libros más primaverales. Pero los escritores franceses explican esta particularidad, diciendo que no hay razón para negar al prosista lo que se acuerda al pintor y al estatuario. Octave Mirbeau escribía en el *Journal*, el domingo último: « Desearía saber por qué causa una cosa moral se transforma en inmoral en el trayecto del Louvre á las páginas de un libro. » Esta alusión á las estatuas y á las telas de los museos, es la que ha desarmado hasta ahora los escrúpulos de la crítica.

Sin embargo, la localización de la literatura en un terreno escabroso es, quizá, la verdadera causa de la mala reputación que ha adquirido París. Las novelas pasan por ser el reflejo de la existencia: y el público se atiene á la probidad del autor, en la creencia de que nunca se

atreverá á servirle una escena que no haya sido vista y comprobada personalmente. Pero está de más decir que en la mayoría de las obras la imaginación tiene más parte que la verdad. Muchas de las monstruosidades que vemos en la vida, han sido puestas en circulación por escritores inquietos que, sin constatarlas, las han creído posibles.

París, como todos los grandes centros, es una aglomeración tumultuosa y mezclada. Pero las 200.000 personas que llenan el bulevar y acuden á todas las fiestas, están lejos de ser la síntesis de la población. Son la fracción que se muestra más, la que asedia al extranjero y, en realidad, la menos parisiense. Buena parte de las notabilidades de café concierto que nos deslumbran con su lujo insolente, han nacido en España, en Italia, en los Estados Unidos ó en Polonia. Los nombres hormiguean en la pluma...

El bulevar está invadido por una colonia cosmopolita. Y el francés está en minoría muy á menudo. En casi todos los procesos resuena un nombre norteamericano, bohemio ó ruso, como *miss* Anna Gould, el *tzigano* Rigo, ó la estudianta Vera Gelo. Si entramos á los clubs, veremos que el mundano que juega sumas más

elevadas es un conde belga, un aventurero portugués ó un millonario de Chicago. Si interrogamos los ecos de la celebridad, al volver del bosque, en el pabellón chino ó en Armenonville, todos nos dirán que los *clubmen* que regalan joyas más espléndidas á las cortesanas que pasan en carruaje, son el banquero austriaco X***, el lord inglés Y***, ó el hacendado brasileño Z***. No es justo acumular sobre una ciudad los pecados de todas las naciones; y es casi seguro, que los extranjeros que declaman contra la inmoralidad de París, contribuyen regiamente á fomentarla.

Además, París es una ciudad polícroma. ¿Por qué obstinarnos en no percibir más que una de sus fases? Todos nos repiten comentarios sobre el París de las *amuseuses*; y nadie nos habla del París de los obreros, de los empleados, de los industriales, de los sabios, de los artistas, de las Universidades populares, de las obras de caridad, de las ideas generosas, del París vigoroso é intelectual que da al mundo su palabra de orden, del París de Zola y de Berthelot, del París de la Sorbona y del Instituto, del inmenso París que trabaja con el brazo y con la inteligencia, y de donde salen los des-

cubrimientos científicos, las obras de arte y las ideas que consumimos.

En las primeras horas de la mañana, mientras el París superficial duerme, el otro, el verdadero, baja de los arrabales y desciende en grupos apresurados por el *faubourg* Montmartre, la calle de Rennes ó el bulevar Voltaire, camino de las oficinas y las fábricas, dispuesto á trabajar hasta la noche. A las diez de la mañana, las bibliotecas están atestadas de lectores, los anfiteatros de las facultades llenos de alumnos. Las escuelas de bellas artes, rebosando de artistas. A lo largo de los murallones del Sena, donde se instalan los vendedores de libros viejos, hay grupos de hombres que leen los volúmenes de pie, junto á la estantería, porque no pueden comprarlos. Las salas de los museos están sembradas de pintores que estudian sobre los modelos antiguos. Millares de profesores humildes peregrinan de casa en casa, dando lecciones por medio franco. Toda una población de empleados de almacén, de correo, de ómnibus, de ferrocarril pone en movimiento el mecanismo de la ciudad. Si vamos del lado de Saint Ouen, encontramos centenares de usinas en movimiento. Si del lado de Bercy, ha-

llamos diez mil hombres ocupados en el comercio de vinos. Si subimos á Montmartre, nos encontramos con grupos de creyentes que entran al *Sacré Cœur*. Si nos internamos en Passy, sorprendemos una ciudad tranquila y sobria de comerciantes retirados que se levantan con la aurora y se acuestan con el crepúsculo. Junto al París que todos conocen, hay otro, menos brillante, pero más sano.

Por la noche, mientras las calles centrales resplandecen de colores, en otras calles, más obscuras y más modestas, se amontonan gentes ávidas de aprender. Son estudiantes, empleados, obreros, que fraternizan en la ciencia, escuchando la palabra de celebridades como Lavisse, Duclaux ó Reclus que, despojados de toda *pose* académica, se ponen al nivel del auditorio y discuten con él. En cada calle hay una escuela. Modificando la frase de Napoleón sobre sus conquistas, se puede decir que todas las noches hay cincuenta mil hombres en las Universidades Populares de París. Y no puede estar corrompido un pueblo que, después de la ruda labor de una jornada de diez horas, encuentra energía para discutir problemas filosóficos con los profesores de la Sorbona.

El domingo, los jardines y las plazas se llenan de gentes sencillas que se pasean en grupos llevando á los niños en canastillas con ruedas. Nada más simple y más ordenado que las costumbres de esa clase media, compuesta de empleados de administración, médicos pobres ó comerciantes sin audacia, que vegetan en situaciones insignificantes, con una resignación ejemplar. Junto á ellos, encontramos otros grupos más modestos aún, que aprovechan también el día festivo para respirar aire puro en las Tullerías ó en Vincennes. Una nación vale por sus sabios, sus artistas, sus operarios, sus comerciantes, y no sería justo solidarizar á esa inmensa mayoría de la ciudad con el grupo tumultuoso de los que hacen profesión del aturdimiento.

Lo que hay de cierto en los comentarios sobre París, es que la clase dominante, la que se muestra en el bosque y aparece en los teatros, los hipódromos y los restaurants á la moda, ha caído en una perversión lamentable. Rubén Darío lo constató hace poco en un artículo brillante. La vida del bulevar es un festín licencioso. Pero París no es reponsable de la corrupción de una clase que apenas compone la

vigésima parte de la población y que está, quizá, destinada á ser barrida por las cóleras del arrabal. Los desocupados son la espuma de la población y nos impiden ver, á veces, el verdadero París, el París honrado.

Se puede decir que, á pesar de su superficie verminosa, la ciudad es sana en el fondo. Un país accesible á ideas altruístas no puede estar contaminado. Observando con atención, se vislumbra que la atmósfera viciada que se respira es más la de un régimen que la de un pueblo. La situación tiene algunas analogías con la que determinó hace un siglo la caída de la nobleza. Y no hay que atribuir á la nación los vicios de un estado de cosas. El mal viene de la omnipotencia de una minoría ociosa y mal encaminada.

LA JUVENTUD FRANCESA

Los que aseguran que Francia está en decadencia, olvidan seguramente la actividad y el empuje de estos últimos años. Después de la terrible crisis que, según un escritor inglés, «ningún otro país habría tenido la audacia de afrontar», se ha realizado un trabajo tan vasto de reconstrucción y saneamiento, que no sería aventurado decir que la Francia de hoy está preparando el mundo de mañana. En ningún país, ni en ninguna época, se han acumulado tantos esfuerzos generosos. En todos los barrios se fundan Universidades Populares, se multiplican las conferencias y se organizan cooperativas. Los grandes sabios, como Buisson, Duclaux, Reclus y Monod levantan su cátedra en la plaza pública. Y todo parece tender á

difundir la ciencia y determinar una época mejor.

Es una nueva era que se abre, después de clausurada la Exposición, y en la que la juventud francesa desempeña un papel preponderante. Siempre es la juventud la que decreta el porvenir. El siglo que empieza trae el germen de grandes luchas nebulosas, y es difícil saber cuál será el resultado del choque de tantas ideas exasperadas y tantas concepciones antagónicas. Las nuevas generaciones deben cortar el nudo. Por eso es curioso seguirlas en su evolución y sorprenderlas en sus preferencias actuales. No se trata de «estudiarlas», sino de apuntar algunos gestos, *currente calamo*, como se escribe una crónica. El reciente Congreso de la juventud, que ha terminado sus trabajos el 3 de Diciembre, hace que todo cuanto se relaciona con este asunto sea de una actualidad palpitante.

El proceso Dreyfus, que dividió á los franceses en dos bandos irreconciliables, tuvo la virtud de colocar frente á frente dos temperamentos y dos filosofías. Las gentes se declararon instintivamente revisionistas ó antirevisionistas. Se puede decir que lo eran desde

antes del error judicial que se discutía. Según predominase en ellos la energía ó el sentimentalismo, estaban fatalmente destinados á ser enemigos ó defensores del capitán Dreyfus. La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos, de manera que los polemistas de un partido y de otro trabajaron sobre multitudes ya regimentadas. En una palabra, el asunto Dreyfus dió lugar á esa clasificación definitiva de los espíritus, tan difícil de obtener en épocas normales. De un lado se agruparon los individualistas, los enamorados del principio autoritario, los habituados á obedecer ó á mandar, los hombres de iglesia ó de cuartel: el mundo viejo; del otro se reunieron los altruístas, los científicos, los habituados á razonar y á descubrir la vanidad de los dogmas: el mundo nuevo. La juventud tuvo un momento de perplejidad entre las dos tendencias decisivas. Luego fué cediendo lentamente á sus lecturas, su idiosincrasia, sus preferencias ó sus vicios y se alistó en un bando ó en otro. Los terrenos estaban delimitados.

Si la clasificación se hizo más difícilmente entre la juventud que entre los otros ciudada-

nos, fué porque la juventud estaba trabajada y solicitada por filosofías y sistemas contrarios, que todavía no habían tenido tiempo de imponerse á los espíritus. Cuando las nuevas generaciones vieron que las luchas y las contradicciones que la inquietaban en el mundo de las ideas, se transportaban á la vida real, encarnándose en un proceso simbólico, sintieron cierto miedo ante la imperiosa necesidad de elegir. Sus maestros y sus conductores se habían dividido, ganados por la efervescencia de la ciudad. Todo parecía dispuesto para una batalla campal de ideas. Fué un momento de pánico. Los que no se dejaron absorber por las opiniones de la familia, volvieron los ojos á sus lecturas recientes. Otros, los aturdidos, cedieron al ímpetu. Y los más se abandonaron á sus afinidades sentimentales ó autoritarias.

Las actitudes y los gestos se corresponden de una manera curiosa. Los que profesan ideas avanzadas en arte, las profesan también en política. No es posible ser reaccionario en la Cámara y aplaudir á Wagner en el teatro. Un admirador de Rodin ó de Pissarro no puede ser partidario del rey. Parece que todo está ligado entre sí por simetrías morales. Una acti-

tud en un orden determinado basta para asegurar actitudes semejantes en otros órdenes diferentes. Hasta se puede imaginar una cadena de temperamentos análogos, que se eslabonan á lo largo de los tiempos, manifestándose en un sentido ó en otro, con mayor ó menor intensidad, según el ambiente. Picquart habría sido hugonote en el siglo XVI, y Esterhazy conde romano bajo Alejandro VI.

Por esa razón, la actitud que cada joven asumió durante el proceso, correspondió casi fatalmente á sus actos anteriores. Los egoístas, los epicurianos, los bulliciosos, los que se habían adaptado sin trabajo al mundo en que debían vivir, fueron los enemigos de Dreyfus. Los tímidos, los estudiosos, los que habían sufrido injusticias, los que imaginaban una civilización superior á la actual, fueron sus partidarios.

Es innegable que esta selección había sido preparada por los escritores y los filósofos del siglo, cuyas doctrinas contradictorias solicitaban á la juventud. Unos habían proclamado la legitimidad de la fuerza y la ineficacia de toda moral; otros habían predicado el renunciamiento y la creación de un régimen igualita-

rio. Aquellos eran cóncavos, y éstos eran convexos. El porvenir parecía balancearse entre el *Ainsi parlait Zarathoustra*, de Nietzsche, y *Le Capital*, de Karl Marx. Toda una literatura se había encargado de vulgarizar las dos concepciones, embelléciendolas igualmente con el *trompe-l'œil* del arte. Y los espíritus, atormentados ante dos soluciones bruscas, vacilaban antes de orientar sus simpatías.

Las obras de Nietzsche, que acababan de ser popularizadas por las traducciones de Henri Albert, habían producido una impresión profunda. Todos los dispersos del mal y todos los *snobs* en busca de originalidad llamativa, encontraron en ellas una justificación ó una bandera rara, propia para amotinar á las gentes. Muchos escritores jóvenes, roídos por la pasión de ser originales, habían utilizado las doctrinas del filósofo alemán para fabricarse una contramoral cínica. No les bastaba la indiferencia agresiva de Stendhal ni la ironía feroz de Barrès. Exigían otros disolventes. Era una fracción de juventud que tenía empeño en *épater* á los transeuntes. Las monstruosidades más lamentables parecían tener para ella un prestigio extraño. Afectaba una indiferencia

falsa ante la vida, como si se creyese superior á todo lo que la rodeaba. Su doctrina era «el cultivo del yo». La existencia, según ella, sólo tenía por objeto acumular sensaciones; era indispensable gozar inmoderadamente de todo, sin límites, en una explosión de egoísmo. Nadie ha olvidado que uno de esos *snobs*, al regresar de la Roquette después de una ejecución capital, llegó á decir que sólo quería retener un detalle: la poca elegancia con que la víctima había subido las escaleras del cadalso. Esa juventud tenía dos novelistas preferidos: Rudyard Kipling y Wells, que exaltaban la fuerza y descuidaban los problemas del día. El ejemplo típico de lo que podía producir, lo proporcionó Jean de Tinan, el autor de *Armienne*, muerto á los veinticinco años. Nada más doloroso que su libro, en el que hace cuanto puede para parecer perverso y en el que, á pesar suyo, se transparenta una alma que se esconde rindiendo culto á la moda. Jean de Tinan, como todos los extraviados de su generación, temblaba ante la idea de parecer respetar lo que Nietzsche llama una «moral de esclavos»; y hacía imposibles por convencerse de que el altruismo «impide el libre desenvolvimiento de la vida».

Nadie tiene la culpa de esos naufragios, ni aun el mismo Nietzsche. Su locura real pudo ser anterior á la locura oficial que le atribuyen las crónicas. Pero es lo cierto que gran parte de la juventud francesa se dejó arrebatar por las doctrinas de ese imitador de Eróstrato. El asunto Dreyfus se prestó como ninguno á la aplicación de sus teorías.

Frente á esa juventud, se levantó otra juventud más numerosa y considerablemente más sincera, que se inspiraba en Bakunine, Karl Marx y Tolstoi. Proclamaba su fé en la vida y en la naturaleza, y tenía la inmensa ventaja de ser una juventud *joven*. Si la otra era el producto de una derrota, ésta era la esperanza de una conquista. Traía una gran confianza en el porvenir y un deseo violento de reformar las cosas y componerlas de una manera equitable. No provenía ni de la barricada, ni del salón: era una juventud de libre examen. Se resistía á transigir con los prejuicios de la ciudad, hacía gala de un espíritu crítico muy severo y no temía marchar contra el acatamiento de la mayoría. Sus novelistas favoritos eran Zola, France y Mirbeau. No era un grupo de ideólogos, ni una reunión de adoles-

centes obstinados en ensayar una *pose*; formaba una corriente de hombres sanos, que salían de las Universidades armados para la vida, con una base sólida de positivismo, defendidos por convicciones y empujados por esperanzas. De esa juventud surgían nombres brillantes, como Pierre Quillard, Paul Fort, Maurice Magre y Saint-Georges de Bouhélier. Todos arbolaban el deseo de imponer reformas sucesivas, hasta alcanzar un estado mejor. Eran partidarios de una evolución hacia la humanidad. Y es natural que, en el asunto Dreyfus, fueran defensores de la justicia.

Estas dos juventudes, una egoísta y superficial, otra desinteresada y concienzuda, han mantenido su carácter, aun después de apaciguada la agitación revisionista. Representan dos tendencias, indepedientes de un caso particular como es el de Dreyfus. Aquéllos continúan buscando rimas raras, acumulando pararadojas y quemando vidas artificiales; éstos persisten en empujar verdades, influir sobre los acontecimientos y luchar por el triunfo de la verdad. Sintetizan las dos únicas soluciones del eterno problema que se plantea á los veinte años. Unos resuelven acaparar todo el bien,

otros hacerlo extensivo á los demás; unos someterse al error de la mayoría, otros defender su certidumbre; unos conseguir el triunfo y otros merecerlo.

Catulle Mendès, que tiene ingenuidades extravagantes, ha dicho que la verdadera juventud es la que conserva siempre la esperanza de meterse la luna en el bolsillo. La insensatez de los que confían en la eficacia del bien, es quizá la mejor tentativa de religión. Todos los progresos realizados hasta hoy son debidos á los hombres, los partidos ó las naciones que han tenido la audacia de confiar en un principio generoso.

De esta polvareda de ideas, ha surgido la Escuela de Altos Estudios Sociales que acaba de fundarse en París, por iniciativa de Emile Duclaux, director del Instituto Pasteur; Ferdinand Buisson, director general de la enseñanza; Bourgeois, exministro de instruccción pública; Séailles, profesor de la Sorbona, y muchos otros hombres ilustres. Es una nueva tentativa de evolución hacia el ideal y un nuevo medio de emancipación ofrecido á la juventud. Se trata de una Universidad donde se enseñará todo lo que se calla en las Universidades

oficiales. Tiene el carácter de una protesta. Y es muy digna de atención, puesto que la vemos formulada por notabilidades que han dirigido y dirigen actualmente la enseñanza superior en Francia.

La Universidad se divide en tres secciones: la escuela de moral, la escuela social y la escuela de periodismo. La primera está dirigida por M. Alfred Croizet, decano de la Universidad de París, la segunda por M. Emilie Duclaux y la tercera por M. Cornély. El óbjeto principal de la nueva Universidad es enseñar á la juventud el mecanismo y el estado de la sociedad en que debe vivir, por medio de innovaciones acertadas y atrevidas, como las conferencias que ha iniciado el secretario del ministerio de Comercio, M. Fontaine, sobre la organización obrera. M. Fontaine se propone agotar su tesis, dejando sucesivamente la palabra al secretario del sindicato de cada profesion, para que exponga la situación presente, en cuanto se refiere á trabajo, salario y aspiraciones. De esa manera la juventud tendrá una noción clara de lo que es la sociedad actual y de las reformas que exige. Por lo demás, los cursos abarcarán todos los temas y todas las doctrinas.

Se anuncian las conferencias de Anatole Leroy-Beaulieu sobre «Las doctrinas del odio»; de Eugéne Fourniére sobre «Las teorías sociales desde 1830 hasta 1848», y de Albert Croizet sobre «La historia de la moral griega.» El prospecto-programa de que tomamos estos datos, proclama que en la Escuela de Altos Estudios todas las opiniones podrán manifestarse y que allí no habrá alumnos, sino ciudadanos reunidos para discutir los intereses generales de la civilización. El mérito y el prestigio de las personas que encabezan este movimiento es indiscutible, y los resultados serán forzosamente considerables. La juventud aprenderá á encarar sin miedo los verdaderos problemas de la época y á tener opinión sobre todos los asuntos, sin caer en el *arrivisme*, ni dejarse influenciar por los prejuicios de las generaciones anteriores.

En este mismo orden de ideas, pero con un espíritu más juvenil, acaba de fundarse en Montmartre un colegio de estética moderna, bajo la presidencia honoraria de Zola, France, Bauer, Charpentier, Rodin y Descaves. Esta vez también se trata de luchar contra la enseñanza oficial, y ceder á las necesidades de la

vida moderna y á nuestras tendencias democráticas, creando una casa común, con biblioteca y sala de conferencias, para que puedan reunirse los jóvenes artistas independientes. Los iniciadores son Adolphe Retté, Edouard Rod, Emile Verhaeren, Eugène Monfort, y un grupo compacto de escritores, escultores y pintores, ventajosamente conocidos. El origen de este movimiento remonta á un manifiesto publicado hace algunos meses por Paul Luis Garnier y León Parsons. La idea se fortificó después. Jean Jaurés dió una conferencia sobre el «Arte nuevo.» Y muchas revistas de la nueva generación, como *L'Effort*, *La Revue Naturiste* y *L'Œuvre Sociale*, iniciaron una activa propaganda reformadora. La orientación había cambiado. Los amanerados que antes inundaban las publicaciones del *Quartier latin* con sus excentricidades estudiadas, cedieron el campo á otros escritores más robustos y más sanos, que se encaraban con la vida.

Todos los diarios franceses han tenido un aplauso para este enérgico sacudimiento. Según el partido á que pertenecen y la política que predican, han hecho ó no reservas sobre las doctrinas que parecen animar á los inicia-

dores; pero todos se felicitan de que la juventud sacuda su indiferencia culpable y vuelva á tener entusiasmos y convicciones. Ya vaya encaminada en un sentido ó en otro, la acción es siempre un síntoma favorable. El verdadero peligro está en la degeneración fatal de una juventud aislada en su somnolencia. Pero, como decía Gambetta, «desde el momento que los jóvenes bajan al arroyo y se mezclan á las agitaciones del arrabal, todas las amenazas están conjuradas.» Podrá discutirse la eficacia de ciertas doctrinas y la oportunidad de ciertas reformas, pero es preferible que la juventud se lance tras una pista falsa (admitiendo que sea falsa), á que se encastille en su «yo» y se momifique en actitudes pueriles.

Los que se han mantenido alejados de este movimiento, y han persistido en su pereza de *dilettanti*, se han visto obligados á buscar otros puntos de apoyo para poder resistir. Los que no han caído en el nacionalismo, como los discípulos de Barrès, se han precipitado en la monarquía, como Charles Maurras, cuyos artículos en *Le Soleil* son por demás curiosos. Maurrás defiende la monarquía, desde el punto de vista del arte. Esto haría casi suponer que le

arte se presta á todas las fantasías, puesto que de él se reclamó también D'Annunzio cuando se convirtió al colectivismo. Pero sería aventurado suponer que los hombres se deciden por la república ó por el imperio, influenciados por la riqueza de las rimas. No es juicioso que la suerte de una nación esté á la merced de un soneto. Los que como Maurras se han refugiado en el partido reaccionario, siguen siendo los mismos indeferentes incurables. Quizá les disgusta la monarquía un poco menos que la república; pero no tienen una opinión definitiva sobre el particular. Si actualmente parecen apasionarse por el rey, es porque el rey no existe. Y es justo confesar que son consecuentes. Siguen viajando sobre la vida, sin interesarse en nada de lo que les rodea.

Estas tendencias acaban de confirmarse en un Congreso, — el Congreso de la juventud, — cuya última sesión ha tenido lugar hace algunos días *. Todos los intereses estaban representados en esta vasta consulta á las nuevas generaciones. Los congresistas se agruparon por afinidades, en un hemiciclo que parecía la Cá-

* Enero de 1901.

mara de diputados del porvenir. Los nacionalistas, los monárquicos y los católicos, á la derecha; los republicanos, en el centro, y los socialistas, á la izquierda. El femenismo estaba representado por tres escritoras de talento, madamoiselles Bremontier, Pognon y Meyer. No faltaba un solo matiz de la opinión, ni una sola clase de la sociedad. El Congreso presentaba un aspecto alegre y extraño. Nada menos homogéneo que aquellos delegados de la Francia futura, que intentaban una reconciliación en el dintel de un siglo. Las cabelleras largas de los artistas, las blusas azules de los obreros, el hábito negro de los seminaristas, y la *jaquette* elegante de los mundanos, se confundían en un ambiente tibio de cortesías agresivas y hostilidades fraternales. Las discusiones han sido á veces violentas, pero no han desbordado hasta el insulto. Si el presidente se vió una vez obligado á cubrirse y levantar la sesión, fué á causa de un orador «insuficientemente preparado», que se obstinó en ocupar la tribuna contra la voluntad de todos. En general, el Congreso de la juventud se ha conducido con más orden y más cultura que muchos Parlamentos.

Entre los problemas que debía discutir, el

más importante era el de la *herencia*. Las dos corrientes en lucha lo convirtieron en campo de combate, y expusieron, á propósito de él, el conjunto de sus doctrinas. M. Monteil, nacionalista, M. Sanguier, católico, y M. Vaugeois, partidario del «gobierno del pueblo por una *élite*», abogaron por el mantenimiento de la ley actual. La mayoría se declaró en contra, y M. Paul Boncour, secretario del ministro Waldeck, ensanchó el debate, mostrando el encadenamiento de todas las cosas. Según él, todo hombre consciente debe, en la época actual, tomar partido en pro ó en contra del colectivismo, en pro ó en contra del capitalismo.

De ahí que cuando se exanimó el problem del «servicio militar», todos se declarasen contra la guerra, á excepción de un bonapartista, que habló «en nombre de la nobleza, á la cual pertenecía.» M. Fribourg hizo á ciertos delegados una pregunta incómoda. «Cuando seais soldados, si recibís la orden de hacer fuego sobre el pueblo, ¿violentareis vuestros sentimientos de humanidad, ó desobedecereis á vuestros jefes?» M. Marc Sanguier, católico, respondió: «Un verdadero cristiano no tiene el

derecho de ser soldado, y debe sufrir los peores infortunios antes de someterse á la ley militar.» El espíritu rovolucionario de Tolstoi ha penetrado hasta el corazón de los mejores conservadores. La discusión se hace más tibia. Todos parecen estar de acuerdo. Y cuando Eugéne Montfort habla de las tendencias literarias de la nueva generación, «enamorada de vida, de verdad, de claridad,» todos los delegados se reconcilian, para manifestar sus simpatías á la escuela naturista y á su fundador Saint-Georges de Bouhelier.

El Congreso de la juventud ha tenido la cordura de no votar ninguna decisión final. Se ha contentado con remover las ideas. La juventud no puede decretarse una actitud para el porvenir. Sus convicciones actuales son quizá sólo una etapa de su marcha hacia la «plena verdad.» Pero el Congreso ha sancionado un principio elemental, que dará rumbos nuevos: la necesidad de influir sobre la vida. Las generaciones recientes van á corregir el error de las anteriores, aplicándose á operar sobre los acontecimientos. Las indiferencias de antaño han Passado á la histoiria. Todos tienen interés en reformar ó conservar lo que les rodea. Los jó-

venes podrán diferir en cuanto á la «intensidad de aplicación» de ciertas ideas; pero todos están de acuerdo para ocuparse del bien común. Es un primer resultado apreciable, que debe tener su repercusión en España y en América.

LA JUVENTUD SUD-AMERICANA

El reciente folleto de Miguel de Unamuno sobre la educación, y nuestra crónica anterior sobre la juventud francesa, dieron lugar á un animado diálogo entre un profesor de la sorbona, el Dr. X, y un estudiante argentino:

— En resumen, —dijo el profesor, después de algunas frases, —¿la juventud de su país de usted es indiferente ó es reformadora?

— No lo sé, — repuso el estudiante, tras un instante de vacilación; — allí todo es embrionario todavía, y no existen las mismas demarcaciones que en París.

— Sin embargo, — insistió el profesor — se dibujarán algunas tendencias.

— Indudablemente, — afirmó el joven; —existen los estudiosos y los alegres, los que

se apasionan por los problemas de la vida y los que se desinteresan de todo.

— Ese es el origen — declaró el profesor — de todas las clasificaciones morales. Los estudiosos comparan y son fatalmente reformadores; los perezosos ignoran, y son naturalmente indiferentes. El éxito de toda nueva doctrina depende del mayor ó menor número de estudiosos que hay en cada país. ¿Son muchos en la Argentina?

— Por el contrario, — confesó el estudiante, — muy pocos.

— Si es así, — murmuró el profesor — tienen ustedes revoluciones y desórden para muchos años.

— Es que somos un país libre, — rectificó el estudiante, con cierto orgullo irrespetuoso, — y no nos sometemos á nadie.

— Precisamente, — replicó el profesor con calma, — la libertad no consiste en hacer oposición á todos los Gobiernos, sino en saber cuál es el Gobierno que se quiere. Y yo creo que ustedes en Sud-América han cedido hasta ahora á una manía inocente de poner trabas á toda administración regular y decir horrores sobre todos los gobernantes. En Venezuela como en el

Uruguay, en el Perú como en la Argentina, todos los ciudadanos viven devorados por la fiebre de derribar al gobernador, al ministro, al presidente, y muy pocas veces saben *por qué* quieren derribarlo. La mejor prueba es que, cuando lo consiguen, renuevan contra el reemplazante la misma campaña. Parece que ponen tanto empeño en luchar contra lo que no quieren, que no les queda tiempo para pensar en lo que quieren. Las naciones sólo son fuertes cuando, en vez d e reunir partidos *contra* algo, los reunen en *favor* de algo. Los programas negativos sólo favorecen á los ambiciosos.

— ¡Doctor!—interrumpió el joven asombrado, —si no conociera á fondo sus ideas, creería estar hablando con un reaccionario.

— De ser yo reaccionario, — repuso el profesor con una sonrisa, — los dos estaríamos de acuerdo. Lo que hay de cierto es que yo soy reformador humanitario y ustedes son anarquistas conservadores. No se explica de otra manera la tarea demoledora á que se libran desde hace un siglo, olvidando que los partidos no deben agitarse para *impedir*, sino para *crear*. En Sud América, como en Francia, la juventud debe tener la audacia de su esfuerzo.

Y su esfuerzo debe tender constantemente á realizar la más amplia felicidad posible para todos.

— Sin embargo..... — objetó tímidamente el estudiante.

— Sea usted, jóven amigo mío, — dijo el profesor, en tono de burla, — y admita la posibilidad de ser bueno.

— Perfectamente, — contestó el estudiante, — pero no quisiera ser niño.

— Los verdaderos niños, — falló entonces el profesor, — son los que no lo han sido ninguna vez, después de haber dejado de serlo.

Y, como el estudiante solicitara permiso para comunicar la conversación á *El País:*

— Es usted libre de hacerlo — concluyó el Doctor X, volviéndose para insistir sobre una palabra, — pero sea usted jóven.

No es posible decir que todas estas frases merecen ser tomadas en cuenta, pero hay algunas que podemos retener con provecho. Quien así hablaba, es una de esas celebridades universitarias que encabezan el gran movimiento de renovación social en Francia, uno de esos «intelectuales» que Barrès desdeña con tanta sinrazón y que el pueblo empieza á aclamar con demasiada persistencia. Pertenece á esa nueva

categoría de hombres que antes estaban confinados en los laboratorios, y que han entrado á la vida pública á raiz del asunto Dreyfus. Operan en un terreno que les es completamente desconocido. Y toda la ciencia que han acumulado en muchos años, no alcanza á preservarles de una honrosa ingenuidad.

Pero sería imposible no coincidir en algunas ideas con el profesor de la Sorbona. Está fuera de discusión que nuestro carácter ha sido hasta ahora demasiado vehemente y muy poco meditativo. No estamos habituados á razonar, y fallamos sobre casi todas las cosas por instinto ó por imitación. Muy rara vez nos detenemos á analizar una idea para hacernos una opinión motivada y propia. Nuestra pereza nativa nos lleva á adoptar la versión que circula ó á ceder al primer ímpetu. De ahí arranca el origen de nuestros defectos. Á pesar de nuestra altivez y nuestro orgullo, todos consentimos en ahogar la propia personalidad para vestir las ideas comunes. Hasta nos parece impertinente tener opiniones propias. Y quizá somos por eso más felices; porque, como dice Anatole France, «es en la imitación donde hay que buscar la razón de la mayor parte de las acciones huma-

nas. Las gentes que se conforman con la costumbre, pasarán siempre por gentes honradas. Se llama hombre de bien al que imita á los demás.»

Contra esa concepción defectuosa de la vida, ha dicho también cosas muy exactas uno de los primeros escritores de la España actual, en un discurso pronunciado hace algunos meses en la Universidad de Salamanca, y publicado recientemente en folleto. Miguel de Unamuno es el escritor español que ejerce mayor influencia sobre la juventud hispano-americana. Su novela *Paz en la guerra*, sus folletos sobre la educación, y su último libro titulado *Tres ensayos* le dan cierto carácter de maestro y director filosófico. Y es de ver cómo critica el acatamiento de que acabamos de hablar, y cómo declara, como profesor de la facultad, que «no ha de enseñárseos en ella tanto á ganar la vida cuanto á vivirla.» Su discurso descubre los vicios de la educación actual y da los mejores consejos. Empieza por declarar que debemos ir á la Universidad para «esforzarnos con ahinco en conocernos mejor,» y que « es en los jóvenes en quienes pone la patria sus esperanzas más corroboradoras, porque mal pueden, en

efecto, darle nueva vida los que en la antigua fraguaron su espíritu.» Luego entra en materia, y dice á los estudiantes, «debeis estudiar también á vuestro pueblo, porque siendo aquel de quien vivís, con quien vivís y por quien vivís, es su estudio el único que debe llevaros como por la mano á conocer con entrañable conocimiento á la humanidad toda,» no sin condenar al pasar «cierto culto á los antepasados, que quita sitio en nuestro corazón al culto debido á la posteridad.» Les aconseja que aprendan «á ver al través de los libros la vida, y no al través de ésta los libros.» «Sed aplicados, les dice, pero no olvideis que no lo es más quien se encierra en su cuarto á mascullar ajenas ideas, ó, lo que es ya malo, á aprender de coro ajenas frases, sino quien va á todas partes con los ojos y los oídos bien abiertos y en la mano el corazón.» A propósito de la emulación, les advierte: «no habeis de proponeros sobrepujar á los demás, sino sobrepujaros á vosotros mismos, ser hoy más que érais ayer.» Hablando de la verdad, añade: «Buscad la verdad y su triunfo, y todo lo demás se os dará por añadidura»: porque «si algo distingue á la verdadera juventud es la redundancia de la vida; redundancia que

para la mente se convierte en comezón de saberlo todo, de inquirirlo todo, en curiosidad á todos los vientos orientada.» Después de definir que «la rutina es pereza en acción»; les alienta «á cuestionarlo todo, á poner en tela de juicio hasta lo que más asentado y axiomático parezca, á no aceptar postulado alguno.» Y termina citando la célebre frase de Michelet: «La verdadera educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino además, y con mayor frecuencia aún, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.»

Al hablar así, Miguel de Unamuno ha precisado en frases concisas y elocuentes los errores fundamentales de la educación actual y los principios necesarios de una educación más racional. Lo que escribe para la juventud española, puede aplicarse muy bien á la juventud sud-americana. «No os acordeis—dice—de que hay hombres, cuando investigueis la verdad que debe erigirse sobre todos los hombres y sobre las aspiraciones é intereses humanos todos. El hombre para la verdad, no la verdad para el hombre.» Esta última fórmula puede ser el programa de la evolución futura.

La mayoría de nuestra juventud se ha acantonado hasta ahora en lo existente, negándose á saber si hay algo más allá de la verdad actual. No ha tenido esa voluntad de saber, que empuja á algunos hombres á discutir con su conciencia. Se ha contentado con resbalar sobre la superficie de las cosas, y con sacar el mejor partido de la vida, cediendo á un egoísmo inconsciente. De ahí que ciertas ideas, vulgares en otros países, parezcan en el nuestro originalidades estravagantes. La mayoría no está á cabo de las evoluciones del siglo, y persiste en aplicar á los hechos recientes un criterio anticuado. Muy pocos leen. La hoja diaria parece bastar para satisfacer las curiosidades de la mayoría. Y es inútil decir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan á consolidar una opinón filosófica. Por esa causa, nuestra educación es tan superficial como nuestro carácter. Llegamos hasta mirar con cierto menosprecio al hombre ilustrado. Entre su ciencia y el *facón* de un valiente, casi siempre nos decimos por lo último. Todavía nos seduce y nos domina la fuerza, hasta el punto de constituir el principal resorte de nuestra vida. Los gestos nos entusiasman y las razones nos dejan casi indife-

rentes. Una heroicidad de melodrama, un caballo con las crines en desorden, ó una sacudida del instinto, nos hacen olvidar el mejor de los axiomas, el más evidente de los derechos ó la más elemental de las justicias. Somos seres de impresión, y no de razón. El oropel nos enloquece todavía.

Estos defectos se reflejan en la política. Nos falta la noción del bien público y nos sobra el orgullo personal. No hay un solo joven que, sabiendo leer y escribir, no ambicione ser diputado. No porque tenga el deseo de favorecer al país influyendo en un sentido ó en otro, sino simplemente «para ser diputado.» El desinterés nos parece una cualidad inaccesible, y sólo comprendemos que un hombre se agite y luche por intereses particulares. Por eso es que en la opinión sumaria y tosca que se forma la multitud, todos los dirigentes se dibujan como malversadores de la fortuna pública. La masa no concibe que los hombres, ya encaminen su actividad en un sentido, ya en otro, puedan proceder con la sinceridad de una convicción, quizá errónea, pero siempre respetable. Parece que hubiésemos nacido para la tarea negativa de oposición. Y aun en ese supremo egoísmo

encontramos medio de deslizar otros secundarios: consideramos los comités electorales como un medio de improvisarnos una jerarquía ; nos agrada figurar en las convocaciones, pero nos repugna la propaganda; y, en resúmen, no vemos en la política más que una empresa de publicidad.

Estas desviaciones son quizá comunes á todos los países, pero en el nuestro se hacen sentir con mayor brío. La juventud se desinteresa de las ideas, y sólo se aplica á levantar ó derribar hombres. Nuestros programas de oposición se hacen con un manojo de apellidos. Quizá proviene este defecto de que, en cuanto á la doctrina, nos limitamos á proclamar principios vagos y elementales que nadie discute, como la Honradez, la Equidad, el Orden, etc., que son programas comunes á todos los partidos. Sería más eficaz abandonar esas palabras y precisar ideas. Una oposición se vería entonces en la necesidad de decir *por qué* hace oposición. Y la obra de los Gobiernos sería menos difícil, porque se habrían libertado de la hostilidad viciosa y sistemática que ahora los oprime, sea cual sea su actitud, su tendencia ó su fin. Quizá se alcanzaría así una clasificación de los espíritus

y se evitaría la efervescencia inútil de los países hispano-americanos, donde se derriba á un gobierno con un puñado de frases. Cada ciudadano se vería obligado á declararse ultramontano ó liberal, conservador ó reformador, proteccionista ó librecambista, republicano ó demócrata. De manera que se establecería una lucha de tendencias donde fructificarían fácilmente las ideas de los que han llegado á la plena conciencia de sus deberes y de sus derechos.

Nuestra juventud podría influir en este sentido, si se decidiese á tener opinión sobre todas las cosas. Todos los problemas deben interesarla. La vida tiene fines más altos que la satisfacción de nuestras necesidades corporales. Si aprendemos á ahogar el egoísmo y á ocuparnos de los intereses de los demás, habremos adquirido ese reposo benéfico que es la mejor aproximación á la felicidad. Es necesario tener doctrinas, y, ya sean ellas revolucionarias ó retrógradas, afirmarlas abiertamente, sin perjuicio de seguir estudiando y rectificarlas si cabe. Sólo en la sinceridad puede encontrar la juventud un terreno favorable.

Catulle Mendès decía: « Si fuera posible

mostar la pobreza de alma de los que preparan y dirigen los entusiasmos de la muchedumbre, ningún joven contribuiría con su aclamación y, si todos los jóvenes supieran cómo se elabora un triunfo callejero, ninguno persistiría en alcanzarlo. Las celebridades de asonada se hacen con cuatro agentes electorales y una debilidad del jefe de policía. » Todo lo cual puede condensarse en una línea de prosa: evitemos las ambiciones y, si es posible, los éxitos.

Si existiera dentro de la juventud sudamericana ese imposible hombre ideal que no tiene un solo enemigo y reune las simpatías de todos, su deber estaba trazado. Como no podría provocar descontentos, puesto que era irrealizable, nada le impediría avanzar hacia la juventud y decirle: « Todos nosotros somos, en cierto modo, los obreros del porvenir. Sea cual sea el teatro en que se desenvuelve nuestra influencia, cada uno de nosotros contribuye á esculpir la vida de mañana. Hasta parece que nuestra obra fuese anterior á nuestra actividad. Dirigimos el carro de la vida antes de habernos apoderado de las riendas. Gobernamos por medio de la influencia que ejercemos sobre la generación que nos ha precedido. Y se diría

que nuestra fuerza es tan grande, que vemos florecer nuestro jardín antes de haberlo cultivado. Pero sólo es posible preparar el porvenir trabajando sobre el presente. Y esa influencia que ejercemos sobre otra generación, puede ser empleada para bien ó para mal de todos. Podemos exaltar el Ideal, ensanchar la Libertad y sostener la Justicia, ó perpetuar la Ignorancia, alentar la Superstición y desencadenar la Tiranía. En el momento actual, especialmente, en este recodo peligroso y terrible de la historia, la juventud puede detener ó precipitar ciertas corrientes, y dirigir hacia un punto ú otro del horizonte la barca abandonada de la sociedad. El mundo ha llegado á un grado tal de madurez, que es posible darle, sin esfuerzo, la forma deseada. Es el momento de determinar un empuje decisivo hacia la emancipación. Sin tomar la etiqueta inmediata de ningún partido y sin comprometer bajo ningún pretexto nuestra libertad de acción, debemos sostener, ayudar y alentar las ideas liberales, marchar hacia el progreso moral, ensanchar nuestras concepciones de la vida, sacudir los prejuicios, ennoblecer las ideas, y poner todos los días en nuestra acción un poco más de generosidad, de bondad

y de justicia. La evolución reciente nos empuja hacia una vida más aligerada de animalidad y más accesible al altruísmo. La fuerza que se desprende de la cultura egoísta del « yo », sólo puede ser un mérito en una sociedad injusta como la actual; dentro de una vida más ancha, sería un crimen. Cada día que pasa, nos acerca á una reconciliación de los hombres en una comunión de justicia. Si hay entre la juventud almas prematuramente envejecidas ó disecadas por el egoísmo, que han olvidado todo empuje generoso y todo noble pensamiento, para gozar en el desorden de la sociedad actual, no nos ocupemos de ellas : son una minoría. Y casi no deben ser consideradas como formando parte de la juventud, porque *juventud* es el empuje ciego hacia el ideal, la rebelión del pensamiento contra lo absurdo y el grito alegre de los que están de acuerdo con su conciencia. Sería necesario apoderarse de la vida, y empujarla hacia el fin verdadero, es decir, hacia el perfeccionamiento del hombre. Para la juventud no deben existir ni la historia, ni la tradición, ni los antepasados. La verdad debe bastarnos. Tenemos que fabricarnos una vida completamente nueva. Y, sobre todo, debemos tener la

audacia de vivirla, de hacerla vivir, de imponerla quizá. Todo el que posee una verdad, debe gritarla en voz muy alta, para que todos le oigan. Reservarla para sí, sería una mala acción. El silencio es el capitalismo de las ideas. Todos tienen el deber de distribuir lo que saben. Callarse, sería avaricia ó cobardía. *Juventud* quiere decir generosidad y entusiasmo. Debemos creer y obrar. No imitemos á los escépticos, que se abandonaban á la existencia sin voluntad, como barcas vacías. Somos el pensamiento y la fuerza. Tenemos un pie sobre el pasado y otro sobre el porvenir. Nos sentimos fuertes y bien preparados para la lucha. Todo se reduce á una fórmula neta y decisiva: « Obrar. »

Sin creer en la eficacia de los discursos, se puede adelantar que quien hablara así coincidiría con el pensamiento de muchos jóvenes. Se ha dicho que en América vivimos de lo que nos comunica el telégrafo desde Europa; y aun que esta afirmación sea un tanto exagerada, es justo confesar que casi siempre resuena en nuestros países un eco de lo que ocurre en el viejo mundo. Las nuevas aspiraciones que fermentan en Europa, y sobre todo en Francia,

influirán inevitablemente sobre nuestra juventud. La sociedad actual es un estado transitorio. Los jóvenes cederán paulatinamente al deseo de realizar un « más allá » y dar forma práctica á sus sentimientos altruístas, tratando de atenuar las desigualdades y hacer reinar mayor equidad entre las gentes.

Pero, aparte de determinadas doctrinas filosóficas que sólo nos asustan cuando las ignoramos, la juventud no puede menos que estar de acuerdo con el pensamiento de Miguel de Unamuno y con las opinienes del doctor X, profesor de la Sorbona. El siglo que se abre será el campo de batalla de dos tendencias decisivas que alcanzarán su Austerlitz ó su Waterloo. Una se dirige hacia el pasado, y otra se aventura hacia el porvenir. Barrès dice que son « dos revoluciones en marcha: una que quiere restablecer lo antiguo, y otra que desea derribar lo actual. » Lo cierto es que hemos llegado al nudo de la historia contemporánea.

En los países en que la vida intelectual está más desarrollada que en los nuestros, esas tendencias han deslindado ya sus posiciones y han empezado el combate. Algunos creen que no pasarán muchos años sin que ocurra lo mismo

en América. Según ellos, la juventud se verá obligada á elegir entre dos premisas contradictorias, como ha ocurrido recientemente en Francia. Sería una selección, y sólo el estudio y la voluntad constante de alcanzar la verdad, pueden prepararnos para ella. Todos nuestros deberes se reducen á adquirir el mayor número de conocimientos posibles. Si las dificultades se presentan, tendremos talla para vencerlas; y si se equivocan los augures, siempre nos quedarán como beneficio los nuevos horizontes que habremos descubierto. Lo único seguro, dentro de todas estas suposiciones, es que la juventud está llamada á influir poderosamente sobre los acontecimientos futuros. Las palabras de Miguel de Unamuno convencerán á algunos obstinados. Y es seguro que la juventud sud-americana, sean cuales fueren sus convicciones, se acostumbrará á defenderlas en esas grandes luchas pacíficas, que son la esencia misma de una democracia.

LA RUE DE PARÍS Y LOS HUMORISTAS

La gente elegante, que va á las fiestas por snobismo, con pocos deseos de ver y muchos de ser vista, se amontona casi siempre en un sitio determinado, y se impone un límite que nadie debe franquear, bajo pena de excomunión. Poco le importa tener el aspecto de fiera enjaulada: la moda ha decretado que sólo es posible divertirse en esa calle, ese vericueto ó ese café, y, aunque las personas se estrujen en el amontonamiento de tantos cuerpos, nadie se atreve á ir más allá, porque sería un suicidio. Del otro lado de la barrera imaginaria se extienden las calles casi desiertas, dormitan los cafés vacíos y se arruinan espectáculos mucho más atrayentes que los que nos vemos obligados á admirar; pero no es posible romper con

la consigna, y nadie se aventura á dar un paso fuera de la línea de demarcación: parece que un foso hondísimo aprisionase á aquellas gentes en tan mezquino territorio impidiéndoles dispersarse por los caminos anchos y hermosos, que se ofrecen desde lejos en el incendio de sus luces de colores. ¿Y sabeis lo que refrena á esa multitud de buen tono? El capricho del cronista, que afirmó, en en diario á la moda, que aquel era el punto de cita de las elegancias. Esta vez se ha echado de ver, mejor que nunca, la docilidad de la *élite* de los salones. La exposición se extiende sobre un área de más de un millón de metros cuadrados; pero desde que apareció cierto artículo en el *Figaro*, el buen gusto consiste en amontonarse en la rue de París, y hacer ejercicio con los codos para poder avanzar. Todas las otras calles, palacios y avenidas han sido abandonadas «al vulgo.»

La rue de París es, indudablemente, una de las curiosidades de la Exposición, pero no es la única. El *Vieux París*, la *rue des Nations*, *La Exposición Colonial* y la reconstrucción de la Andalucía en tiempo de los moros, pueden disputarle la primacía. Todo lo cual no quiere decir que la rue de París no sea encantadora.

Es una concentración de la jovialidad francesa. Y es sabido que nada puede competir con el *esprit gaulois*. La delicadeza, el desenfado, la malicia y el buen humor burbujean en las sátiras parisienses y son á un tiempo amargor y regocijo, enseñanza y crudeza. Ningún pueblo ha poseído en tan alto grado el talento de decir sabiamente las cosas, sin herir ni molestar, paseando sobre los vicios y los hombres una sonrisa burlona, que corrige y cosquillea, que castiga y hace reir. Son manos enguantadas y frágiles que juegan con las palabras y con las ideas, sin choques bruscos, en una media luz de indulgencia y de ironía. Nadie alcanza á contar la infinita variedad de tonos de una frase, que parece simple á primera vista, y que envuelve, vela ó descubre todo un mundo de maldades amables que resbalan sobre la epidermis de desnudeces lujuriosas que se arrebujan en la sombra, ó de carcajadas francas que se ahogan en una sonrisa.

Los autores festivos franceses no son contorsionistas clownescos, á la manera de Taboada ó Pérez Zúñiga, sino extraordinarios juglares del idioma y las costumbres. Georges Courteline, Alphonse Allais, Pierre Wolf, Jean Gaudesky,

George Auriol y tantos otros, representan la verdadera sonrisa espiritual. Han hecho del género humorístico un verdadero arte, lleno de delicadezas y medias tintas, propio para ser leído en el *boudoir*, entre sedas y encajes. Un intelectual y un filósofo no desdeñan hoy esos libros, en los que se sorprende más de un perfil que ha escapado á la crítica seria y en los que á través de la caricatura, se ve la realidad de muchas situaciones inverosímiles. ¡Cuán lejos estamos de la carcajada grasienta de Paul de Kock y de los chistes de cocina que hacían la felicidad de nuestros abuelos! Los humoristas del día son verdaderos *escritores*. Desdeñan la farsa de otros tiempos, evitan el efectismo de la situación violenta y sólo atienden á poner de manifiesto la evidencia de una contradicción, tratando de hacer reir, sin haber reído.

La literatura festiva francesa, ya se manifieste en la escena ó en el libro, tiene, según algunos, el defecto de ser demasiado descotada. Puede que este reproche no carezca de funda mento, pero es necesario tomar en cuenta también el medio en que esa literatura ha nacido y la categoría de lectores á que está destinada.

El límite de lo permitido no es el mismo para todas las ciudades. En Córdoba no es posible decir muchas cosas que se dicen en Buenos Aires. Y, subiendo bruscamente en la progresión, en Buenos Aires son inadmisibles muchas cosas que son corrientes en París. La moral, aplicada en ese sentido, es una valla que el pueblo coloca más ó menos lejos del punto de partida, según su mayor ó menor ingenuidad. En Norte América acaba de ser procesada una actriz que representó *Sapho.* En España hay muchas ciudades en que es imposible poner en escena *Le Maître des forges.* Sin embargo, esas dos obras han sido aplaudidas en Buenos Aires. Nuestra barrera moral está, pues, mucho más lejos que la de las poblaciones citadas, y en nuestra ciudad podemos ya decir en alta voz muchas cosas que nadie se atreve á pensar todavía en Tarragona ó en Omaha. Un proverbio francés asegura que es posible decirlo todo, con tal de decirlo bien. La inmoralidad no está en lo que se dice, sino en la manera como se dice. Cátulo, Bocaccio y Armand Silvestre — salvando las épocas en tres saltos — nos encantan igualmente, y, á pesar de cuanto pueda decirse, no son inmorales. La predilección que manifiestan

por las situaciones escabrosas, es una coquetería de estilistas hábiles, que quieren mostrar su destreza pasando la dificultad con una pirueta. La verdadera inmoralidad era la de Pérez Escrich, Dumas padre, ó Fernández y González, porque en una línea de puntos suspensivos caben todas las suposiciones. Pero el autor que asume la responsabilidad de decirlo todo, y se encara con la situación difícil, dispuesto á dominarla y á imponerle una forma honesta y presentable, es doblemente meritorio. Terminar un capítulo con un «se apagó la lámpara», es mucho menos casto que continuarlo hasta el fin; como una estatua de mujer descotada, es mucho más inmoral que una Venus saliendo del baño. La inmoralidad está en la sensación que produce la desnudez, y no en la desnudez misma. No hay que confundir, naturalmente, la sinceridad artística que presenta los cuerpos sin velo, en la castidad de la inocencia primitiva, con la calculada perversidad de los cocineros de lujuria que nos los muestran á medio vestir, en el abandono del *boudoir*. En las revistas de fin de añc de los teatros de Montmartre, hay siempre una mujer desnuda, que dibuja sus formas bajo la malla y que sólo despierta en el público,

que la considera como una estatua, la sensación estética de una obra del arte. En cambio, en los teatros serios del bulevar se representa el *Vieux marcheur*, el *Contrôleur de Wagons-lits* y el *Nouveau Jeu*, donde, con pretextos inverosímiles que disimulan muy mal la tendencia á la pornografía, se encuentra casi siempre el medio de intercalar un *deshabillage*, y de hacer asistir al público á la *toilette de la mariée* ó al *coucher de la jeune fille*. Y hay que distinguir la Venus Belvedere, de los naipes transparentes.

Sea como fuere, los humoristas franceses han hecho de la rue de París el verdadero palacio de la alegría. Los pabellones, alineados los unos junto á los otros, en una calle estrecha y palpitante de multitud, dan la síntesis del *esprit* francés. Es una serie de originalidades y sorpresas que nos encantan. *Le Rire*, el semanario de caricaturas, tiene allí casa propia, una casa que es un museo y un teatro, con frescos de Métivet, dibujos de Léandre, sombras chinescas de Huard, y representaciones continuas y enloquecedoras que hacen que la muchedumbre se detenga, en un remanso, ante la puerta. Un poco más lejos esta la *Roulotte*, el teatro bohe-

mio y mundano que significa una comunión del desván con el primer piso, donde se codean por las noches las marquesas de manos endiamantadas, con los artistas de corbata *Lavallière* y pipa entre los dientes; un punto de cita casi revolucionario, donde se anudan dos miserias en una sola cadena de locura. En la *Roulotte*, la *blague* es universal, y todo cae bajo la sátira, porque los artistas asestan contra todo la anarquía demoledora de las risas. Luego encontramos el *Grand Guignol*, pintarrajeado de colores vivos, con un *camelot* vestido de marqués, que arenga desde la puerta, ponderando las virtudes de las *marionettes* de carne y el mecanismo curioso de los muñecos humanos: un *Grand Guignol* para niños grandes, donde se dicen frases maliciosas y se habla el *argot*. Y en seguida, una fila interminable de pabellones alegres. Los *Bonshommes Guillaume*, que el conocido dibujante nos ofrece como un compendio de su labor enciclopédica; los *Auteurs Gais*, donde Galipaux dice monólogos con mucho champaña de risas locas y mucha felicidad comunicativa; la *Torre de lo maravilloso*, donde una feliz disposición de espejos nos lo hace ver todo al revés; el *Palais de la Danse*, y una di-

vertidísima serie de novedades que hacen perder la cabeza al provinciano que cae por primera vez en el vértigo de París.

Y en esa decoración, en esa calle, todas las notas del exotismo, todos los colores del iris, todas las naciones del mapa, con trajes típicos y extraordinarios, de formas y matices insospechados, que sugieren paisajes de la India, libros chinos, baratijas japonesas y costumbres de Ceylán. Tras ellos, todo el Gotha del rastacuerismo con diamantes en la pechera de la camisa, trajes claros y grandes ademanes de suficiencia, en la apoteosis de la corbata. Entre la multitud chisporrotea la incredulidad del parisiense, la ironía de su monóculo y la amabilidad envolvente y sutil con que se apodera de las voluntades y las conduce. Junto á los parisienses, pasan ellas, las parisienses, con trajes ceñidos, que dibujan las formas, y con las faldas remangadas, para mostrar la pierna bajo la enagua de seda. Parece que fueran mintiendo amores de mariposa, en un jardín de frivolidades, abierto á todas las fantasías del capricho. Y nada es tan hermoso y tan frágil como esas encantadoras veleidosas que se apasionan por un tzigano, frecuentan las reuniones anarquis-

tas y asisten á la misa negra de Huysmans, con la misma sonrisa de carmín sobre los dientes blancos.

En la muchedumbre confusa se funden todos los tipos. No faltan, naturalmente, los indispensables provincianos de caras rojas, que pasean su asombro bajo lo mirada paternal de los agentes, luciendo trajes inenarrables y arbolando ideas del siglo pasado, para mayor gloria de Epinal ó de Tarbes. Pero todo se ahoga en el *brou-ha-ha* de la Exposición, y en el entrevero de la feria, aumentando la confusión y el vértigo de esa acumulación de sociedades y esa superposición de costumbres. La Rue de París es el extracto y la síntesis de la gran ciudad cosmopolita. Sobre el desorden de tantas vidas que se codean y se estrujan, se adivina otro, más intenso y más tenebroso, en una Babel de ideas.

EL ARTE NUEVO Y EL SOCIALISMO

Anoche, en el teatro de la *Porte Saint-Martin*, y bajo la presidencia de Anatole France, dió Jean Jaurés su anunciada conferencia sobre « el arte ». Para los que no están á cabo de la evolución de las ideas en París, podrá parecer inaudito que el actor Coquelin prestase su teatro y su concurso, y el académico France presidiese y prologase una conferencia en la que el jefe del partido socialista haría una propaganda netamente revolucionaria. Son cosas que nos asombran desde lejos, pero que, vistas de cerca, nos parecen completamente lógicas. Dos personas pueden estar en desacuerdo, sin volverse la espalda. Madame Séverine, Gabriel Séailles, Paul Hervieux y Gabriel Trarieux, que están muy lejos de ser colectivistas,

rodeaban al conferenciante en el escenario. Y cuando el público entonó la *Carmagnole*, nadie blandió una protesta, ni reclamó los gendarmes. Henri Bauer, Lucien Descaves, Mirbeau, Donnay y Charpentier, el autor de esa *Louise* que está haciendo correr todo París á la Opera Cómica, estaban también sobre la escena; pero no es de extrañar en ellos, porque son *habitués* de toda reunión popular. El discurso de Anatole France terminó con este párrafo: «La sociedad futura nos promete un poco más de justicia y de felicidad. Trabajad en ella y por ella. De una sociedad más equitable y más feliz que la nuestra, saldrá quizá un arte más amable y más hermoso; artistas, artesanos, uníos, asociaos; estudiad, meditad juntos. Comunicaos vuestras ideas y vuestras experiencias. Sed todos mil y mil pensamientos manuales y mil y mil manos pensantes, y trabajad en la paz y la armonía.» Es, con poca diferencia, lo mismo que el Presidente de la República ha dicho hoy en la ceremonia inaugural de la Exposicoón: «Estoy convencido de que, gracias á la afirmación perseverante de ciertos pensamientos generosos que han resonado en este siglo, el siglo xx verá resplandecer un poco más de

fraternidad sobre menos miserias de todo orden, y que bien pronto quizá habremos franqueado una etapa importante en la lenta evolución del trabajo hacia la felicidad y del hombre hacia la humanidad.» De manera que esas ideas están en el ambiente, y todos encontraron muy natural que Jaurés hablara de organizar una sociedad menos imperfecta.

Pero lo que tiene interés para nosotros, es la influencia que las ideas reformadoras han ejercido, según Jaurés, sobre el arte y la que ejercerán en el futuro. Todos los que analizan y se defienden de la tradición que nos hace ser continuadores de otras vidas, están de acuerdo en dirigir su actividad hacia la realización de una existencia más ancha y más purgada de errores, en un mundo más abierto y menos erizado de egoísmos. Es una aspiración generosa que se ha manifestado en todos los tiempos, y que reaparece ahora modernizada por la ciencia. Pero en las grandes ciudades de hoy han llegado las gentes á un grado tal de confusión en las ideas, se han desmoronado de tal suerte los muros que detenían á la razón en su empuje de curiosidad, se encuentran todos tan aislados en medio de la vida, que las multitudes

corren de un lado á otro, reclamando un nuevo ideal, una nueva creencia ó una nueva mentira, para poder seguir viviendo. Los prejuicios que antes las acorralaban en su ignorancia, han sido barridos por las revoluciones pacíficas. Las almas han quedado aisladas en medio de un campo muy vasto. Cuando se dedicaban á derribar supersticiones, tenían un fin. Ahora no tienen ninguno. Por eso piden otras supersticiones. De ahí que en el escenario parisiense surjan Maurice Barrés reclamando una « conciencia nacional» (vale decir un lazo de complicidad que ayude á subir la cuesta), el doctor Papus desenterrando los misterios de la Magia, ó mademoiselle Cuesdón refiriendo en malos versos los comentarios del arcángel Gabriel sobre la enfermadad de Rostand. La juventud literaria se encuentra así, como las multitudes : sentada sobre las ruinas de todas los verdades rotas, á la espera de una nueva verdad.

Jaurés ha avanzado anoche hacia ella y le ha ofrecido casi la esperanza de un ideal.

Según él, Wagner, Víctor Hugo y Puvis de Chavannes han encontrado en las doctrinas colectivistas la verdadera visión de sus grandes obras. Sin Babeuf, Fourier y Marx no habrían

nacido ni *Lohengrin*, ni *La leyenda de los siglos*, ni los frescos del Panteón. La característica de Wagner está, según Jaurés, en « haber agrupado al rededor de una vida individual, toda la orquestación y todos los matices ». La de Puvis de Chavannes, en « exteriorizar la serenidad de la humanidad reconciliada consigo misma. » Esa universalidad de concepción de los grandes genios se basa sobre el socialismo. Jaurés estudia la sociedad actual, y encuentra que es tan superficial y tan caótica, que es imposible que florezca en ella un arte de armonía y de unidad. Los hombres están demasiado divididos, y hay « humanidades que se destrozan. » Para alcanzar la belleza, es necesario dominar la vida. Las nuevas doctrinas son las únicas que, en opinión de Jaurés, podrán llamar á la belleza á todos los seres humanos. « Artistas, dijo en un buen movimiento oratorio, no tengais miedo de nosotros. Daremos á la vida otros rumbos. La humanidad entera contemplará la naturaleza y crearemos el arte humano. Mientras haya antagonismos, no habremos domado la fuerza. Venid con nosotros, llamaremos ante vuestras obras á toda la humanidad.» Luego habló de Anatole Fran-

ce, que en *L'orme du Mail* y el *Mannequin d'osier* ha hecho obra socialista, porque con la delicadeza de su frase « supo descubrir las raíces de la mentira, y detener en ellas la savia. » En cuanto á Emile Zola, también es un rebelde que « parecía un río lento y calmoso, y que de pronto chocó contra una iniquidad y se alzó en magníficos espumarajos de cólera. »

La palabra de Jaurés ha resonado muy oportunamente, en estos momentos en que la juventud literaria de todos los países está desorientada é indecisa, ante el comienzo de un siglo que es el prólogo brumoso de algo insospechable. Solicitada á la vez por el absolutismo y la anarquía, vacila entre dos radicalismos extremos, que la atraen, aquí con la quimera de una restauración monárquica, y allá con los peligros de la fiebre demoledora. Las dos tendencias están representadas en Francia. La primera por Charles Maurras que, desde las columnas del *Soleil*, está explicando desde hace un año las bellezas del trono. La segunda por Pierre Quillard, que en la *Revue Blanche* y en sus discursos no cesa de hablar de la libertad absoluta y de « los caminos rojos por donde iremos. » Los equilibrados que están bien á ca-

ballo sobre su razón, encuentran que los dos extremos son engañosos. No es porque cedan á un sentimiento de cobardía, que les empuja á guardar la neutralidad hasta que los acontecimientos se decidan en un sentido ó en otro; sino porque entienden que el grito estentóreo es casi siempre falso y antiartístico. Y en esa incertidumbre, en esa espera de una verdad sólida que pueda servir de base para sus vidas futuras, aguardan grandes caravanas de soñadores á la puerta de la filosofía.

Jaurés posee el arte extraño de percibir las cosas que escapan á los demás. Ha adivinado la inquietud de los espíritus y la ha calmado, para apoderarse de ellos y encaminarlos hacia lo que él cree justo. De más está decir que la conferencia ha tenido un éxito enorme. Todos las artistas que había en la sala firmaron la siguiente declaración: « Los artistas, escritores, pintores, escultores, músicos, libertándose del arte estéril y frívolo, quieren inspirarse desde ahora en la epopeya luminosa y confusa que empuja á los hombres hacia una suerte mejor, y prometen esforzarse en sus obras por acelerar el advenimiento de la vida libre y armoniosa de la sociedad comunista, en la que el arte se

esparcerá sobre el mundo como un goce puro.»

Y á la salida, cuando se apagaron las luces, Jaurés se alejó, simplemente, á pie, entre un grupo de compañeros, mal abotonado en su abrigo de campesino, con su cara tosca, sus modales burdos, y en los ojos, sólo en los ojos, la denuncia de que era el primer orador de Francia.

LA POLÍTICA FRANCESA

Según el deseo general, la Exposición debió ser una tregua durante la cual descansarían los partidos, los hombres, las pasiones y los intereses. Todos estaban de acuerdo para aplazar la solución de las dificultades políticas, hasta después de terminada la gran fiesta del trabajo. Era necesario, según decían unos y otros, conservar una actitud digna ante los extranjeros que inundarían la ciudad durante seis meses, para hacerles ver que las divisiones y los antagonismos son superficiales y que, á pesar de cuanto ha ocurrido, todos los ciudadanos saben fraternizar en el oasis de un triunfo. Desgraciadamente, no ha podido ser así. Las impaciencias, los rencores mal refrenados y la eterna obsesión de un debate funesto han empujado

los acontecimientos y desencadenado batallas parciales que no se esperaban. Las últimas interpelaciones de la Cámara y del Senado han desvanecido toda esperanza de tregua. Si los partidos no abren las hostilidades y no se precipitan desde hoy los unos sobre los otros, es porque comprenden que, en las actuales circunstancias, sería un crimen reprobado por todos. Pero la lucha continúa, sorda y terrible entre los bandos. Todo cuanto ocurre ahora en Francia está subordinado al asunto Dreyfus, que es el eje de la política, de la literatura y hasta de la vida social. El Consejo municipal se convierte en asamblea de partido. La elección de un académico sirve de pretexto á una batalla. Se va á un casamiento, como se asistiría á una reunión electoral. Diríase que este hermoso país ha retrogradado al tiempo en que era posible la existencia de Güelfos y Gibelinos.

La afabilidad, el buen gusto y la incredulidad, que hacen del francés el hombre más agradable, más refinado y más cortés del mundo, se convierten, así que se habla del asunto Dreyfus, en un sectarismo violento que está en contradicción con todo. Es verdad que esta acritud de carácter ha sido determinada por

grandes sacudidas y causas muy profundas. El debate empeñado pone en juego principios vitales. Al rededor del asunto Dreyfus, se ha planteado todo el problema de las sociedades modernas. No se discute un caso particular, sino la organización de las sociedades, y el volumen de ideas de treinta siglos. Parece que se abriera el debate del porvenir y el juicio del pasado. Y no ha habido idea, doctrina ó sentimiento que no haya sido puesto en juego á lo largo de esta formidable conmoción moral que ha desnudado tantas llagas.

Pocas veces se da el caso de que la política interna de un país sea el teatro en que se discuten intereses comunes á todos los pueblos. Puede decirse que desde 1789 no se había presentado esta circunstancia rara, que transforma á una nación en Cámara de diputados del mundo. La política francesa de hoy tiene, además de esa curiosa universalidad, un marcado carácter de debate filosófico. Quizá por esa razón interesa á todos los pueblos. Sobre todo en el momento actual, que es decisivo. Una ojeada rápida basta para dominarla; porque el asunto Dreyfus ha tenido la virtud de simplificarla, haciendo desaparecer los matices,

y dividiendo á los hombres, según su temperamento y el grado de perfección moral que han alcanzado, en dos inmensos grupos irreconciliables.

El ministerio actual representa una coalición de los radicales, los socialistas y un grupo considerable de republicanos moderados. Es un Gobierno de *Extrême Gauche* y de batalla.

Hasta ahora, los ministerios se habían apoyado casi siempre sobre el « centro », es decir, sobre la parte de la Cámara que profesa ideas conservadoras. Los monárquicos habían entrado indirectamente en algunas combinaciones, con el apoyo de M. Méline, republicano clerical. Pero el partido extremo se había visto excluído de todas. Esta brusca orientación de la política gubernamental hacia el núcleo que envejecía en la oposición, ha sido una consecuencia de ese asunto Dreyfus que ha realizado una revolución tan considerable en las ideas. Es la primera vez que los socialistas tienen representación en un ministerio. Y, dado el papel preponderante que M. Millerand ha desempeñado hasta ahora, el acontecimiento reviste una importancia capital.

Los nacionalistas, que bajo el manto de un

patriotismo muy exaltado persiguen una resurrección de la dictadura, han encontrado extraordinario que tantos ideales antagónicos hayan podido fundirse y solidificarse en un Gobierno. Olvidan que se trata de un ministerio de coalición y de defensa republicana. El hecho de que el jefe del Gabinete sea un moderado, como M. Waldeck-Rousseau, el secretario de finanzas un radical, como M. Caillaux, y el ministro de Comercio un socialista, como M. Millerand, no prueba falta de homogeneidad ni disparidad de propósitos. Cada uno ha sacrificado un poco de su doctrina, con el fin de unirse á los demás y presentar una valla infranqueable á los reaccionarios. No se han puesto de acuerdo para construir, sino para defender el edificio en construcción.

El presidente de la república, M. Loubet, ha tenido que pasar también por muchas tribulaciones. Los partidarios de la dictadura le han calumniado con tesón, como si abrigaran la esperanza de hacerle ceder y desaparecer de la escena, á fuerza de afrentarle con falsas acusaciones. Pero M. Loubet, bajo su sonrisa afable y su modestia, esconde una energía poco común. Los ataques no han conseguido quebran-

tar su voluntad. Tiene conciencia de su responsabilidad en el gran momento histórico que se prepara, y no se permite la menor flaqueza. Su actitud irreprochable le ha granjeado ya muchas simpatías. Y hasta en la Cámara de diputados, donde en los comienzos halló las peores resistencias, ha conseguido neutralizar hoy muchos odios.

Los últimos escrutinios no han podido ser más favorables para el Gobierno. En la sesión tumultuosa del 22 de Mayo 1 la oposición sólo reunió 226 votos, sobre 497. El grupo que apoyaba al ministerio osciló entre 270 y 280. Es una mayoría de 50 votos. Según un diario independiente, las cifras se descompusieron en la siguiente forma:

Ministeriales: 43 republicanos, 128 radicales, 50 radicales socialistas, 50 socialistas: total, 271.

Oposición: 96 republicanos moderados, 9 radicales antisemitas, 50 nacionalistas, 71 monárquicos : total, 226.

Nada más elocuente, para desenmascarar el carácter de la lucha actual, que el análisis y la descomposición de la mayoría y la minoría. Los que se obstinan en negar que la república

1 1900.

está amenazada, tropiezan con un desmentido ante la coalición de todas las fuerzas reaccionarias, unidas en un deseo común de ensayar otro régimen.

Los amigos del ministerio, á pesar de la diversidad de doctrinas y de programa, forman un conjunto homogéneo. Los opositores, á pesar de perseguir fines contradictorios, también realizan un núcleo unido. Son dos partidos perfectamente delineados. Éstos persiguen una organización menos amplia y más inclinada á los privilegios; aquéllos desean una república más libre y más abierta. Los unos pugnan por avanzar, los otros por retroceder. Si dentro de cada partido todos no están de acuerdo para decir hasta dónde empujarán su ideal, y en qué zona ó matiz de la doctrina detendrán su esfuerzo, lo están para marchar juntos hacia el mismo rumbo. Eso hace la cohesión de ambos bandos.

Todas las mayorías parlamentarias son frágiles, porque los diputados obedecen, generalmente, el vaivén de las caídas del ministerio; pero esta vez parece haberse formado un bloque sólido, capaz de resistir seriamente. A menos de una defección imprevista, el Gobierno actual

tiene vida asegurada hasta después de las elecciones. Sin embargo, MM. Méline, Ribot y Mesureur, que poseen, entre otros talentos, el de la intriga, le librarán más de una batalla y le tenderán más de un lazo. En los entretelones del Parlamento hay siempre un ministerio preparado para suplantar al que está en el poder. Esta vez se habla de MM. Dupuy y Barthou, que, unidos á MM. Ribot y Mésureur, formarían una combinación moderada con ribetes de clericalismo, muy agradable á los monárquicos.

Pero los verdaderos republicanos conocen sus intereses y saben que están amenazados por el « nacionalismo » que, como el « boulangismo » de que desciende, sólo es una hipocresía del espíritu reaccionario. El triunfo de esta tendencia en las últimas elecciones municipales de París, ha preocupado hondamente á los partidarios de la república. En uno de esos cambios bruscos á que ya nos tiene acostumbrados esta ciudad impresionable, París ha desertado sus ideas de ayer, para caer en brazos de los partidarios de la dictadura. Los republicanos, que ven en estas simples elecciones municipales un síntoma de las legislativas y que comprenden que las instituciones están en peligro, han re-

suelto combatir al « nacionalismo » por todos los medios. De ahí que hayan buscado el apoyo de los diputados del partido extremo, quienes, por su parte, tienen interés en mantener el régimen actual, puesto que él les permite una propaganda y una libertad de acción que nunca pudieron soñar bajo el absolutismo de una monarquía. Y en esta unión de los republicanos con los socialistas está la fuerza del ministerio actual.

Los primeros se han visto obligados á hacer grandes concesiones á sus aliados, votando leyes de protección obrera, que habrían combatido en otras circunstancias; pero, en cambio, los segundos han renunciado momentáneamente á su empuje guerrero, para apoyar á la república que los prohija.

Esta inesperada cordialidad de relaciones entre los republicanos y los partidarios de la sociedad colectivista, ha alarmado al grupo de republicanos moderados. Estos se niegan á ver una amenaza en el « nacionalismo », y claman contra el peligro revolucionario, aconsejando la unión de todos los conservadores. Esa ha sido la bandera que se ha levantado contra el ministerio. Los moderados creen que el pasaje-

ro apoyo que los revolucionarios prestan á la república, sólo beneficia á los revolucionarios, y que la alianza sólo ha sido una treta para instalarse dentro de la fortaleza que atacaban y apoderarse de ella pacíficamente.

Los que asisten á la política desde lejos, constatan que el partido republicano, dividido y diezmado, se encuentra entre dos fuegos. Combatido aquí por el « nacionalismo » y la reacción, parece destinado á caer bajo el empuje de una restauración monárquica; y amenazado allá por los socialistas revolucionarios, parece destinado á disolverse en el comunismo. La lucha actual sólo ha hecho daño á la república. Es un axioma que las grandes agitaciones benefician á los partidos extremos. Los espíritus se enervan y llegan al paroxismo de la idea. Todas las soluciones razonables y conciliatorias parecen híbridas. Se tiene la borrachera de los grandes gestos. Á medida que la lucha acrece, las gentes, ganadas por el vértigo de la acción, van retirándose del centro para replegarse á los extremos, donde la batalla tiene rasgos bien definidos. Y los pocos que quedan entre los dos bandos, son aplastados indefectiblemente. No sería difícil que, á pesar de

las sólidas raíces que han echado en Francia las instituciones republicanas, se vieran suplantadas, durante algún tiempo, por otras formas de gobierno que han cobrado prestigio á favor de la confusión reinante.

Un demócrata alemán escribía días pasados, en un diario de Berlín, que el asunto Dreyfus sólo ha sido *el pretexto* del gigantesco debate que se ha empeñado. Según él, sólo se trata de un caso particular que desató una batalla preparada desde ha tiempo. Esta explicación es perfectamente lógica y verosímil. Los intereses que se discuten en el fondo del asunto Dreyfus son casi siempre completamenta ajenos al caso personal. La enseñanza laica, la substitución del ejército por milicias nacionales, la reforma judicial, el internacionalismo, la masonería, la confiscación de los bienes de las Congregaciones, y tantas otras cosas que hoy se combaten ó se persiguen acaloradamente, tienen muy poco enlace con el proceso del desgraciado capitán. Son ideas generales, programas de lucha, aspiraciones ó represalias que hervían con mucha anterioridad al asunto Dreyfus, aguardando el instante de manifestarse. Y no es que el país esté « en descomposición », como afir-

man los anglo-sajones, deseosos de asistir á la agonía del gigante que le cierra el paso, sino que está en evolución. Del esfuerzo intelectual de medio siglo, ha surgido una mentalidad más abierta y más avanzada, que busca aplicación en la vida real. Y esa concepción nueva de las cosas, tiene que vencer la resistencia de los rezagados.

Las convicciones religiosas juegan un gran papel en esta lucha. Ayer, en la sesión de la Cámara, M. Rabier exhumó el viejo proyecto de Jules Ferry, según el cual se prohibe á los miembros de las Congregaciones religiosas abrir colegios y tener participación en la enseñanza. La emoción causada por esta proposición es muy explicable, si se atiende á que actualmente más de la mitad de los niños franceses estudian en los Liceos religiosos. El abate Gayraud, diputado, contestó inmediatamente con otro proyecto de ley, que declara incapaz de dirigir una escuela pública ó privada á todo individuo afiliado á la masonería. Estos incidentes bastan para dar una idea de la violencia de las pasiones.

Sería aventurado prejuzgar el resultado del litigio. Hay causas que pueden precipitarlo en

un sentido ó en otro. Aunque el peligro de una guerra extranjera parece haber sido conjurado, después de los últimos sucesos de África, no es posible desechar radicalmente esa posibilidad, porque la diplomacia es traviesa y se sirve á menudo de lo imprevisto. Pero, aparte de esa lejana suposición, del seno mismo del país pueden surgir factores desconocidos. El carácter francés es tan entusiasta y tan acalorado, que ninguna veleidad suya puede asombrarnos. Deroulède, empujando al general Roget á la revuelta en el patio de un cuartel, dió la medida de la fiebre que devora al país. No sería de extrañar que un general menos prudente ó un aventurero más afortunado realizaran lo que abortó entonces. Y, una vez disparado el primer tiro, nadie puede prever cuando se dispararía el último; porque las contra-revoluciones se hacen más fácilmente que las revoluciones, según dice un proverbio tan antiguo como juicioso. Pero es de creer que todo alcanzará una feliz solución y que, después de resuelto definitivamente el asunto Dreyfus, la Francia reanudará con mayor vigor su gran obra civilizadora. La humanidad tiene los ojos fijos sobre ella.

EL ESCULTOR RODIN

La querella de Falguière con Rodin terminó trágicamente hace algunos meses, con la muerte del primero. No falta quien insinúe que la desesperación de no poder alzarse á la altura de su rival, determinó en Falguiére la tristeza que le llevó á la tumba. Sea lo que fuere, Rodin ha quedado dueño del campo, y la Exposición particular de sus obras en ese maravilloso pabellón de la plaza de l'Alma, le ha consagrado, definitivamente, rey de París. Por otra parte, nunca pudo disputarle Falguière el primer puesto. Eran dos artistas de índole muy diversa. Terreno el uno y atado á la tradición y al método; divino el otro y libertado de reglas y prejuicios, Falguière era un escultor de academia, muy correcto y muy apreciable, y Ro-

din es un poseído que rompe con todas las imposiciones de la mediocridad y echa á correr, solo, por los campos del arte. Nadie pudo intentar un paralelo entre ambos. Los que, ofuscados por el empuje de Rodin, pretendieron oponerle el nombre de Falguière, resbalaron en un error lamentable, porque acercarlos era el mejor medio de confirmar la jerarquía.

El clamoreo de discusiones que se ha levantado al rededor de Rodin, ha tenido en Buenos Aires un eco reciente, á propósito de la estatua de Sarmiento. Y por el calor con que ambos bandos han sostenido sus respectivas tesis, se puede alcanzar una idea de las resistencias y los entusiasmos que despierta el escultor amigo de Verlaine. Nosotros no aventuramos opinión. No hay nada universalmente hermoso. Bello es todo lo que se ajusta á nuestro ideal. Pero como la totalidad de los hombres no tiene el mismo ideal, es imposible que una obra sea bella para todos. De ahí que debamos escuchar las diferentes opiniones con la misma sonrisa cortés. La duda universal está hecha de certidumbres individuales. Y es necesario confesar que, en este caso como en tantos otros, el aplauso y crítica se reconcilian y se funden

en un mismo homenaje al escultor, porque sólo se discute á los que deben dejar huella.

La Exposición que se ha abierto en la plaza de l'Alma comprende casi todas las obras de Rodin. Son ciento sesenta y cinco estatuas ó estudios, que forman algo así como una enciclopedia de la vida. Porque el autor de los *Bourgeois de Calais* ha realizado en la escultura lo que han hecho en la novela Balzac y Zola. Su obra es una gran concepción de conjunto, como la « Comedia humana » ó los « Rougon-Macquart ». Se ha apoderado de todas las pasiones, los vicios y las bellezas humanas, y las ha vaciado en un molde personal y desconocido. Después de Miguel Angel, ningún artista ha brillado á tanta altura. Y la labor es tan definitiva, que según la frase de Arsène Alexandre, el crítico del *Figaro* « los escultores de mañana sólo podrán expresar su admiración y maldecir contra un hombre que no ha dejado nada inexplorado y se lo ha apropiado todo con una voracidad de dios pagano. »

Los grandes artistas que hacen una revolución en su arte, como Carrière en la pintura, Mallarmé en las letras y Rodin en la escultura, son discutidos inevitablemente. No es posi-

ble romper con una costumbre, sin provocar descontentos. Pero aun los más refractarios, si son sinceros, reconocen el esfuerzo y aplauden la iniciativa. La famosa *Puerta del Infierno*, en la que Rodin ha trabajado catorce años de su vida, está destinada á convencer á los indecisos. Porque en estas cuestiones de arte nuevo, sólo nos detiene á veces el exceso. Si el artista consintiera en refrenar su empuje y dar la nota exacta, sin exagerar su tendencia, todos estaríamos de acuerdo. En la *Puerta del Infierno*, Rodin ha corregido sus defectos y ha puesto toda su sinceridad. Las resistencias que han levantado sus trabajos anteriores, no tendrían razón de ser esta vez, porque es su obra más equilibrada y más perfecta.

Las estatuas de Rodin exigen una educación previa de la vista, como ciertas poesías modernas exigen una del oído. En cuanto á las deficiencias que se reprochan al autor de *Balzac*, basta una rápida excursión en el pasado, para constatar que son comunes á todos los genios.

Aparte de esos defectos que todos reconocen, las concepciones de Rodín son de una solidez admirable. Casi puede decirse que ha realizado una «mitología humana». Se ha lanzado

sobre la vida, como sobre una presa, y la ha exprimido, hasta extraerle jugo más secreto. Pasiones, caracteres, fanatismos, aberraciones y torpezas, todo lo que constituye el hervor del mundo, ha sido simbolizado en piernas nerviosas, manos crispadas, torsos elefantescos, fisonomías ansiosas, brazos nudosos y bocas bestiales, que hablan de sangre y de lujuria, de dolor y de gracia, de ferocidad y de miedo. Todo el espanto y la angustia de los almas roídas y precipitadas al abismo, se alza en una tromba de llantos, de amenazas y de alaridos. Los héroes, los criminales, las cortesanas, los poetas, los enamorados y los mártires, gesticulan ideas y símbolos de juventud ó de abyección, de furor ó de idealismo, de fatiga ó de audacia. Es una concepción dantesca de las luchas del hombre contra el atavismo, la ambición, la ignorancia y el límite. Rodin ha dado vida á todo un mundo rudimentario y confuso que bulle en las conciencias. Lo ha descubierto casi. Y tiene el mérito supremo de haberlo hecho suyo, imponiéndole el sello de su temperamento personal.

Pero es indiscutible que las opiniones son compuestas.

Una primera impresión nos dice: En la con fusión de ese mundo rudimentario, que gesticula en la obra de Rodín como en un *Sabbat*, los seres aparecen inacabados y truncos. Falta la serenidad, que es el pedestal del arte. Allí todo se atropella en un galope de pesadilla, como si un viento de tempestad barriese los llanos. Hay un desequilibrio evidente. Se diría que el autor se empeña en realizar un amasijo de dramas noruegos, cuentos de Poe y leyendas bíblicas, que sólo se reclaman de la naturaleza, y que se confunden y se anulan en un panteísmo de manicomio. También es evidente que, á través de ese velo de impresiones y vaguedades, que hacen leyenda con la vida y dan á las cosas un adorable aspecto de misterio, los hombres y las pasiones parecen iluminadas por cierta aureola de Olimpo. No se ha respetado la exactitud plástica y moral. Los modelos sólo han servido de excusa para materializar seres imposibles y expresar ideas fugitivas. A cada paso se choca con una inverosimilitud hiriente. Pero se adivina que el autor no ha pretendido hacer la historia, sino el poema épico de la vida. Su temperamento va más allá de lo verdadero, y escala lo probable.

No constata, supone. Es el pleno poeta de lo inexplorado y el desequilibrado del ensueño.

Una segunda impresión rectifica: La imaginación cree ver en las obras de Rodín lo que éstas no tienen. Es natural que, si las miramos con ojos de soñador, reflejen nuestro ensueño. En realidad, no tienen cara. Son excentricidades, indecisiones y tentativas. Tratan de sorprender la buena fe del público; pero como no es posible confundir lo obscuro con lo profundo, ni lo vago con lo infinito, sólo consiguen afirmar un neo-gongorismo de la escultura. Nadie puede hallar belleza en esos cuerpos torturados por una mano voluntariosa que les impone actitudes imposibles y sobrenaturales. El taller de Rodin da la idea de un bosque después de un huracán. Todo parece derribado, retorcido y arrancado de raíz. Los elementos desencadenados han destruido la armonía de las líneas, y sólo queda la belleza negativa del desastre. La ampulosidad de que el autor hace alarde en todas sus obras, tiene algo de la frase de Castelar: los adjetivos. Se podría decir que Rodín es un meridional de Tarascón. Afecta un *deshabillé* que ha estudiado largo tiempo ante el espejo. No es precisamente un *épateur*, pero

casi puede asegurarse que no es sincero. ¿Qué monstruosa obsesión le empuja á evitar todas las ocasiones de parecer natural? Sin embargo, el público se siente impresionado ante sus obras. Unos se dejan arrebatar por un entusiasmo irreflexivo, otros se ven rechazados por una aversión legítima, pero nadie pasa indiferente ante esos muñecos deformes. Es más; la ciudad intelectual se divide en partidos, la prensa artística se agota en polémicas, y poco falta para que el *Balzac* de Rodin provoque un motín, como el *Hernani* de Víctor Hugo. Hay que reconocer que estas luchas no son una fantasía de *snobs*, ni un *sport* de desocupados. Los que las alimentan y las enconan han venido de los cuatro puntos cardinales de la vida. No se conocían antes de haber fraternizado en la misma excomunión ó el mismo entusiasmo. Y sería curioso saber por qué razón tan abominables estátuas han provocado tanta agitación entre los hombres.

Una tercera impresión se interpone y añade: Se ha dicho que cuando la discordia duerme, la ociosidad la despierta. Los espíritus necesitaban un nuevo pretexto paro desgarrarse, y han inventado el caso Rodin. Es una querella

inútil. Toda tentativa de arte puede ser interpretada en un sentido ó en otro. Nada más impreciso que el simbolismo oculto de una obra. El *Quijote* y la *Divina Comedia* son un ejemplo. Y nada más vago que la forma y los procedimientos. Cada cual puede defender su convicción, personal ó reflexa, con la misma seguridad de no ser vencido nunca por su rival. En cuestiones tan latas, la polémica es un duelo á sable á veinte pasos. Cada uno ve las cosas según su educación, sus preferencias y sus pasiones. Cuanto más altas sean las montañas de papel emborronado, mayor será el desacuerdo. Sólo la indecisión es contemporánea; la verdad es póstuma. Quizá Rodin es un reformador de la escultura; quizá es un aventurero del arte. Dejemos madurar el caso durante un siglo. Por ahora, no caben más que suposiciones.

Pero una cuarta impresión se insurrecciona y exclama: Casi puede afirmarse que la ausencia de opinión es una cobardía del espíritu. La razón no se mantiene neutra por mucho tiempo entre dos posibilidades. Es muy difícil salir de la Exposición Rodín sin haber tomado partido en pro ó en contra. Á veces, cuando el transeunte entra con la idea preconcebida de

no dejarse arrebatar por una opinión precipitada, cede á un instante de perplejidad. Sin embargo, la preferencia se dibuja en seguida. Es imposible defenderse, á menos de ser de mármol, como las estátuas. Pero una vez adquirida la convicción personal, clasificado el carácter y adoptada la escarapela, lo más recomendable es respetar las certidumbres contrarias. Dejemos á cada cual la responsabilidad de su juicio y apliquémonos á verificar el nuestro. Sólo el estudio y el análisis pueden proporcionarnos la felicidad libertadora de constatar nuestro propio error y corregirlo. Los juicios opuestos y las doctrinas contrarias, no impedirán que Rodin siga modelando sus héroes de barro, sin saber su horóscopo, con la esperanza y el miedo de una posteridad indescifrable.

TEATRO CÍVICO

En la *Maison du Peuple*, impasse Pers, en una sala estrecha, embadurnada de gris, tuvo lugar hace algunos días una fiesta inolvidable. El soplo misterioso que empuja á los intelectuales hacia la democracia, sigue desbaratando todas las prevenciones y dirigiendo la vida á su capicho. Los hombres de ciencia fueron los primeros en bajar al llano para ofrecer á las masas el fruto acumulado de sus estudios y fundar Universidades Populares, que prosperan. Ahora son los escritores. Y en este lazo estrecho de solidaridad entre porciones de nación que antes se ignoraban, hay una gran promesa de porvenir.

El « Teatro Cívico » se ha improvisado casi. Algunos espíritus avanzados concibieron la idea

de alzar una escena libre, gratuita y rebelde, que pasearía por todos los barrios la bandera roja de su independencia, dando representaciones de arte, á las que sería invitado ese pueblo que, según el autor de *Les Mauvais Bergers*, « también tiene derecho á la belleza. » El problema fué resuelto en pocas semanas. Y todo hace esperar que el éxito de la primera representación persistirá hasta el triunfo definitivo.

La sala estaba atestada de obreros y estudiantes. Las blusas azules y las corbatas negras fraternizaban entre el humo. Aquí y allá resplandecía la mancha de colores vivos de un sombrero de mujer. Las gentes se oprimían las unas contra las otras, y un calor de horno dificultaba la respiración. De los pilares y las cornisas pendían racimos de hombres que se habían encaramado « para ver. » Por los tragaluces del techo se empinaban haces de cabezas curiosas. No quedaba un centímetro libre. Y de la multitud amontonada en tan pequeño espacio se levantaba un rumor sordo y confuso, que espoleaba la imaginación, fingiendo grupos desgreñados que corrían en la noche.

Alfred Edwards, director de *Le Soir*, que presidía la reunión, dijo que ningún rey ó em-

perador del mundo habría podido pagarse una fiesta semejante. Y no exageraba ; porque hay concursos que no tienen precio. Después del concierto, en el que tomaron parte artistas de la Opera, el Gymnase y el teatro Antoine, hubo una conferencia del poeta Laurent Tailhade y, como *clou*, una pieza en un acto de Octave Mirbeau, *L'Épidémie*, en la que el autor representó el papel principal, y Paul Luis Garnier, Sauvage y otros escritores jóvenes, los secundarios. Es la primera vez que asistimos al espectáculo de nn gran escritor glorioso, convertido en actor ante un público mezclado y en una sala infecta, con el solo fin de divertir al pueblo, hacerle partícipe de su talento y fraternizar con él en un mismo escalofrío de arte. Nada iguala la grandeza de ese gesto. Cada cual dió esa noche á los desgraciados lo que tenía, y lo dió sin interés, con renunciamiento generoso. Laurent Tailhade hizo una conferencia docta y agresiva, llena de delicadezas, epígramas y dicterios, que le consagraron rey de la ironía, ante una sala en delirio. Carrère-Xanrof, la *etoile* de la Opera, vestida de gala como para una fiesta de duquesas, ofreció su talento y su hermosura, su espíritu y sus en-

cantos de mujer, con más comedimiento y más entusiasmo que á su público habitual de manos enguantadas. El compositor Lucien de Flagny ejecutó preludios y barcarolas con sobriedad y ligereza, dando á las notas mayor alcance que de costumbre, para hacerlas penetrar en el alma confusa de la multitud. Todos los artistas desfilaron por la escena con el mismo gesto ancho de sembradores, que dejan caer la simiente sobre tierras nuevas. Cada uno puso su empeño en hacer valer las sensaciones de arte, y en hacer brillar la belleza ante aquella masa atónita, que asistía á la representación como al nacimiento de un mundo que se abría bruscamente y se ensanchaba, dejando ver horizontes rosados y mares cristalinos. Aquello era una revelación para la mayoría. Esas pobres gentes sólo conocían el teatro barato de suburbio, donde se representan esas horribles tragedias inverosímiles y salvajes, que son en Francia lo que los dramas criollos en América. La transición fué brusca, y provocó un estupor pasajero. Pero todos se repusieron muy pronto, y estalló el aplauso delirante.

Muchos se han aplicado á hacer notar la influencia embrutecedora que la mala literatura

ejerce sobre el pueblo. Los fabricantes de dramas ó novelas populares explotan los sentimientos bajos, sanguinarios y egoístas que la ignorancia cultiva en la multitud. Para ellos todo se reduce á alcanzar éxito. Y había una pregunta que nadie centestaba: ¿Por qué no substituir esa literatura por otra, más benéfica y redentora, que depure, dulcifique, corrija y empuje á los hombres hacia el perfeccionamiento? Es lo que están ensayando Mirbeau, Quillard, Tailhade, Bouchor y tantos otros, al trocar los muñecos criminales y fanáticos del teatro de suburbio, por los hombres sanos, fuertes, hermosos y bien intencionados que admiramos en el «Teatro Cívico.»

El egoísmo de una minoría, ha negado al pueblo durante largos siglos todos los goces intelectuales. Los menos tranquilizaban su conciencia fingiendo creer en la absurda inferioridad de los más. Poco á poco, el progreso ha ensanchado y vulgarizado, en cierta manera y á pesar de todos, los conocimientos adquiridos. Las bibliotecas no son ya monopolio de determinadas clases sociales, sino propiedad pública. Pero, aunque el empuje que nos lleva insensiblemente á la igualdad, ha suavizado

muchas asperezas, gran número de satisfacciones del espíritu continúan siendo inaccesibles á las clases laboriosas. El teatro, antes que ninguna. Las grandes compañías, que representan los buenos dramas, tienen gastos enormes que las obligan á imponer precios elevadísimos, y el pueblo se ve en la necesidad de refugiarse en los teatrillos de arrabal, donde pervierte su espíritu, ya sea con la pornografía, que es el imán de ciertas escenas, ya con la injusticia triunfante que es el espíritu de todas. Nadie se atreve á sostener hoy la incapacidad del hombre sin instrucción para concebir la belleza. Todas las literaturas están de acuerdo para decirnos que se puede ser un poeta considerable, sin saber leer ni escribir. Y es inaudito que, siendo todos los hombres accesibles al arte, que es la manifestación más alta del ser humano, esté la inmensa mayoría alejada de él y condenada á vejetar en la sombra. Á medida que la verdad va abriéndose paso en los espíritus, todos estos problemas se precisan y se levantan ante nosotros como interrogaciones imperiosas. Sólo la razón, el renunciamiento, la mansedumbre y la tolerancia, pueden resolverlos. En cada tentativa hay una corona de laurel.

EL ESTRENO DE « L'AIGLON »

Desde hacía largos meses los periódicos rivalizaban en indiscreción, adelantando datos, apuntando opiniones y haciendo humareda á propósito de la nueva obra del autor de *Cyrano de Bergerac*. Lucien Muhlfeld la había dedicado un artículo de fina ironía *potinière;* Jean Lorrain la admiraba de antemano; Jules Claretie la aplaudía antes de haberla oído, y Rochefort y Jaurés encontraban el medio de deslizar el nombre de Rostand entre dos programas de gobierno. París ardía en deseos de conocer y apreciar, al fin, ese *Aiglon* que Sarah Bernhardt preparaba con tanto sigilo, y á cuyos ensayos era imposible asistir. Jamás se dió el caso de que un drama desconocido despertase tanto interés. En los últimos días, cuan-

do ya algunas indiscreciones habían forzado la puerta del misterio, abundaban las gentes que recitaban versos sueltos y hasta escenas enteras de la pieza famosa. Tal era la exagerada admiración que precedía al drama, que algunos comenzaron á temer que éste resultase inferior á lo que las gentes habían imaginado. Cierto es que después del éxito enorme de *Cyrano*, Rostand es el autor dramático á la moda. Sus fotografías se venden en todas partes, los reporters le asedian, sus frases corren de boca en boca, las mujeres le levantan altares y la celebridad le hace dueño de París. De manera que el anuncio de una obra suya era un verdadero acontecimiento. El asunto mismo del drama aumentaba la curiosidad de todos. Se sabía que *L'Aiglon* ponía en escena al duque de Reichstadt. Se murmuraba que el autor de la *Samaritaine* traía una nueva concepción del rey de Roma, á quien había transformado de raquítico y apagado prisionero sin energías, en continuador de la obra de su padre, dotado, como él, del genio de la Victoria. Se decían maravillas sobre la manera cómo Sarah había compuesto su personaje. Y todo esto calentado, romovido y bordado en conversaciones, *interviews* y cró-

nicas, era suficiente paro preparar el éxito franco, entusiasta, enorme, que todos se hacen un placer en constatar hoy. *L'Aiglon* ha sido un triunfo.

La sala estaba llena antes de que se levantara el telón. Todo cuanto París tiene de notable, se amontonaba en ella. Los palcos y la platea resplandecían de celebridades. Entre los hombres públicos: Casimir Périer, León Burgeois, Luis Barthou, Pierre Baudin, Leygues... Entre los escritores: Victorien Sardou, Halévy, Hervieu, Vandal, Houssaye, Anatole France, Lemaitre, y todo el armorial del talento francés. Y luego las mujeres hermosas, la condesa de Haussonville, la condesa de Luygnes, la duquesa de Rohan, la princesa de Murat... Y por fin, los anónimos, las elegancias vacías. Podía decirse, parodiando la frase célebre, que Sarah iba á representar ante un *parterre* de príncipes. En un palco, Rochefort, con su señora, muy serio, muy blanco, indiferente á la sala, devorando bombones. Más lejos, Catulle Mendès, con su cara de Cristo (es el único Cristo que ha quedado en París, después de la muerte de Daudet), el Catulle Mendès de los cuentos de *boudoir* y de los versos á la Banville.

Aquí Reinach, muy agasajado, con su cara netamente judía, subrayada para la circunstancia, frío, seguro, convencido de tener el cetro de la política. Allá Abel Hermant, de una elegancia inaudita, inverosímil, con posturas de *incroyable*, entre dos damas. La sala es un museo de glorias contemporáneas. A la derecha, la *baignoire* donde Mirbeau afila epígramas para sus crónicas; á la izquierda, el sillón del general Zurlinden. Y en esa atmósfera familiar de gentes que están acostumbradas á verse todos los días, pasaba un gran soplo de ansiedad. Los críticos y los privilegiados habían asistido al ensayo general de la noche anterior, pero todos aguardaban la representación para fijar un juicio definitivo y consagrar el éxito. En los pasillos corrían mil rumores inverosímiles, lanzados por alarmistas mal intencionados. Quién afirmaba que Rostand acababa de sentirse enfermo y que le habían llevado en un carruaje. Quién declaraba que uno de los artistas, encargado de un papel secundario, había tenido una diferencia con Sarah, y se negaba á salir á la escena. Los *habitués* se encogían de hombros. Siempre ocurre lo mismo en las *premières*: los profesionales del *potin* queman sus

últimos cartuchos. Ninguna ocasión mejor para charlotear suposiciones, que la que les presentan los pasillos, con los encuentros imprevistos, los roces obligados y la familiaridad universal que en ellos reina.

En la sala ardía la expectativa. De tiempo en tiempo se abría la puerta de un palco, y una cabeza conocida emergía del fondo claro. Luego se inauguraba una nueva serie de saludos. Y los anteojos disimulaban ojos curiosos, burlones, tiernos, ávidos...

Hasta que se levantó el telón. El primer acto es una exposición brillante de los caracteres: el duque de Reichstadt, encerrado como un león en una jaula de prohibiciones, agoniza una vida de ambiciones sofocadas. El esfuerzo de todos, en la corte de Austria, tiende á hacerle morder el placer, con la esperanza de que aquella constitución enfermiza se arruine y se deshoje. Pero él tiene otras ambiciones. Quiere ser el continuador de la obra de su padre. En el enorme salón, estilo imperio, donde la familia austriaca se ha reunido, resuenan versos maravillosos. El duque de Reichstadt se levanta, soberbio de ironía. Aunque se le oculta todo lo que su padre hizo, él ha encontrado me-

dio de saberlo: — una bailarina le cuenta por las noches la historia de Francia. El pobre adolescente enfermizo, de cabellos rubios y tez blanca, se siente hijo del Corso domador de hombres y desea continuar la epopeya.

El primer entreacto es un entrevero, un tumulto de buen tono, donde todos se apresuran á salir para discutir en el *fumoir*, ó ir á los palcos de los amigos á afirmar una opinión y á recoger la última anécdota. La impresión ha sido excelente. Es un primer acto que promete grandes bellezas para los siguientes.

El segundo está todo en una escena sublime de verdad, de entusiasmo. Los profesores del príncipe, siguiendo la consigna de Metternich, le enseñan la historia del primer imperio, sin hablar de Napoleón. En 1805, nada de notable... Entonces el duque de Reichtadt se yergue, se agiganta y cuenta él mismo las batallas que su padre ganó. Essling, Ulm, Austerlitz... Es un arranque lírico de tanto vuelo, que parece haber nacido bajo la pluma de Hugo. Y á medida que la acción avanza, los grandes versos se multiplican, las bellezas se amontonan, y se empieza á sentir el gran beso de la belleza trágica. La lección de táctica, al comienzo de la cual

el duque de Reichstadt tiene la sorpresa de ver que los soldados de madera que le sirven para simular las maniobras, han sido pintados por una mano amiga, que ha borrado el uniforme austriaco para imponer el francés; la lección de táctica, entrecortada por las discusiones del príncipe con Marmont, y finalizada por la explosión sentimental del viejo servidor, del viejo soldado de la guardia, que ha encontrado medio de entrar al servicio del hijo de su emperador ; esa lección de táctica, es de un efecto dramático inmenso, sólo comparable al de la escena famosa de *Ruy Blas*. El soldado de la guardia se llama Flambeau, y dice al príncipe el entusiasmo con que se le espera en Francia. Allá, en el país donde ha nacido, le aguarda un imperio.

Las escenas se eslabonan de tal suerte, y todo está tan sabiamente combinado, que el entreacto no trae transición en la emoción dramática: todo parece continuarse como en la vida.

El tercer acto se abre con una audiencia del emperador Francisco. Cada cual tiene una súplica que presentar, un pedido que hacer. El emperador da satisfacción á todos. El último de los solicitantes es el duque de Reichstadt, disfrazado. Pide que se le restituya un campo

que le fué robado. El emperador accede. Entonces el disfraz cae y aparece Napoleón II: el campo que pide es Francia. La escena que sigue es toda de una ternura tan humana, tan vívida, que parece imposible llevar más lejos el arte de conmover. Sin embargo, el cuarto acto nos reserva cosas mejores.

El verdadero enemigo de los Napoleones, parece ser, en *L'Aiglon*, ese pobre ministro Metternich. Poco importa que en la historia las cosas ocurran de otra suerte. El autor dramático tiene el derecho de obrar á su capricho. Metternich aparece en momentos en que el duque de Reichstadt ha arrancado al emperador la promesa de permitirle ocupar el trono de Francia. El ministro hace objeciones. El emperador se convence de que es imposible. Sería desencadenar nuevamente las guerras. Otra escena magnífica es la del lacayo Flambeau que, para hacer su guardia á las puertas del dormitorio del príncipe, viste todas las noches su viejo uniforme francés. Y por fin, el verdadero *clou* de la obra: Metternich empujando al príncipe ante el espejo, y alumbrándole con las bujías, para hacerle ver que no tiene nada de Napoleón, que es de raza austriaca, que sus

cabellos son rubios, que es enfermizo, que su padre ha muerto en él, y que sería uno de esos gobernantes fatales á las naciones, porque es un degenerado que acabará en la locura. El espanto del duque es de un gran vigor trágico. Comprende que es cierto, que no es Napoleón, y que está destinado á arrastrar una vida de torturas, porque tiene la ambición y no tiene los medios para realizarla. Entonces, en un arrebato de demencia, rompe el espejo y cae.

Luego una fiesta encantadora en los jardines del palacio. El duque de Reichstadt va á entregarse al placer, cuando toda su sangre de triunfador se subleva ante la abdicación de su madre, que cae en brazos de un aventurero que se burla de Napoleón. Los acontecimientos se desencadenan. La conspiración se precipita. Y en los llanos de Wagram se resuelve todo. Hay ahí una verdadera *trouvaille* de autor dramático. El príncipe, solo, enloquecido por su destino, en mitad de la noche, cree oir el rumor sordo de ejércitos que pasan, siente aclamaciones y gritos de victoria y revive la epopeya de su padre.

El último acto es la muerte. En un cuarto sombrío, y entre mujeres que lloran y le decla-

ran su amor, el aguilón deja escapar su último suspiro, oyendo una canción francesa. Aparte de lo que se pueda objetar en cuanto se refiere al patrioterismo de la obra y al abuso de *panache*, es necesario confesar que los autores de esos últimos tiempos no nos tienen acostumbrados á obras de la magnitud del *Aiglon*. En los salones *snob*, donde todo se subordina al *mot d'esprit*, se hacían, entre dos luces, caricaturas á lo Forain con las palabras, torturando la verdad para dar á Rostand perfiles inverosímiles y fabulosos que, tan pronto le hacían aparecer como un Víctor Hugo curado de romanticismo, y tan pronto como una madame Cottin que reeditara su *Malvina* sobre la escena. La verdad es que Rostand da una nota personal. Su manera de encarar las situaciones tiene algo del autor de los *Miserables*, porque busca la antítesis y sacrifica en ciertas ocasiones mucha verdad á un efecto; pero de todas maneras y en todos los casos exterioriza una fuerza inmensa, ya sea disponiendo situaciones ó realizando versos.

Es imposible describir el entusiasmo con que, al final de la obra, se aclamó á Rostand. Y Rostand salió y saludó, muy serio, muy digno,

sin nada de *cabotinage*. Fué un hermoso espectáculo ver á aquel hombre joven, aplaudido por el *Tout París* que hace reputaciones é impone pensamientos al mundo. Todos estaban satisfechos. Aquella noche se había realizado sobre la escena una gran concepción artística. Se había sancionado una gloria. Y un nuevo rayo del pensamiento francés, una nueva manifestación de su eterna lozanía, iba á afirmarse en todas las capitales y á traducirse á todas las lenguas.

LA LEY DE ASOCIACIONES

La ley de asociaciones, cuya discusión se ha prolongado durante más de dos meses en la Cámara, ha sido votada al fin, consagrando el triunfo del ministerio. El señor Waldeck-Rousseau ha obtenido una victoria difícil, y es justo confesar que ha sabido merecerla. Apenas han bastado todas sus dotes y habilidades de político para vencer las resistencias y doblar la oposición que se le hacía.

El debate ha sido un torneo. Nada más hermoso y más sugestivo que esa larga serie de oradores corteses y entusiastas que han desfilado por la tribuna, desplegando elocuencias formidables, que hacían pensar en los primeros tiempos de la Convención. Todos los partidos delegaron un jefe, encargado de precisar sus

vistas particulares. Unos trajeron el dogmatismo y la noble gravedad de la monarquía, como M. de Mun; otros la austeridad republicana, como M. Brisson; y otros la argumentación irrefutable y tranquila de los partidos populares, como M. Viviani. Pero todos mantuvieron la discusión en el terreno estricto de las doctrinas, sin soltar rienda á la pasión, como si los hombres se borrasen deliberadamente para dejar el paso libre á las ideas. No es aventurado decir que algunos de los discursos pronunciados merecen quedar como modelos.

La ley que se ha discutido, es el primer paso de una campaña de «acción» que los republicanos han emprendido para mantener y afianzar el régimen. Los últimos acontecimientos han tenido la virtud de descubrir el lento trabajo de contrarevolución que los conservadores realizaban á la sombra de la república. Y los liberales, alarmados ante esta insospechada vuelta ofensiva, han resuelto defenderse por medio de leyes especiales, que servirán para salvaguardar las libertades alcanzadas hasta hoy. Parece ser que, desde el punto de vist puramente doctrinario, la que acaba de ser votada se presta á muchas objeciones. Algunos

le reprochan la contradicción de violar la libertad, con el fin de protegerla. Pero se trata de un arma de combate, y es necesario confesar que todo lo que la libertad pierde momentáneamente en teoría, lo gana en realidad tangible.

La ley es un golpe rudo contra las congregaciones religiosas, y éstas han hecho, naturalmente, cuanto han podido para evitarla. Pero no debemos olvidar que, si la agitación provocada por el asunto Dreyfus asumió las proporciones de un conflicto que estuvo á punto de terminar en guerra civil, fué debido á la ingerencia de los que debieron abstenerse. Según M. Waldeck-Rousseau, no es posible tolerar dentro del país la conspiración constante de una sociedad poderosa, empeñada en derribar las instituciones que el país se ha dado libremente. Lo cierto es que la ley que acaba de sancionarse disuelve buena parte de las congregaciones, y destina sus bienes á obras de asistencia y solidaridad. Según los cálculos de la administración, 1.250 millones volverían al Estado; pero como gran parte de los bienes están disimulados á nombre de intermediarios, la suma se reducirá á menos de la tercera

parte. De todos modos, la importancia de la ley es tan capital, y las resistencias que ha tenido que vencer fueran tan ágrias, que el voto reciente reviste casi el carácter de una declaración de guerra. Pero los que han creido ver en él un acto revolucionario, olvidan que en tiempo de la monarquía absoluta se han dictado contra ciertas congregaciones religiosas leyes más enérgicas aún que la actual. Es verdad que durante la Revolución Francesa se procedió á una disolución parecida á la que se ha decretado ahora. Pero la mejor prueba de la poca gravedad de estos ataques periódicos, es la frecuencia con que tienen que repetirse.

Sin embargo, el ministerio actual ha necesitado mucha firmeza para imponer la reforma. Hace tres años, nadie hubiera soñado intentarla. Sólo una crisis grave, como la que ha conmovido al país, ha podido despertar tales energías. Puede decirse que el caso Dreyfus ha sido el «proceso del collar de la Reina» de la república moderada. Las intrigas de María Antonieta y el Cardenal de Rohan pusieron de manifiesto las impurezas de la monarquía. El asunto Dreyfus ha mostrado las de la república moderada. De ahí la serie de reformas

que ha iniciado el Gabinete actual. Se trata de regenerar al país, arrancándolo á ciertas influencias que lo adormecen y lo extravían con espejismos. Se trata de presentarle los verdaderos problemas que debe resolver. Y sobre todo, se trata de «hacer política.»

Es voz corriente que si el asunto Dreyfus no fué reanudado así que terminó la Exposición, fué porque las elecciones legislativas estaban muy cerca. En los primeros meses de 1902 debe renovarse la Cámara. Y el célebre proceso es una plataforma desfavorable para los republicanos. A pesar de la evidencia, los electores están mal informados, y es casi seguro que, en el caso de ser Dreyfus el eje de la elección, la mayoría se entregaría sin vacilaciones á los candidatos nacionalistas. Esta vez, como casi siempre, la versión falsa es mucho más verosímil y más accesible que la verdadera. Los republicanos no se han dejado engañar por una confianza infantil en la verdad, y han preferido asegurarse el triunfo, eligiendo el terreno para librar el combate. Del asunto Dreyfus sólo se hablará después de la elección, y es seguro que se hará justicia. Pero, por lo pronto, los partidarios de la república fingen haberlo olvidado. El problema

capital del momento parece ser la lucha contra las congregaciones. Y esta evolución es la más hábil maniobra para desconcertar á los nacionalistas.

Los nacionalistas forman una reunión de intereses contrarios que, así que abandonan su terreno de oposición, se condenan á dispersarse. Están de acuerdo para atacar el régimen actual, pero no lo están para resolver cuál es el que deben substituirle. Unos reclaman la monarquía, con el duque de Orleans; otros exigen el imperio, con el príncipe Víctor; otros son partidarios de la dictadura en manos de un nuevo Boulager; aquéllos son republicanos medrosos, que se contentarían con una realeza constitucional como la de Luis Felipe; y estos son demagogos á la Rochefort, que adulan á la democracia con el fin de canalizar sus fuerzas y adormecerla. Cuando se trata de declamar frases exaltadas sobre la bandera y el ejército, son compañeros de lucha; pero así que asoma una tentativa de programa, se transforman en enemigos.

Los republicanos han sacado ventaja de esta disparidad de tendencias, y han suscitado un debate que es el más propio para desenmasca-

rar al nacionalismo. La ley que acaba de votarse ataca á la reacción en su verdadero núcleo, y tiene la inmensa ventaja de provocar una clasificación, imponiendo un dilema. Ha sido necesario declararse en pro ó en contra de las congregaciones, y poner así al alcance de la masa electoral dos actitudes simples y accesibles, envueltas en dos denominacianes familiares: « partido clerical » y « partido liberal ».

De ahí el conflicto de las nacionalistas. No les ha sido posible resbalar esta vez sobre la dificultad fulminando frases contra los traidores. La fuerza de los hechos y la habilidad de los adversarios, les ha obligado á confesarse ultramontanos, y á combatir la reforma y defender los privilegios que se trataba de abolir. Es una actitud que, dadas las ideas liberales de la Francia de hoy, tiene que serles fatal. La opinión republicana es aquí tan formidable, que el espíritu reaccionario sólo puede manifestarse bajo un disfraz. El nacionalismo pudo obtener algunos triunfos cuando se presentó escondiendo sus verdaderas tendencias; pero desde el momento en que confiesa su espíritu, se condena á la derrota.

Si no fuera aventurado prever los sucesos en un país tan impresionable como Francia, cabría decir que las elecciones legislativas de 1902 pueden cambiar el eje de la política interna, orientándola hacia una república más radical y más democrática que la existente. Como ocurre en todas las grandes crisis, la opinión de los electores se ha exasperado, y cada cual se acantona en los partidos extremos. Las opiniones tímidas pierden terreno día á día. Los programas decisivos benefician de la impaciencia y la excitación del país. No diremos que la nación tendrá que elegir entre el colectivismo y la dictadura, pero sí que se acerca más y más á esas dos concepciones, desertando los partidos moderados, cuya actitud híbrida no puede entusiasmar á nadie. Y es casi seguro que la ley contra las congregaciones fortificará esta manera de ver. El elector se encontrará entre dos gamas de candidatos, que representarán las dos teorías contrarias en todos sus matices; pero, celoso de su convicción, elegirá para traducirla los colores más vivos.

La ley de asociaciones ha tenido, además de sus enemigos naturales, otros enemigos más peligrosos, dentro de sus mismos partidarios

Dada la composición de la mayoría que sostiene al ministerio, la ley ha debido ser pasablemente enérgica para conciliarse los votos de los socialistas, y suficientemente constitucional para no enajenarse las simpatías de los simples republicanos. Pero este mismo deseo de agradar y conciliar las opiniones, ha sido el defecto que ha dado lugar á muchos ataques.

Algunos socialistas la han encontrado demado moderada, olvidando que la revolución no está en los propósitos, sino en los resultados; y que el que consigue hacer aceptar una idea un poco más atrevida que las corrientes, es mucho más revolucionario que el que exaspera sin provecho las resistencias, exigiendo cosas que de antemano sabe irrealizables, por el momento. La teoría de decidirse por lo «menos malo» es, quizá, la única razonable en política.

Algunos republicanos encontraron, por su parte, que la ley era demasiado enérgica, argumentando que todo progreso conseguido por la violencia, trae peligrosos reflujos de reacción, y que las únicas conquistas definitivas son las que se obtienen gradualmente, bajo el empuje de la opinión pública. A lo cual contestaron los

radicales, diciendo que las reformas pueden ser anteriores al deseo confesado de verlas aplicadas; y que á veces es necesario adelantarse á la voluntad de la nación, imponiendo en cierto modo lo que todavía no ha germinado en la conciencia pública, porque la conciencia pública es, más bien la sanción de los hechos consumados, que la fuerza inicial que los determina.

En buena ley, el ministerio tenía razón. Es verdad que, cuando los poderes obran revolucionariamente, dejan la puerta abierta á las represalias y crean una situación excepcional, que sólo puede ser mantenida por medios excepcionales. Pero no es posible olvidar que la sociedad francesa está solicitada en estos momentos por dos fuerzas antagónicas, que acaparan la opinión pública. Aquí, los que se adelantan á su época y pugnan por apresurar la realización del futuro; allá, los que viven todavía en otro siglo y pretenden resucitar lo que ha muerto. No es posible mantenerse neutral, porque la inmovilidad, en la política como en la guerra, es el comienzo de la derrota. ¿Cómo condenar entonces á los que prefieren aventurarse en el porvenir, antes que retrogradar

hacia el pasado? Nadie puede vacilar entre un mal conocido y un bien probable.

Pero los partidos no han tenido en cuenta la situación del jefe del ministerio, obligado á equilibrar los intereses de la mayoría que le sostiene, y cada cual ha tratado de hacer la ley á su imagen, llegando á veces hasta poner en peligro la existencia misma del proyecto. Los adversarios de la república intentaron utilizar estos desacuerdos, ensayando un sistema curioso de oposición, que consiste en tratar de hacer imposible el voto, proponiendo medidas más radicales y más revolucionarias aún, en la esperanza de que la mayoría se apresuraría á votarlas, obligando á la fracción moderada á formular un rechazo. Esta manera de desmembrar y neutralizar la acción de los partidarios de la ley, para impedir el voto y determinar la caída del Gabinete, no dió los resultados que la reacción esperaba. Pero es una maniobra que da una idea de las resistencias que han opuesto los conservadores. Todas las intrigas les han parecido aceptables para evitar la aprobación de la ley. Y viendo que no lo conseguían, no han temido comprometer su seriedad, presentando un contra-proyecto más grave,

con la suprema esperanza de matar la ley, á fuerza de exagerarla.

Los enemigos del parlamentarismo no han dejado de aprovechar estos incidentes para renovar sus críticas. Han dicho que las Cámaras son simples escuelas de parlanchines, y que Francia sólo se libertará el día en que las suprima. Pero la democracia no piensa así. Con todos sus defectos, el parlamentarismo es preferible al plebiscito y al consulado que nos ofrece M. Deroulède.

En cuanto á los resultados inmediatos de la ley, todos están de acuerdo para considerarlos como benignos. No se ha pretendido atacar al clero, sino acallar algunas resistencias de sus representantes más celosos. Según la declaración de M. Waldeck-Rousseau, las relaciones con el Vaticano continuarán siendo tan cordiales como hasta ahora, y la nación seguirá votando las mismas sumas para el mantenimiento del culto. Sólo habrá en Francia diez mil religiosos menos y cuatrocientos millones más para reforzar el presupuesto. El clero ignorado y humilde, que forma la mayoría, piensa seguramente, como San Agustín, que el sacerdote debe ser pobre Algunos habrá que repetirán la

exclamación de San Jerónimo, hablando del código teodosiano, cuyas prohibiciones eran mucho más duras: «no me quejo de la ley, sino de haberla merecido.» Y todos acabarán por pensar como el abate Gouttes, que las «riquezas son más nocivas que ventajosas para la Iglesia.»

Pero la verdadera importancia de esta ley, que ha levantado tantas discusiones y tantas cóleras, consistirá en dejar un precedente de que algunos sabrán servirse. La mayoría que sostiene al ministerio se compone en su casi totalidad de radicales y socialistas. Si, como todos suponen, las elecciones de 1902 llegan á acrecer la importancia de estos dos partidos, el ministerio actual, ó el que lo reemplace, se verá obligado á orientar más y más su política hacia la izquierda, entrando de lleno en el camino de las concesiones, y realizando reformas de trascendencia, como la transformación de ciertas industrias, (minas, gas, etc..) en servicios del Estado, la instrucción superior gratuíta, la supresión de la subvención al culto, la agravación del impuesto sobre la herencia, y otras medidas de transición, que indicarían la decadencia de una categoría de ciudadanos y

la influencia creciente de otra. La ley actual sería en este caso, y según la opinión de muchos, el comienzo de una política de «acción democrática.» Después del asunto Dreyfus, los partidos populares han ganado tanta influencia, que son los verdaderos dueños de la situación.

LA RAZA

Nadie puede aplaudir los procedimientos expeditivos que emplean los *boxers* para combatir al extranjero; pero nadie puede tampoco exagerarse el horror de esos atentados. Los soldados europeos que se repartieron el África, después de dar muerte á diez millones de hombres, obraron de la misma suerte y cometieron los mismos excesos. Verdad es que el mismo crimen se llama gloria ó asesinato, según el color de la bandera con que se enjuga. Pero es curioso observar la obstinación increíble con que las mayorías siguen atadas á una falsa concepción de las cosas. Cuando defendemos contra nuestros adversarios el territorio de nuestra patria, tenemos la convicción de llenar un deber y nos inflamamos de orgullo ante la

grandiosidad de la obra ; pero cuando nuestros adversarios defienden, contra nosotros, el territorio de la suya, no nos detenemos en tantos lirismos y les motejamos de « rebeldes », porque se niegan á permitir que hagamos con ellos lo que no hubiéramos tolerado que hicieran ellos con nosotros. ¡ Son tesoros de lógica que ha acumulado el hombre en veinte siglos de vida numerada !

Cuando los oficiales franceses Voulet y Chanoine talaron los caseríos del Congo, dejando tras sí millares de muertos, ó cuando el general Weyler inauguró en Cuba su violento sistema de conquista, nadie habló seriamente en contra de ellos. Ahora, á propósito del *massacre* de China, sólo se oyen gritos de venganza. Sin desearlo, se llega á la conclusión dolorosa de que la pretendida matanza de Pekín sólo tuvo importancia porque fué realizada por los chinos en detrimento de los europeos; y que, de haber sido á la inversa, nadie habría protestado.

Lo único que hay de cierto en estas desviaciones de la razón, es que no debemos aborrecer los incidentes de la guerra, sino la guerra misma. Cada pueblo se defiende de la agresión á su modo. El único responsable es el que le

ataca. Cuando Buenos Aires rechazó las invasiones, la mayor parte de los soldados ingleses perecieron quemados por el aceite ó aplastados bajo las piedras que los patriotas arrojaban desde las casas. Cada uno se defendió como pudo, desesperadamente, como un hombre acosado por un adversario más vigoroso, dando puñadas y mordiscos. Los que murmuran que la cultura moderna no admite ese sistema de lucha, olvidan que tampoco pueden admitir la tentativa de conquista que lo provoca. El pretexto de « civilizar » no engaña ya á nadie. Basta recordar que las naciones europeas acaban de decretar la guerra santa contra el Celeste Imperio, de acuerdo con el Sultán de Turquía, á quien ninguna ha reprochado el asesinato de 40.000. cristianos. Es evidente que en el fondo de todas estas luchas sólo hay un violento deseo de conquista. Pero afortunadamente, contra ese deseo se alza un obstáculo infranqueable: la Raza.

Los chinos tienen la cohesión de su pasado, de su color y de sus costumbres. Aun en el caso de que los europeos consigan vencerles militarmente, sólo habrán alcanzado un triunfo efímero. No es posible asimilarse 300 millones de

hombres. Al cabo de algún tiempo ocurriría con ellos lo que ha ocurrido con todas las colonias en todas las épocas. Los sometidos aprenderían de los dominadores todo cuanto constituye la fuerza de éstos, y así que se considerasen suficientemente diestros para luchar sin desventaja, sacudirían el yugo y tornarían á ser libres. Cuando se trata de nacionalidades, bastan cien años de ocupación para borrarlas; pero cuando se trata de raza, no bastan diez siglos. A menos de obrar con la suprema desenvoltura de los norteamericanos, que, para asegurarse la posesión del Colorado, exterminaron á todos los habitantes. La raza es la única valla que pueden oponer los débiles á la ambición de los fuertes, porque es indivisible é imborrable, y resurge á pesar de todo. Aunque el usurpador consiga, ya sea por el número, por las leyes ó por cualquier otra circunstancia, mantenerla en una servidumbre completa, debilitarla y combatirla por todos los medios, ocurre, como en los Estados Unidos con los africanos, que esa colectividad extraña enclavada en mitad del territorio, es un semillero constante de preocupaciones y discordias que se ensanchan y multiplican hasta determinar una situación insostenible.

Y cuando los dominadores son una minoría ínfima, como acontecería en China, á pesar de todos los ejércitos de ocupación que los europeos pusieran en movimiento, el problema se agrava de una manera alarmante. La raza es invencible. Los yanquis han conseguido filtrar su espíritu en Cuba, donde los dirigentes son blancos, y pueden, al cabo de una generación, fundirse con los conquistadores ; pero no han logrado apoderarse de Filipinas, donde los mafayos comprenden que, si ceden, quedarán en calidad de raza inferior, despreciada y humillada, sin esperanza de confundirse nunca con el vencedor. Las diferencias etnológicas son, por ahora, el único obstáculo á la ambición de los luertes. Dentro de la raza, no pueden nacer esas flaquezas que precipitan á veces la derrota dentro de la nación. Recuerdo la frase de cierto personaje influyente de Méjico que, al reprocharle yo que enviase sus hijos á las escuelas yankis, me contestó : « Prefiero que sean conquistadores y no conquistados. »

La ignorancia de unos hombres se atribuye todavía superioridad sobre la ignorancia de otros. El corte de la nariz, la forma de los ojos ó el color del cabello son, según la mayoría,

signos que proclaman la excelencia de éstos ó aquéllos sobre los demás. Y es casualmente ese sentimiento orgulloso y mezquino de los pueblos conquistadores el que les combate más eficazmente. Los débiles saben las humillaciones que les esperan, y se resisten, oponiendo en conjunto y en bloque la barrera formidable de la raza.

EL « SALÓN DE 1901 »

Con la primavera se abren en París las Exposiciones de pintura. Bajo los *marroniers* que bordean los bulevares, pasa una población feliz, vestida de trajes claros. El sol dora las techos grises de las casas. Y es justo que el arte baje de sus *mansardes* para completar la alegría de todos.

Este año hay cuatro Salones: el de la *Société de Beaux Arts*, el de los *Artistes français*, el de los *Independants* y, por último, el de los *Refusés*, creado recientemente á raíz de disentimientos y protestas que tuvieron alguna resonancia. Ha habido choques violentos, debidos á la diversidad de teorías. La costumbre quiere que todo grupo de artistas erija en dogma su concepción particular del arte, y decrete que

los disidentes no tienen talento. De ahí una serie de rupturas y divisiones que sería largo detallar. En algunos casos, la escisión ha sido provocada por la omnipotencia egoísta de los maestros célebres, que se atribuían el derecho de exponer cada uno veinte telas, abandonando sólo á los jóvenes una ó dos salas sin luz, en un sitio poco frecuentado. Pero todos estos descuerdos no han impedido que el arte esté re presentado este año con más brillo aún que los anteriores. Las cuatro Exposiciones confirman la supremacía triunfante de la escuela francesa, y forman un conjunto matizado que da una idea bastante exacta de las diversas tendencias en lucha. Aparte las discusiones de teoría y de las diferencias de temperamento, todas las telas coinciden en una misma afirmación de gloria nacional.

El argentino que recorre las salas, piensa involuntariamente en nuestro pequeño salón de Buenos Aires y en los nobles esfuerzos reunidos. No intenta una comparación imposible, pero imagina con la esperanza lo que podrá ser nuestra Exposición de Bellas Artes dentro de veinte años. Supone un « gran salón » en la plaza San Martín, y una avalancha de nombres

conocidos y nombres nuevos que representarían quizá todas las subdivisiones de nuestra América latina; un tumulto de colores, donde habría ensayo y obra maestra, corrección y audacia, y de donde saldrían reputaciones que vendrían á medirse con las europeas. Ya en el presente podemos presentar un pequeño núcleo que reune nombres brillantes, como Schiaffino, Cárcova, Rodríguez Echart, Ripamonti, Dresco y algunos otros. Casi todos son jóvenes; y de ellos y de los que vendrán tras ellos, podemos esperar nuestra futura emancipación artística.

En las Exposiciones de este año figuran algunos pintores de allá, de los que hablaremos en otra crónica sobre los artistas hispano-americanos en el Salón de París. No es posible hacerlo en ésta, porque quedarían ahogados entre los franceses, cuyo número é importancia está fuera de toda proporción. Y, además, es tan crecido el número de expositores, que sólo es posible detenerse ante los más notables. Un crítico calculaba ayer que entre los cuatro salones, reuniendo pintura y escultura, se alcanzaría á sumar más de 15.000 obras. La simple enumeración, sin comentarios, llenaría muchas

páginas. De ahí que sólo sea posible citar los nombres más gloriosos y las telas más decisivas.

De los cuatro salones de que hemos hablado, sólo dos tienen una importancia indiscutida: el de los *Artistes français* y el de la *Sociéte Nationale des Beaux Arts*, que acaba de abrirse y que vamos á recorrer en cuatro frases.

Hay que confesar que, en conjunto, la *Société Nationale des Beaux Arts* es menos abundante que la de los *Artistes français*. La primera es independiente, y la segunda es oficial. Quizá por esto se han acantonado en esta última los disciplinados de la mayoría. Pero ello no quiere significar que se haya establecido una clasificación, y hayan quedado de un lado los clásicos y del otro los rebeldes. En ambas exhibiciones hay audacia y talento.

En la *Nationale des Beaux Arts*, donde entramos, la primera admiración es para Rodín, que presenta un *Víctor Hugo* pensativo, trasladado ya al mármol. Es una de esas figuras colosales y nebulosas, que parecen concebidas por Miguel Angel. Víctor Hugo está al borde del mar, acostado sobre las rocas, y extiende la mano para imponer silencio á los elementos,

mientras escucha la voz de los genios, que le hablan al oído. El grupo no está terminado todavía; pero por los trozos que se conocen, se puede adelantar que será una obra maestra. Jamás ha mostrado el artista tanta audacia serena y tanta solemnidad. Su Víctor Hugo sólo puede ser comparado con las cuatro figuras indecisas que adornan el sepulcro de los Médicis. Ninguno de los mármoles que se amontonan en torno de él, alcanza á disputarle las miradas del público. Todos parecen vasallos, que permanecen en la penumbra, dejando que se adelante el príncipe. Y el *Daudet* de Saint-Marceaux, que intenta erguirse ante el *Víctor Hugo* de Rodín, sólo alcanza á subrayar dos superioridades. El primero es al segundo lo que el autor de « Sapho » es al autor de la « Leyenda de los siglos. »

En la pintura, Carrière ocupa el puesto de honor, con sus caras borradas, que parecen surgir de un ensueño. Este año ha presentado cinco telas: el *Baiser du soir*, y cuatro cabezas de mujer. La primera, que es la más importante, continúa y robustece la « manera » especial que ha creado Carrière, á pesar de todas las burlas de la crítica. Esos rostros, que salen á

medias de la sombra y se dibujan con indecisión, como en una pesadilla, simbolizan las vidas rudimentarias que arrastramos aún, atados á la tierra y á la carne, como semillas de seres que todavía no han germinado. Toda la miseria humana está en la inconsciencia animal con que esas cabezas se arrebujan en la sombra, sin presentir esferas más altas. Carrière es un pintor y un poeta. Parece que asoman almas por el cristal de sus telas veladas por el vaho.

Otro gran artista es Edelfelt, que expone un retrato de Aïnó Achté, la delicada y fragil Manón Lescaut que llora y ríe en la Opera. Es un retrato que tiene las proporciones de una obra de alto vuelo. Mlle. Aïnó Achté está vestida de negro, con un traje sencillo, á la entrada de una calle, como si aguardara. La luz de un farol que no se vé, dora la fisonomía y aumenta el relieve de los ojos grandes. Toda la figura respira un encanto particular. Se adivina un alma novelesca, torturada por un deseo imposible. Y del conjunto de la tela se desprende un hálito de amargura, que envuelve á la cantatriz y al transeunte, y los coordina en una misma sensación dolorosa.

Si en estas ligeras notas sobre el «Salón»

atribuímos más importancia á la parte moral que á la parte técnica, y nos detenemos más á menudo ante la concepción que ante la interpretación, es porque son más interesantes los artistas que los pintores. Hay telas correctas que acusan una seguridad de *métier* indiscutible y que, sin embargo, no arrancan al observador una sola palabra de entusiasmo. En cambio hay otras, más desaliñadas ó menos académicas, que se imponen á nuestra admiración desde el primer momento. La destreza puede ser una de las cualidades del artista, pero no el artista mismo. Un copista glacial que no ignora ninguno de los recursos de su arte, y compone las alegorías á la moda según el gusto corriente, es el hombre indicado para confiarle la ejecución de un gran cuadro histórico ó los frescos de un edificio del Estado, pero no cometamos la insensatez de exigirle una obra de arte. La parte técnica es accesible á todos los estudiosos; sólo la parte moral está reservada á los artistas.

Y un gran artista que descuida voluntariamente el *métier*, para ser más artista todavía, es Raffaëlli, de quien ha hecho Huysmans tantos elogios. Su *Demoiselle d'honneur* es una de

las mejores obras que ha realizado hasta ahora. Es una sinfonía en blanco, donde todo concurre á subrayar el temor y la ansiedad, el deseo y la lágrima inexplicada de una joven de veinte años que asiste al casamiento de su amiga íntima. Sólo hay allí tres colores; el blanco en el traje y en todo el cuadro; el negro en el sombrero, y una pincelada roja en la banqueta donde está sentada. El público, que adora los tonos vivos y los cuadros complicados, se detiene muy poco ante Raffaëlli, que sólo ha obtenido éxito en las columnas de los periódicos, y prefiere amontonarse ante el *Cristo* de Jean Béraud, que es una oleografía llena de grandes gestos y actitudes dramáticas, con su poco de política y su miaja de sectarismo.

Edmond Saglio, de origen italiano según creo, nos sonríe también con una tela de gran mérito: *Les visites.* Representa la hora del té, en un salón donde se charlotean suposiciones, y la media docena de personas reunidas allí parecen respirar el hastío y la fatiga, después de una hora de murmuración y de esfuerzo egoísta. Los personajes están escalonados en una gama verde, que les presta cierto perfil de sonambulismo. Creen vivir, y no han despertado todavía.

Los cuadros de Anglada, *Quadrille parisien*, *Jardín du théâtre*, *Gitanas* y *Danse espagnole*, tienen una fisonomía rara, que interesa. Son mujeres del Sena ó del Guadalquivir, que se retuercen y se crispan en actitudes inéditas, que no son las del baile y son al propio tiempo las que mejor lo sintetizan.

Otro apellido español, Garrido, expone tres telas importantes; una, sobre todo, que representa una mujer pensativa, sentada en un sillón, en la sombra, en medio de cierta inquietante solemnidad.

Pero entre los españoles de este salón, el que más se destaca es Zuloaga. Todos le conocen en América, y nadie ha olvidado aquellos capítulos brillantes de las *Impresiones* de Rusiñol, en los cuales el pintor vasco, retratado con amistosa ironía, se pasaba las noches en claro, absorto ante un retrato del Greco. Zuloaga tiene este año un cuadro de mucho colorido: *Promenade après la course de taureaux*. Todos los defectos y todas las cualidades de este artista estudioso parecen haberse robustecido en un año. Las actitudes son aún más amaneradas que de costumbre, la contradicción en los tonos es más violenta; pero en cambio hay detalles

sinceros y toques reales, que aparecen esta vez más seductores que nunca. Las caras morenas, cubiertas de polvo blanco, tienen esa palidez peculiar de la mujer española. Los trajes de terciopelo, las mantillas y las flores, llevan vida y perfume. Es innegable que la *Promenade après la course de taureaux* es una obra de mérito, pero le falta sobriedad, precisión y, sobre todo, sinceridad. Esas españolas recién peinadas, que han escalado una colina para volver la espalda á un bello paisaje y colocarse en grupos bien estudiados, como modelos de academia, son excesivamente convencionales.

El desnudo está representado por Willette, cuyas cuatro telas, *Las estaciones*, tienen todo el encanto y la frescura que son la característica de este celebrado maestro; por Botkine, que representa un *raccourci* muy notable; por Gallot, cuya composición, *La mort de la petite courtisane*, tiene retazos que podríamos llamar perfectos; por Faurie, que tiene los defectos de Rubens, sin tener las cualidades ni el talento; por Stewart, que es quizá el más sobrio entre todos; por Bully, por Lucas, por Berton y por Aublet, que es el artista indiscutido que todos conocen.

El nombre de Sem es tan familiar entre los intelectuales de América, que parece ocioso subrayarlo con elogios que serían vanos. En el Salón de este año expone cinco telas, dos paisajes de Capri, dos retratos y una cara fresca, qne ha bautizado *Musette*, y que es uno de los *clous* del Salón.

De Carl Von Stetten hay una alegoría, *L'amour qui tue*. Un ángel de alas negras está sentado en una altura, con la cara apoyada en la palma de la mano, contemplando las torres de una inmensa ciudad: París.

Los pasteles de Dubufe, los dibujos de Renard y algunas acuarelas merecerían largos comentarios, pero el hacinamiento de obras es tan grande, que resulta imposible. La *Société Nationale de Beaux-Arts* deja una impresión de juventud y de fuerza. El arte francés se renueva y se amplifica todos los años. Hay aquí muchos artistas que tienen, como dijo Balzac hablando de Daumier, sangre de Miguel Angel en las venas. Fuera de los talentos consagrados y las reputaciones hechas, como Carolus-Durán, Carrière-Belleuse, Gándara, Rousseau, Lhermitte y algunos otros, hay verdaderas pléyades de talentos jóvenes, de nombres desconocidos

que surgen de año en año, enriqueciendo las conquistas del ideal y completando el triunfo del ensueño sobre la vida.

Hay un *Canal* de Le Sidaner, un canal de Noruega ó de Flandes, donde todo es bruma y misterio, y por donde parece pasar el alma de Rodenbach, escapada de *Bruges-la-morte*; inspira al visitante una tristeza tan honda, tan mortal, que parece la obra de un predestinado del suicidio. Hay una figura de Leempoels, *Rêverie*, serena y noble, llena de pasión y de gracia. Brin expone tres torsos desnudos de marineros normandos. Y Jean Veber nos sorprende con sus figuras raras, que son la epeya del humorismo, visiones de Rabelais y de Franc-Nohain, imprevistas é irrealizables, grotescas y hermosas, que sólo se aplauden con una sonrisa.

Métivet, el dibujante del *Rire*, el autor de aquellos famosos *couplets de l'aieul*, exhibe un cuadro, demasiado dramático quizá, titulado *Retour de Cythère*. Ha intentado hacer el *pendant* del famoso *embarquement*; pero aunque revela grandes cualidades de color y de dibujo, y aunque ha concebido su asunto con cierta audacia vigorosa, es necesario confesar que no

lo ha conseguido. Sin embargo, esa obra imprevista de un dibujante alegre, que salta del epígrama á la tragedia, es digna de ser recordada. La transición ha sido brusca, pero, según Marc Twain, el humorista es casi siempre un melancólico que olvida.

* * *

El *vernissage* es la fiesta de la vanidad. Después de la inauguración oficial, que preside el presidente de la república, y á la que sólo es posible asistir por invitación, hay un día reservado, que podríamos llamar «el día de los ricos.» La entrada al salón vale diez francos, y es de ver cómo las gentes se empujan y se amontonan, obstruyendo las salas y los pasillos, sin más entusiasmo que el deseo de ser vistas. La moda quiere que ese día se estrenen los trajes de la estación; y las faldas lujosas y los corpiños de encaje se exhiben y se disputan el primer puesto, en un torneo original, que tiene por jueces á los deseos. Nadie mira los cuadros. Y si alguien lo intenta, se ve obligado á renunciar, porque es imposible. En el hacinamiento

y el atropello de la muchedumbre, sólo hay miradas y hay roces. El arte no es más que un bello pretexto, como el concurso hípico ó las carreras. El *vernissage* no ha sido inventado para visitar la Exposición, sino para exponerse.

El «Salón» de los *Artistes français*, es mucho más grande que el de la *Societé des Beaux Arts*, y presenta un grupo más numeroso de nombres conocidos; pero sus tendencias son más resignadas, más conservadoras, y, en conjunto, no alcanza á competir con el brío y el empuje del primero. Sin embargo, el público elegante y *snob*, prefiere, por predilección ó por costumbre, el *vernissage* de los *Artistes français*. Hay allí muchos nombres de pintores oficiales, como Bonnat ó Bouguereau, y esa media-gloria de los misterios deslumbra todavía á muchas gentes. Lo cierto es que la multitud que se apiñaba ayer en el palacio de la avenida de Nicolás II, era más numerosa que nunca. Sólo diremos dos palabras sobre las telas más notables que hemos podido entrever poniéndonos de puntillas ó buscando un hueco de luz entre dos cabezas.

Benjamín Constant reina este año con un retrato del Papa que ha dado lugar á muchas

crónicas, y ha sido tan aplaudido por unos como denigrado por otros. Los procedimientos del artista siguen siende los mismos. De sus cien colores superpuestos surge un color indefinido y aceitoso, que el es que da la tonalidad al cuadro.

Sorolla, el pintor valenciano que ha alcanzado tanto éxito en otras Exposiciones, nos ofrece esta vez dos telas frías, de ejecución correcta, que ni quitan ni añaden nada á la reputación adquirida. Henner reedita una de sus eternas mujeres de pelo rojo y cuerpo nacarado, que se agazapan, como serpientes, sobre un fondo de algodón negro. Detaille nos muestra un «Masséna á la cabeza de sus tropas.» Como siempre, todo se reduce á detallar uniformes con una prolijidad de miniaturista. Según Gastón Stiegler, el crítico de *L'Echo de Paris*, «Detaille es sólo un pintor de guarda-ropa, á quien escapa siempre el alma de los hombres.»

Un pintor joven, Henri Marret, se revela con una tela maravillosa: *Rentrée des barques*. En una tarde serena, al anochecer, en un puerto de aguas tranquilas y glaucas, entran lentamente los pescadores, arriando sus velas con desgano y humedeciendo con una lágrima sus ojos

tristes de enamorados del mar. Son pinceladas de verdadero artista que ha sentido la melancolía de las playas al caer el crepúsculo, cuando la población comienza á salpicarse de luces amarillas y la noche se extiende perezosamente sobre el misterio del Océano. Marret es un pintor para el porvenir.

Una argentina, la señora María Soto y Calvo, expone también una obra de mérito, el *General San Martin*, de la que nos ocuparemos en la próxima crónica sobre los artistas sud-americanos en el Salón.

* * *

La sala de los *Indépendants* está situada en el Cours-la-Reine, en un inmenso pabellón de vidrio que durante la Exposición se llamó el Palacio de las Flores. No encontramos en ella la muchedumbre de los salones de los Campos Elíseos; y los escasos visitantes que circulan con las manos enlazadas detrás de la espalda y la nariz al viento, tienen casi siempre una sonrisa de incredulidad. Para la mayoría de las gentes esas obras son una mistificación. Es una orgía de colores, un delirio de « procedimien-

tos» y un *bric-à-brac* de tentativas malogradas. Les parece imposible que tantos hombres serios se dediquen á embadurnar las telas con tanta torpeza voluntaria. No saben seleccionar. Porque es evidente que si en los *Indépendants* hay mucho desequilibrio, hay también mucha obra sana y vigorosa. El público es injusto cuando envuelve á todos en la misma sonrisa. Valton, Lacombe y Laprade merecen toda nuestra admiración y nuestro elogio. Si nos despojamos de la «costumbre», y nos encaramos sobre cimas más altas, lo que hoy suponemos revolucionario y original, resulta lógico y sencillo. Todo depende del punto de partida y, sobre todo, de la educación y las prevenciones con que juzgamos. Nuestro arte es tan raro y tan exótico para los japoneses, como el arte japonés lo es para nosotros. Sólo un egoísmo mezquino y una educación limitada llegan á hacernos suponer que no puede existir verdad ó belleza fuera de lo que nosotros tenemos por tales.

A la Exposición de los *Indépendants* hay que entrar sin prevenciones, con el espíritu abierto á todas las sorpresas. Desde la puerta nos invade una estupefacción que se escalona y se robustece sin cesar, hasta la última sala. Los co-

lores más extraños, las formas más imposibles y las combinaciones más nuevas se amontonan en los muros, dando la sensación de una catástrofe. Sin embargo, hay *trouvailles* y tonos que hacen olvidar todos los excesos. El deseo de la originalidad empuja á muchos á la extravagancia, pero otros se detienen en el límite y realizan obra de arte. No es posible olvidar que de los *Indépendants* han salido nombres célebres, como Henri Martin y Cézanne.

Además de las *esquisses* de José de Charmoy, que posee en alto grado el talento de conmover con la sencillez, hay pasteles de Guillemonat, cuyos tonos raros y excesivos hacen á veces un efecto agradable; de Georges Lacombe, que prodiga retratos simples y bien robados á la realidad; de Lacoste cuya *Lumière au zénith* es un poema de tristeza; de Luce, que expone aspectos de neblina muy notables; de Mita, de Meunier, etc.

Pero las obras que se destacan entre todas, son las de Merodak Jeaneau. Pocas veces ha llegado un artista á sorprender con tanto acierto, á trasladar can tan profunda sencillez las expresiones de una cara. Presenta cuatro «femmes en blanc» : la *enfermedad*, el *desdén*,

las *alhajas* y la *caricia*, que son cuatro obras maestras. La primera, sobre todo, tiene una palidez transparente y una amargura resignada, que asombra. Parece que un alma la ilumina desde dentro, como una lamparilla.

Otro pintor que merecería largos comentarios sería Le Mercis, que expone treinta telas enormes. Es una serie de ilustraciones de la *Divina Comedia*, desde el primer sueño hasta que Dante y Virgilio se vuelven á encontrar sobre la tierra, y ven á lo lejos la montaña del Purgatorio. La audacia y el talento trágico de este joven pintor tienen algo de apocalíptico.

La Exposición de los *Indépendants* es un campo de ensayo de donde no está desterrada la obra maestra. Cien talentos originales se espolean y se torturan, buscando caminos nuevos y concepciones raras. Al salir se lleva una impresión confusa de cosas rudimentarias, que pueden perfeccionarse y dar fruto, hasta renovar enteramente la fisonomía actual del arte.

El salón de los *Refusés* no se ha abierto todavía. Los tres mil artistas cuyas obras han sido rechazadas en las otras Exposiciones, no han podido concertarse hasta ahora para organizarla. Pero hay en cambio varias exhibiciones de

segunda fila, como la de las obras de Daumier, la del club Volney y la del Colegio de Estética. Se diría que la estación privilegiada hace florecer los talentos. El bosque de Fontainebleau y el de Verrières están llenos de pintores que trabajan al aire libre, copiando la poesía de la naturaleza y fumando en grandes pipas, bajo la aureola del sol. Y como el arte es primavera el Salón está en todas partes: en las perspectivas de la ciudad, en los pueblos comarcanos, y hasta en el bulevar, que parece un paseo, con su doble hilera de árboles verdes.

LOS HISPANO-AMERICANOS EN EL « SALÓN »

Los artistas hispano-americanos que exponen este año en el «Salón» de París, forman un grupo reducido; apenas si encontramos una veintena de nombres. Sin embargo, tienen una importancia excepcional, porque indican que, á pesar de cuanto se dice sobre el mercantilismo y la pereza intelectual de los latinos de América, no todo se reduce entre nosotros á hacer juegos de luz con las corbatas. En Buenos Aires, en Montevideo, en Santiago, en Méjico, en Río Janeiro surgen juventudes animosas, que emprenden la tarea de crear el arte en centros obstinados y reacios, donde todo contribuye á hacerlo imposible. Aquellas sociedades no están todavía maduras para apreciar la belleza. Los artistas mismos no están todavía preparados para pro-

ducirla. Nos encontramos en el período cartaginés de nuestra historia. Pero la tenacidad de algunos y la buena voluntad de los demás irán derribando los obstáculos. Es más difícil combinar un ambiente artístico, que improvisar una ciudad; sin embargo, ha de conseguirse. El optimismo es la dictadura de los fuertes, porque nada alcanza á vencer á los hombres que tienen confianza en el triunfo.

Pero es necesario confesar que, en el momento actual, los artistas hispano-americanos dan prueba de una energía poco común, obstinándose en acantonarse en una profesión, en un ministerio, menos fructuoso que un empleo de escribiente, más amargo que una *via crucis*, donde abundan las humillaciones, los desalientos y las felonías con el sólo objeto de realizar, al fin, una obra... y no ser comprendidos. Quizá es ese el «dolor necesario» de que habla Daudet. Las espigas del arte no fructifican en la felicidad; es necesario regarlas de tiempo en tiempo con lágrimas. Pero si es ésta una condición indispensable, quede por lo menos el consuelo de hacerlo por un público que sabe apreciar.

Es lo que ocurrirá quizá dentro de poco. A pesar de los pesimistas que aseguran y declaman

que nuestros países están condenados á no apreciar más que las telas embadurnadas y las estatuas relamidas que les venden á precios fabulosos las fábricas inglesas de Florencia ó de Nápoles; á pesar de la obstinación con que algunos se niegan á admitir la posibilidad de un arte nacional, es evidente que ocurrirá en la América latina lo que pasó hace algunos años en la sajona: del exceso del mal vendrá el remedio. El reinado del utilitarismo provocará una reacción benéfica para el arte. La omnipotencia del dinero hará volver los ojos hacia el ideal. Porque tal es el carácter del hombre, que sólo concibe la felicidad en lo que no posee todavía.

De pronto, por un convenio tácito que nadie podrá explicar, la admiración que hoy reservamos exclusivamente para los carruajes, se ensanchará hasta abarcar los mármoles y las telas. La vanidad nacional se sentirá halagada por la gloria de los artistas nacientes. La comunidad se apropiará en cierto modo su talento y su renombre. Llegará á ser de moda hablar de los pintores nacionales y proteger sus iniciativas. A la indeferencia de antaño, sucederá una simpatía desbordante. Y aunque en esta co

rriente habrá mucho *snobismo*, siempre valdrá más el apoyo que la hostilidad, sobre todo cuando ninguno de los dos es razonado.

Los Estados Unidos cuentan hoy con un verdadero ejército de artistas, algunos de los cuales tienen fama europea y han merecido, como Whistler, los honores del museo del Luxembrgo. Nuestro mercantilismo latino está lejos de poder competir con el mercantilismo yanqui. ¿Cómo ha de imposibilitarnos entonces para intentar la creación de un centro artístico?

En pocos años hemos hecho el trabajo de un siglo. Nada es más árido y más penoso que esa labor primera, en tierra virgen, donde es preciso crear hasta los útiles. Sin embargo, ha bastado una década para improvisar un grupo animoso y simpático, que hoy está disperso en el inmenso «Salón» de París, pero que quizá se reunirá mañana en un haz homogéneo, creando una pequeña Exposición de artistas hispano-americanos.

Los dos nombres que más se destacan son los de Alberto Lynch y Pedro Lira, peruano el primero, chileno el segundo, y los dos *fuera de concurso*. Lynch expone un retrato de la condesa X***, lleno de detalles delicados y rasgos

finos, y una tela más importante aún, *Sous les tilleuls*. Las grandes cualidades de este artista, que podríamos llamar famoso, puesto que la mención de *hors concours* supone haber alcanzado premios en varias Exposiciones anuales, se afirman con mayor seguridad en los dos cuadros que nos ofrece este año. Pedro Lira, chileno, presenta una tela, *La Chaumière*, muy sobria y muy bien concebida. Y dos chilenos más, Rafael Muñoz Correa y Valenzuela Llanos, se revelan artistas de mérito, el primero con dos cuadres llenos de frescura y de luz, que hacen pensar, aunque de lejos, en Corot; y el segundo un paisaje digno de todo elogio.

Entre los venezolanos encontramos dos que parecen destinados á brillar: Emilio Boggio, cuyo *Soir d'orage* es una hermosa sinfonía de tonos grises y azules obscuros; y Alejandro Krentzer, cuya *Matinée d'hiver* traduce la amarga desolación de los árboles desnudos y los caminos blancos de Enero, en la floresta de Fontainebleau.

Un colombiano, Domingo S. Bolívar, expone una *Tête de Christ*, de mucho mérito.

Cuba está representada por Armando Menocal y Margarita Pedroso de San Carlos. Son dos

artistas de talento, que han figurado ya en otras Exposiciones. Desgraciadamente, se han confinado esta vez en el retrato. Pero, á pesar de todo, sostienen su reputación.

Félix Hidalgo es filipino, pero sería injusto negarle un puesto entre los hispano-americanos. Tiene en el Salón dos cuadros, *Nocturne* y *Jeunesse*, que no pueden pasar desapercibidos.

Algunos conocen en Buenos Aires á Alfredo Ramos Martínez, por sus ilustraciones en la *Revista Moderna* de Méjico. Y todos concuerdan en afirmar que es un acuarelista brillante. Tiene esa delicada sensibilidad de los tonos apagados, que es la melancolía de la pintura. Hace un año, durante un viaje curioso y original que disipó muchos rejuicios, me fué designado en Méjico como uno de los jóvenes mejor dotados de su generación. Hoy le encontramos en París haciéndose un nombre, vendiendo á buen precio sus acualeras, y exponiendo á la vez en la *Société des Beaux-Arts* y en los *Artistes français*. Tiene uno nota gris, *Notre-Dame al caer la tarde*, que es todo el poema de los crepúsculos parisienses, cuando el cielo, las casas y el Sena parecen borrarse, fundirse y desvanecerse entre los brazos de la noche.

Un brasileño, Pedro Luis Vauthier, tiene dos cuadros, *Le Pont-à-l'anglais le dimanche* y *A Courbevoie*, que revelan talento y seguridad de *métier*.

Pasando á los bonaerenses, encontramos dos nombres de origen francés: Emile Artigue (*Premier baiser*) y Edouard Fabre (*Le soir à Avers-sur-Oise*), que son muy dignos de aplauso. Exponen dos notas juveniles que revelan mucha convicción. Pero entre los pintores argentinos, uno de los que afirman más condiciones y anuncian más porvenir, es Ricardo García, un hombre alto y delgado, de barba obscura y ojos muy vivos, que habla con mansedumbre, dando pinceladas lentas con las frases, como si la vida fuese un caballete y el mundo una tela. En el Salón de los *Artistes français* expone un cuadro de mérito: *Le soir*; *Bretagne*. Es un escalonamiento de laderas rocallosas, cubiertas de plantas salvajes, sobre las cuales flota un cielo gris de crepúsculo. Los tonos apagados y sombríos, inspiran una tristeza inmensa, una especie de sonambulismo del dolor que recuerda paisajes lamartinianos y baladas del Rhin. Son breñas solitarias y colinas melancólicas, donde parece gemir el cuerno de Roncesvalles. Han

sido interpretadas con alma de artista. Y el autor, que ha sentido la intensa solemnidad de la naturaleza, la ha trasladado al lienzo con cierta ingenua poesía. Es un pintor que, libertado de la atmósfera estrecha que ahoga á los artistas en Buenos Aires, alcanzará triunfos merecidos. Llegó á París hace tres años. Alberto Ghiraldo lo presentaba en una carta afectuosa, que hace su mejor elogio. La estancia en París ha afirmado y ha robustecido su talento. Muy pronto, en el próximo Salón quizá, le veremos distinguido con una recompensa. La señorita de Soto y Calvo, argentina también, exhibe una tela de aliento: *El General San Martin*. El libertador está solo, sobre su lecho de muerte, entre dos cirios. Los colores obscuros predominan. Apenas salen de la sombra la cara amarilla y flaca y las llamas humeantes. Una hermana de caridad se borra en el fondo. Algunos detalles recuerdan el lienzo famoso de Pradilla: *Juana la loca viajando con el cadáver de su esposo*. Pero el conjunto tiene cierta fisonomía personal y fresca, que seduce. La autora revela una confianza audaz, que es ya el comienzo del triunfo. En nuestros países sud-americanos, donde la mujer está sometida y ahogada por la

omnipotencia insolente del hombre, y donde las aspiraciones femeninas van rara vez más allá de la casa de modas, es muy agradable señalar los esfuerzos de las que, como la señorita de Soto y Calvo, abandonan el mundo artificial que nos impone la costumbre, para entrar de lleno en la «plena vida» de los artistas. En la Exposición de 1900 exponía el señor Rodríguez Etchart un retrato, que llamó justamente la atención de muchos. Este año presenta un estudio, *Tête de femme*, que robustece la buena opinión que todos tienen de su talento, pero que no es todavía la obra definitiva que de él esperamos. Sin embargo, su cabeza tiene tanta expresión, tanto «carácter», que debe ser considerada como algo más que un estudio. Entre los pintores argentinos, Rodríguez Etchart es quizá el que se anuncia con más brío. El señor Marcó del Pont, también argentino, expone una tela, *Dans le parc*, de hermoso colorido y factura excelente.

En resúmen, la representación hispano-americana en el «Salón» de París es muy superior á lo que pudimos imaginar, dada la extraña somnolencia en que vivimos. Hace algunos años, nadie habría pensado en reunir veinte

nombres. Y el Salón del año próximo nos reserva seguramente algunas sorpresas. Lo que nos falta, son palabras de aliento. Los poderes públicos y la iniciativa individual podrían hacer mucho por los artistas, que se encuentran hoy aislados, sin que nadie les aliente á prolongar la lucha. Están encerrados en un círculo estrecho, entre cuatro muros. La multitud y la *élite* pasan ante ellos sin advertirlos. De ahí que tengan épocas de desaliento ó, mejor dicho, de pereza ó de desdén, durante las cuales se cruzan de brazos y se niegan á luchar. Es verdad que muy pronto un pinchazo más fuerte que los anteriores, una humillación, una susceptibilidad del orgullo les despierta y les hace salir al encuentro del éxito que les aguardaba en brazos de la multitud. Pero es necesario que sientan la presencia constante de una simpatía y de un apoyo, para prevenir los abandonos y los renunciamientos. Por lo que hemos visto, no necesitaríamos gran esfuerzo para presentar dentro de poco un núcleo importante digno de ser tomado en cuenta.

EL DRAMA REVOLUCIONARIO «LA POIGNE»

El drama que Jean Julien acaba de hacer representar en el *Gymnase*, ha peregrinado de teatro en teatro, durante mucho tiempo, rechazado por todos los pontífices de la crítica burocrática. Parecía que la indiferencia y la hostilidad se habían coaligado para impedir la revelación de esa obra, que ha sido un éxito. La historia de todos los dramas y todos los autores, es la misma. Pero no deja de ser curioso ese eterno esfuerzo infantil de las mediocridades que pugnan por ahogar al que surge. No lo han conseguido nunca. Podrán retardar el fatalismo de una notoriedad, pero no desviarla. Las obras y los hombres que valen, se imponen inevitablemente.

Jean Julien, que ha aguardado ocho años

con su drama en el bolsillo, ha debido agradecer, irónicamente, la mala fe de los que le otorgaron de antemano el triunfo de ser desconocido. «*La Poigne*» ha obtenido un éxito completo. Entre el tercero y el cuarto acto, el autor se ha acercado seguramente al *ojo de buey* del telón de boca, con una mueca de desdén y una sonrisa. La sala estaba atestada de gentes que en otro tiempo le volvieron la espalda. Allí se habían congregado todos: el editor que le dió veinte francos por sus versos, el colega amable que le llamó *raté*, y la multitud que le empujó en la acera porque llevaba los pantalones raídos. Era la revancha.

La Poigne es una de esas obras de combate que, como la «*Clairière*» de Donnay y Descaves ó como «*Les mauvais berges*» de Octave Mirbeau, tienen que luchar contra todas las preocupaciones y los prejuicios del público. Traen una moral plebeya, que está en completa contradicción con las conclusiones de la clase dominante. Son revolucionarias. Son agitadoras de la famosa cuestión social. Y es casi lógico que el público enguantado que debe juzgarlas, se resista al aplauso y se niegue á confirmar la injusticia de sus propias prerrogati-

vas. Por eso tiene el triunfo una trascendencia mayor.

El abogado Perraud vive feliz en su ciudad de provincia, entre su mujer y sus dos hijos: Adriano y Lucía. Es un tanto autoritario en el orden doméstico, pero profesa ideas de justicia y renovación social, que concuerdan en mucho con las de su amigo Barral, profesor del liceo de la ciudad y socialista. Las combinaciones de la política ofrecen á Perraud una candidatura de diputado, que él rechaza, afirmando su ódio á los políticos. Pero la ironía de las cosas, esa eterna ironía intangible que juega á su antojo con los hombres y los hechos, quiere que un ministro de aventura se acuerde de Perraud y le ofrezca una gobernación de provincia. De ahí el conflicto. Perraud acaba por ceder al oportunista y al utilitario que hay dentro de cada hombre y acepta, fingiéndose no sé qué vagas razones de «servir á su país» y «obedecer al llamado de sus compatriotas». Su mujer, por modestia, su hijo por convicción, le aconsejan que rechace; pero Perraud impone su autoridad de jefe de familia, y acepta. Al comenzar el segundo acto, Perraud, gobernador, ha renunciado á sus ideas de progreso y justicia,

y se muestra inclinado á secundar la política de todos los ministerios. Ha vencido todas las resistencias; pero hay alguien que se mantiene ante él como una protesta: su hijo que, educado de las primeras ideas del padre, es hombre libre y revolucionario. Adriano desea casarse con la hija de Barral, el profesor del liceo; pero Perraud se opone, arguyendo que Barral es un hombre de ideas demasiado avanzadas, y que un funcionario público no puede hacer alianzas de familia con un perturbador del orden. Lo que da lugar á una serie de escenas magistrales. El padre exhuma todos los sofismas del egoísmo, y el hijo expone sus ideas de libertad. Es casi la síntesis de las dos tendencias que hoy se disputan la dictadura de la vida. La discusión termina trágicamente, con un gesto autoritario de Perraud, que abofetea á su hijo. La madre muere instantáneamente de una aneurisma. Al comenzar el cuarto acto, Perraud se encuentra solo, viudo y separado de su hijo Adriano. Su hija Lucía se ha casado con el secretario de la Gobernación, Saucenay, que hace cuanto puede por suplantarlo en la gobernación. El estado moral de Perraud se adivina. Sufre todo el abatimiento de su vida

rota. Esto se complica con una enorme huelga de mineros. Hay motines. Las tropas llegan y ocupan puntos estratégicos en la ciudad. La multitud, hambrienta, avanza hacia el palacio de la gobernación. Sólo de Perraud depende la matanza. Pero algo ha sobrevivido en él de sus ideas de antaño. Le repugna el pensamiento de dar la señal del combate. Y cuando la autoridad militar viene á pedirle la *orden escrita de hàcer fuego*, Perraud se sienta tranquilamente ante su mesa de trabajo, y escribe..... su renuncia del puesto de gobernador. Este final inesperado ha levantado algunas críticas. Muchos habrían deseado que Perraud persistiese en su carácter hasta el final de la obra. Pero la evolución es lógica y no cabe discutirla. Perraud se encontraba deprimido por el aislamiento y los reveses de familia. Quizá tenía el remordimiento de haber causado la muerte de su esposa y la miseria de su hijo. Perraud era desgraciado; y es sabido que la desgracia ablanda siempre el corazón de los hombres.

Como enseñanza moral, «*La Poigne*» no tie ne precedentes. Es el proceso de ese egoísmo y ese orgullo que triunfan demasiado á menudo sobre los buenos sentimientos; es la historia de

tantos enfermos de ambición, que han abandonado su credo primitivo para tender el cuello á los honores; y es la lección más provechosa para nuestras juventudes, que, influenciadas por la mezquindad reinante, se dejan arrastrar muy fácilmente á la «politiquería», olvidando que la felicidad sólo está en el bien. Entre nosotros, es casi un *cliché* decir al joven que tiene ideas generosas: «ya se encargará el tiempo de disuadirle», confiando en que la innumerable cantidad de tentaciones que hallará á su paso, le harán ahogar la conciencia para buscar el provecho. Lo más curioso es que, cuando la inconsecuencia se produce, todos la aplauden como si fuera un acto honroso. Y sin embargo, todos saben que no se trata de «entrar en juicio» ni de «abandonar errores de juventud», sino de (empleando la frase popular y gráfica) dejarse de lirismos y sacar el mejor partido posible de la vida. La tolerancia de los unos y cupidez de los otros, han contribuído á crear ese ambiente de derrota moral. Ya no se preguntan los jóvenes cuál es el mejor camino, sino por donde se llega más pronto. Y es indispensable que la acción tenga otros ideales. Sería aventurado decir que este estado de cosas

cambiaría bruscamente, pero no es posible ocultar que pierde terreno día á día. Si entre las nuevas generaciones abundan todavía los que persisten en la antigua concepción egoísta y utilitaria, hay muchos también que rompen abiertamente con ella, se encastillan en su islote de razón y dedican su actividad á difundir ideas generosas. Y nada contribuye más á la eficacia de esa prédica que el teatro, cuando pone en escena dramas como «*La Poigne*».

UN DÍA EN LA EXPOSICIÓN

Como la Exposición no cabe en un artículo, es indispensable subdividirla; y aún así, no es fácil dar, al cabo de media docena de crónicas, une idea vaga de los tesoros que ofrece. Resulta inútil trazarse programa, imponerse itinerario y distribuir los días; siempre habrá un palacio más hermoso que los otros, una curiosidad más incitante, ó un incidente imprevisto que nos desvíe del camino que nos hemos propuesto seguir, nos interne en un barrio nuevo, y nos abandone al capricho, en medio de la ciudad maravillosa que abre á derecha é izquierda la tentación de sus misterios. Vale más librarse á la casualidad, entrar todos los días por puerta diferente y dejarse llevar por la muchedumbre, fiándolo todo á la fantasía. El ins-

12

tinto popular, que sabe descubrir todos los escondrijos y los recodos, es algo así como la brújula del éxito. Por los caminos en que la gente escasea, sólo se irá á alguna vaga Exposición de conservas alimenticias; por aquellos en que la multitud se hacina, se irá con toda seguridad al *Vieux Paris*, al pabellón de Italia, ó á ese divino Palacio de las Flores, que es la revancha de la naturaleza sobre la fealdad invasora de las máquinas.

Es un monstruoso invernáculo que, recuerda el palacio de Sydenham, muy alto, muy elegante, muy majestuoso, en el que nos sonríen todas las plantas y todas las flores conocidas. Desde la puerta nos ahoga una fragancia inquietante, que hace pensar en la voluptuosa fantasía de aquellos románticos de la segunda mitad del siglo último, que en las novelas y hasta en la vida real se suicidaban con flores, en la atmósfera tibia de los invernáculos. Hoy somos, por fortuna, demasiado siglo XX para aplaudir esas enfermedades del capricho; pero la imaginación, que tiene travesuras inconfesables, se complace en sugerirnos todavía la idea de cerrar las puertas, dejarse caer sobre las almácigas, y emborracharse, enloquecerse y ago-

nizar con los perfumes, hasta quedar inmóvil, con el rostro escondido entre un manojo de nardos.

Nada más extraordinario que esta Exposición de flores, donde todos los matices y todas las variedades están representadas por ejemplares casi perfectos. Para los apasionados de la horticultura, que ven en ella una ciencia y un arte, no hay nada que pueda igualar el encanto de esta sección. Podrán algunos ridiculizar la pasión por las flores. Pero.... si casi todos juzgan razonable que haya gentes dedicadas á coleccionar sellos, pipas ó medallas, ¿por qué no se ha de tolerar que otros se empleen en cultivar y amar las flores, siendo así que ellas simbolizan tan exactamente nuestras pasiones y nuestra vida que, cuando las desgajamos para hacer un ramillete, parece que estuviéramos viviendo? Hay más de una persona que posee gran biblioteca sobre horticultura, y estudia largas horas con el fin de descubrir combinaciones nuevas. Los que dedican un día á buscar un ejemplar raro de anémona, son quizá más razonables que los que lo emplean en perseguir una vieja edición de Racine: porque en buena ley natural, valen más los productos de

la tierra que los del hombre, y es menos ingrato el estudio de las flores que el de los caracteres. *Le Temps* publica de tiempo en tiempo unas « Crónicas de la huerta », que un viejo escritor, reñido con la ciudad, le envía desde una quinta alegre de los alrededores, de Cannes; y nada es más encantador que los sencillos comentarios del misántropo sobre la salud de sus violetas, el aroma de sus jazmines y la ambición de sus plantas trepadoras.

En el Palacio de las Flores se explicarán los indiferentes muchas aberraciones que antes no comprendían. Se ha dicho que Madaleine Lemaire no tiene talento, « porque se limita á pintar flores. » Y es un error lastimoso; porque la incomparable artista ha hecho más que copiarlas: las ha sorprendido en su espíritu y ha exteriorizado el alma que dormía en ellas.

No es posible creer que todos los que entran al Palacio de las Flores comprenden el encanto de esos plantíos de joyas naturales; pero es innegable que la mayoría experimenta una sensación de frescura al descansar los ojos sobre ellos. Es una admiración, en la que coinciden inevitablemente los espíritus más toscos y los más refinados. El obrero de manos callosas,

que arrastra un paso rudo, y la parisiense frágil que se desliza en un crujir de sedas, se detienen con el mismo arrobamiento ante los tallos florecidos: él, porque sorprende un contraste con su persona; ella, porque encuentra una analogía.

El Palacio de les Flores es el gran oasis de la Exposición, con sus alfombras de jacintos y de violetas, de rosas blancas y pensamientos azules. Después de un día pasado entre las máquinas, ó en la Exposiciôn de artillería, es un placer y un descanso venir á respirar vida en esa maravillosa caverna de los perfumes que es el punto de cita de esas otras flores de la creación, que son las mujeres y los niños.

*
* *

El lápiz inteligente de Róbida ha dado nacimiento á una hermosa reconstrucción de algunos barrios del antiguo París de 1400, que sólo conocíamos hasta ahora por viejos dibujos que los enticuarios venden á precios inabordables. Róbida es un gran artista concienzudo, y ha estudiado mucho su obra, antes de ejecutarla.

De ahí que la reconstitución haya resultado exacta y fiel, sin dejar de tener líneas de creación, á causa de la inmensa cantidad de talento que el artista ha tenido que poner en actividad para dar á esos muros su verdadero espíritu.

Los arquitectos, obedeciendo á las indicaciones de Róbida, han impuesto á las construcciones una vetustez increíble. Al ver esas calles estrechas, bordeadas por almacenes de forma anticuada de los que penden letreros llamativos, el traseunte cree estar en pleno reinado de Carlos VII ó Luis XI, en la época brumosa y contradictoria en que Juana de Arco era quemada en la plaza pública y Guttenberg inventaba la imprenta. Todas las originalidades del siglo han sido respetadas. El teatro tiene la forma tosca de corral, que era la característica de las escenas de aquel tiempo ; las tabernas son obscuras, y abren sobre los callejones pequeñas ventanas, veladas por cortinillas rojas ; la iglesia es una nave altísima, que recibe la luz por grandes vidrios de colores, donde resplandecen los santos ; y todo ese rincón del *Vieux Paris* tiene el aspecto, el perfume y el alma de aquella época en que las rivalidades de os Bourguignons con los Armagnacs habían

entregado casi todo el país á la invasión inglesa.

El *Vieux Paris* tiene también su órgano especial, la *Gazette du Vieux Paris*, cuyo primer número, correspondiente á la época galo-romana, nos sorprende impreso en papel apergaminado y escrito en caracteres antiguos. El próximo estará dedicado á la época merovingia. Y será una colección curiosa la de esa *Gazette du Vieux Paris*, que pasará por todas las épocas y hará, en seis meses, el camino de veinte siglos de historia, dándonos en cada número el aspecto característico de un reinado y la fisonomía sucesiva de una ciudad, hasta caer en el gran París moderno y cosmopolita. En el primer número publica Haraucourt, bajo el título de *Lutèce*, algunos versos hermosos:

Les licteurs sont, debout; autour de la paresse
impériale un peuple obséquieux s'empresse;
toques blanches, manteaux rouges, bruns, violets,
les notaires, les ducs, le comte du palais,
l'auditoire, et la mode, et les cubiculaires;
des pages, des menseurs, des hommes consulaires,
vont, viennent, parlant bas, se saluant des yeux,
tandis que Julien Cesar, silencieux,
caressant du regard la brume mauve et blonde,
rêve d'asseoir ici la maîtrise du monde...

Los coleccionistas y los bibliófilos encontrarán en el *Vieux Paris* toda la Francia polvo-

rienta de hace seis siglos. No falta ni el astrólogo, que os predice el porvenir junto al borde del río; ni la risueña maritornes, que va por agua á la fuente; ni la posada feudal, con sus cocinas á la puerta, su huésped apoplético, y su letrero que dice: *Au coq d'argent: ici l'on donne à manger*. No habrá en las calles duelos como los que hicieron ilustre á Cyrano de Bergerac, ni se publicarán bandos, ni se reeditarán las caras que hemos aprendido á admirar en las telas de Holbein; pero podremos viajar en litera, llamar « canalla » á los criados. y enamorarnos de una marquesa de Batignolles, durante una cena en *L'auberge des trois cocus*. Veremos revivir á Tabarín con su teatro de polichinelas; á los estudiantes del *Pré-aux-Clercs*, con sus birretes puntiagudos, como el de Erasmo; y á la muchedumbre de malhechores que, según Rabelais, estacionaba en las cercanías del Pont-Neuf. Habrá memorialistas y alquimistas, mosqueteros y profesores de clavicordio. Los señores atravesarán el Sena en barca, y arrojarán un puñado de oro al villano que lleva los remos; los trovadores rimarán rondeles; los ancianos de peluca empolvada reñirán con el oficial mozalvete que hace sonar el espadín ;

y las doncellas se alejarán con sus dueñas, y entrarán á las capillas, para oir autos sacramentales. Todo cuanto puede hacer resurgir el capricho de las reminiscencias, encontrará su cuadro en el *Vieux Paris.*

*
* *

Otra de las *atractions* es, indudablemente, el *Village Suisse*, que está fuera del recinto de la Exposición y ocupa un área enorme. En un pequeño valle, á la sombra de montañas altísimas, sobre las que se escalonan viviendas de colores claros, se extiende, entrecortada por un arroyo que deja ver los guijarros bajo el agua, una verdadera aldea suíza, donde se encuentra todo el encanto de los alrededores de Zurich.

Aquella vida fácil y amable, que hace de cada cantón un pequeño mundo limitado que basta á la ambición de sus habitantes, ha sido transplantada con toda verdad, é instalada en pleno París sin alteración de ningún género. No falta nada.

Las vacas mansas y enormes que lamen la

mano que las ordeña, pacen en la vaquería, donde las sirvientas coloradotas pasean sus cofias blancas, llevando y trayendo vasos llenos de espuma. A la sombra del emparrado, junto á la granja que ríe con sus techos de paja amarilla, están los arreos de los caballos, la carreta cargada de hortalizas y las caras francas de los campesinos. Aquí, el puente tosco, hecho con troncos de árboles, por donde pasa la lugareña, con su traje de colores vivos y su gran sombrero de paja, llevando un mazo de flores ó un cubo de leche para fabricar el queso fresco. Allá, la pequeña iglesia protestante, con sus ventanas altas y su torre puntiaguda, edificada en medio de un jardín, con cierta coquetería de mujer enamorada de un Dios chiquito. Más lejos, el restaurant, con su piso muy limpio, sin alfombra, sus mesas blanquísimas, y su derroche de manteca, huevos y pan fresco. A la derecha, la casa de los « notables » del pueblo, con ventanas más anchas, cortinillas verdes en los vidrios y una escalera empinada para subir hasta la puerta. A la izquierda, la *brasserie*, en un subsuelo obscuro; el tiro al blanco, en un recodo; y el relojero en una encrucijada. Por todas partes la misma vida fácil,

nocente y sin inquietudes que hace de la Suíza un pueblo dormido y dócil. Los caminos son tortuosos y trazados al capricho; las casas originales y alegres; las gentes afables y risueñas. Y en las calles, en los jardines, en las ventanas y junto al río, hay niños, muchos niños, en pelotones y racimos de vidas futuras, que maduran al sol.

Sin la torre Eiffel, que aparece detrás de las montañas, para recordarnos que estamos en París la aldea suíza sería una realidad para muchos. Hasta las caravana de ingleses, que pasan infatigables, en su tarea de catalogar recuerdos, contribuyen á darle un gran color realista.

TRES HOMBRES

I. — Waldeck-Rousseau

M. Waldeck-Rousseau es un hombre robusto, reposado y sóbrio, muy sereno en la Cámara, muy hábil en su gabinete, y muy afable en la calle. Su temperamento es inquieto y vivaz, pero la voluntad domina los nervios. Su elocuencia tiene tres cualidades espartanas: la calmo, la firmeza y el laconismo. Posee en alto grado la ciencia de conciliar las voluntades y crear «terrenos neutros» donde todos pueden entenderse. La cualidad dominante es la energía. Tiene una manera tan resuelta de aceptar el combate, que sus adversarios se desaniman y acaban por atacarle sin convicción, como si de antemano supieran que deben ser vencidos

Cuando escala la tribuna, y se levanta ante a Cámara con un gesto frío y seguro, parece que lleva una determinación tan arraigada, tan fija, que la derrota ó el triunfo se le aparecen como cosas secundarias. Todo el hombre respira «la seguridad de tener razón». Tiene confianza en sus argumentos y en la eficacia de la tesis que defiende. Cuando le apuran, se cruza de brazos.

El voto del Parlamento le ha sido siempre favorable hasta ahora. Ese hombre glacial y sólido, que habla con cierta monotonía de pastor protestante, es un robusto domador de oposiciones. Nada iguala la audacia tranquila con que ha corregido vicios y costumbres que nadie se atrevía á tocar. El ejército, cuya actitud agresiva para la libertad era un peligro, ha sido reducido al silencio con una docena de miradas enérgicas. El clero, cuya propaganda minaba las instituciones, se ha visto obligado á mantenerse en los límites de su misión. La república ha salido ilesa del conflicto. Y M. Waldeck-Rousseau sigue imponiendo sus reformas, con esa energía serena que es la distintiva de su carácter.

Dada la situación actual de Francia, se puede decir que la oposición está en el Gobierno y

el Gobierno en la oposición. Es uno de esos casos excepcionales en que los partidos avanzados se legalizan en el mando, y los partidos conservadores se hacen subversivos en la resistencia. Ha ocurrido esta vez lo que hace un siglo, cuando Luis XVI formó su *ministerio girondino* y la revolución se instaló en el poder, mientras los realistas, los reaccionarios, los que se consideraban todavía como único gobierno legal, tuvieron que resignarse al papel de conspiradores. Pero M. Waldeck-Rousseau lleva con cierta cortedad su traje de jacobino. Pertenece á esa fracción liberal de la burguesía, que conserva las tradiciones de 1789, pero que se limita á defender la *igualdad nominal* que se llama república, rechazando la *igualdad material* de los colectivistas. Sin embargo, y á pesar de sus timideces, la obra de M. Waldeck-Rousseau es altamente meritoria. Gracias á él se ha abierto una nueva era, en la que la Francia reanuda el empuje generoso que la ha enaltecido siempre. Cuando todas las fuerzas del pasado pugnaban por retrogradar, un hombre las ha contenido. Y no contento con defender las libertades alcanzadas, las ha ampliado.

El actual presidente del Consejo, es una figu-

ra austera por el estilo de M. Ferry. Quizá es un Carnot, con talento. No tiene el gesto ancho y elocuente de Gambetta, pero gana en intensidad lo que pierde en esplendidez. Si es fuerza compararle á alguno de los hombres de nuestro país, diremos que tiene mucho parecido con el doctor Pellegrini. Pero la distancia y la diferencia del medio hacen que estas comparaciones sean poco aproximativas. Es reservado y tenaz, inflexible y previsor. No vive al día, como otros políticos. Ha hecho su cuadro de posibilidades, ha imaginado lo que puede ocurrir, y conoce, con seis meses de anticipación, los terrenos en que debe librar la batalla.

En el fondo, M. Waldeck-Rousseau es un optimista. Corre sobre él una anécdota muy conceptuosa. En tiempo en que la mayoría nacionalista del Concejo Municipal se ensañaba personalmente contra él, un amigo creyó juicioso aconsejarle la prudencia:

— Más valiera, le dijo, hacer concesiones y conquistar por la dulzura; ese Concejo Municipal es un hacha que acabará con el ministro.

—Se equivoca usted, respondió M. Waldeck-Rousseau, porque el ministro es un árbol muy duro, y el hacha se romperá.

II. — Krüger

Las manifestaciones con que Marsella y París han recibido al presidente del Transvaal, han revestido, á pesar de su entusiasmo y su espontaneidad, cierto cerácter sectario. Era una desviación inevitable, puesto que todo está subordinado á las elecciones legislativas. Un partido político trató de acaparar los beneficios del arrebato popular; los otros partidos no se resignaron á desprestigiarse, guardando una actitud correcta; y todos acabaron por utilizar la llegada de Krüger, como un medio de propaganda electoral.

El pueblo francés ha desfilado en masa bajo los balcones del Hotel Scribe. Desde tiempos de Gambetta no se recordaba nada parecido. Pocos hombres han alcanzado una popularidad tan ruidosa. Verdad es que ningún otro se ha visto colocado en la situación excepcional que hace de Krüger un símbolo del odio contra una nación. Krüger es un caso raro. Garibaldi desarrolló una acción igualmente generosa, y mucho más vasta, pero no alcanzó jamás la una-

nimidad de simpatías que ha despertado el presidente boer. Quizá tienen razón los que afirman que, para obtener este *pleno* de aplausos, ha sido necesario que el hombre venga de un país extraño á nuestras querellas y se levante contra el más fuerte de nosotros.

En la lucha del boer contra el inglés, todas las simpatías están por el boer. Pero esta simpatía no supone el entusiasmo exagerado que algunos afectan. Los que razonan, no pueden olvidar que el boer fué también un usurpador cuando se instaló en los territorios del Cafre.

La multitud que ayer aclamaba al presidente del Transvaal, esgrimía razonamientos muy sumarios. Para la mayor parte, todo se reducía á *embêter les anglais*. Apenas si algunos grupos del pueblo abarcaban el conjunto, generalizaban y convertían aquella rebelión de instintos en una demostración contra el coloniaje y las conquistas.

Pero aun esos mismos clarovidentes, extraviaban su acción sobre un derivado. Su indignación pudo ejercitarse más eficazmente la víspera en la Cámara de Diputados, donde se discutía la interpelación sobre las matanzas perpetradas en el Congo por dos oficiales franceses.

Si la pasión tiene aberraciones inconcebibles, la ironía de las cosas se encarga de poner las contradicciones de relieve. Las imponentes manifestaciones contra la barbarie de los conquistadores ingleses, han coincidido con el debate provocado por la barbarie de los conquistadores franceses. Razonemos sin preferencias. ¿Qué autoridad puede tener un pueblo para reprochar á otro los excesos que él mismo ha cometido?

Las masas tienen un criterio infantil, que les hace suponer que las cosas son justas ó injus tas según le son ó no favorables. Todos los atropellos no le inspiran la misma reprobación. El Transvaal no es el único país que ha perdido su libertad en estos últimos años. ¿Por qué no ha manifestado Francia los mismos sentimientos generosos cuando los Estados Unidos se apoderaron de Cuba? ¿Porqué no se ha apasionado por los filipinos, que han opuesto la misma resistencia que los boers, y con más éxito hasta ahora?

Dejemos que los europeos utilicen estos acontecimientos para sus fines de política internacional y renunciemos á vivir de agitaciones extrañas á nuestro medio. Tengamos vida propia. Nuestro héroe, (ya que en estos momentos pa-

rece indispensable tener un héroe) debe ser Aguinaldo. Su obra nos interesa particularmente, porque es nuestra historia que resurge.

Es innegable que Krüger merece todas las simpatías. Pero no es juicioso apasionarse por él y adoptar sus odios. La Inglaterra ha procedido esta vez lo mismo que Francia, España ó Italia en parecidos casos. Lo propio, sería reconcentrar todas las indignaciones sobre el verdadero culpable : *la guerra*. Todos los débiles y todos los vencidos merecen la misma admiración, y no sería justo localizar nuestros sentimientos generosos en un solo país ó en una sola persona. Los atropellos del Transvaal no pueden hacernos olvidar los atropellos de China, de Filipinas y de Cuba. Apiadarse por el primero, y olvidar á los otros, sería ponerse al servicio de pasiones censurables. El verdadero enemigo, que todos debemos aborrecer, no es la nación X ó Z, sino el sistema de conquista que todas emplean sucesivamente.

III. — Aguinaldo.

Los diarios de París que han llenado largas columnas con detalles sobre la intimidad de los nietos de Krüger, tienen apenas cuatro líneas indiferentes para el heroico caudillo filipino. Sin embargo, esos dos hombres han sido igualmente el brazo de dos pueblos. Ambos han luchado sin tregua contra el invasor. Y si hay uno más desgraciado, y por lo tanto más digno de simpatía, no es el que peregrina por las cortes de Europa, sino el que ha caído prisionero.

Aguinaldo ha sido en la guerra uno de esos actores geniales que realizan prodigios y asombran á su público, pero que no obtienen el aplauso que merecen, ni alcanzan la notoriedad que les corresponde, porque se hallan confinados en una pequeña ciudad de provincia, lejos de la fama y sus trompeteros oficiales. Krüger estaba también muy distante, pero tuvo la buena suerte de actuar en pleno teatro de los intereses europeos. No intentamos establecer una comparación entre dos hombres igualmente ilustres, que han tenido un destino muy diferente. Krüger ha encontrado un hogar amigo

en la corte de la reina de Holanda, donde vive libre y adulado, librándose á combinaciones de política internacional; Aguinaldo ha caído en poder de sus enemigos, y está quizá actualmente en un calabozo, con un libro de Silvio Pellico sobre las rodillas, meditando sobre su destino de esclavo. La suerte es una loca impulsiva.

Pero ese general de treinta y cinco años, que se erige en salvador de un pueblo, y sin armas, sin recursos, sin auxiliares, desencadena una guerra desigual, primero contra una nación, después contra otra, con el único fin de dar la libertad á los suyos, frío, obstinado, derrochando la audacia y el vigor, la prudencia y la generosidad, es una figura que merece ser colocada muy cerca de Bolívar y San Martín, porque el mismo esfuerzo, debe merecernos la misma estimación, sea ó no coronado por el triunfo.

Aguinaldo ha sido un héroe desgraciado. Las agencias noticiosas de Nueva York le cantarán ahora un rápido responso, y el ogro yanki plantará en Filipinas su bandera y su ley de Lynch, entre el ruido de los zapatos gruesos de sus soldados. Pero una sacudida más fuerte se producirá en el corazón del prisionero. El general asistirá á la agonía de su ilusión, y escuchará

llorando las imprecaciones de sus soldados. El patriota adivinará el porvenir de su tierra, librada al insulto y á la rapacidad del intruso. El hombre, medirá la importancia de su desastre, al pasar de la dictadura á la servidumbre, de la meta al abismo. Y es seguro que se restregará los ojos, con las manos húmedas todavía de lágrimas, para ver si aquello no es un sueño, y si efectivamente todo ha concluído.

Pero algo inmaterial debe decirle en voz baja que su recuerdo no morirá, y que su pueblo no está condenado para siempre. Otros realizarán quizá lo que él no pudo. Y en la raya de sol que entra por la rendija de la puerta y se alarga como un cetro sobre las baldosas, el prisionero encontrará una visión del futuro. La libertad tiene eclipses, como el sol, pero nunca muere.

Nadie puede impedir el triunfo del bien ; sólo es posible aplazarlo. Los invasores de hoy lograrán dominar el archipiélago al abrigo de sus cañones, pero no conseguirán impedir que un violento deseo de independencia siga fermentando en las almas. Y cuando se produzca un nuevo estallido, y las ciudades se subleven, los campesinos salgan de sus chozas, la espe-

ranza reviva, el grito cunda y los campos se ncendien otra vez, sobre la confusión y el clamoreo de los que quieren ser libres, flotará el recuerdo de Aguinaldo como una bandera.

Los telegramas dicen que el jefe filipino ha sido víctima de la traición de uno de los suyos. La historia se encargará de castigar al culpable. Pero el patriota tagalo está acostumbrado á luchar con los perjuros. Primo de Rivera le hizo una vez deponer las armas mediante promesas que no cumplió. Dewey le ofreció más tarde una libertad que le negó después. La vida es una traición permanente; y tanto más grande es el talento, tanto mayor es la hostilidad que provoca. Los grandes hombres como Aguinaldo se acumulan con odios.

LA CRÓNICA DE UN DÍA

Parisienses y extranjeros. — Un barco argentino en España. — Un discurso del Sr. Deschanel. — Una huelga. — « Les petites ouvrières ». — El incendio del Teatro Francés.

El parisiense aborrece las Exposiciones, porque le desalojan de su centro y de su mundo. Sabe que los extranjeros invadirán la ciudad, se posesionarán del bulevar y de los cafés, tomarán por asalto los hoteles y los teatros, y harán del París intelectual y elegante una sala de mesón, donde todo está permitido. A la sutileza y *savoir vivre* del pueblo francés, se mezclará la espesa risa alemana, la imprecación española, la grosería inglesa, la gesticulación italiana y el rastacuerismo sudamericano. Por eso es que el habitante de París, en la imposibilidad de luchar contra esa invasión, acepta casi siempre las fiestas como un castigo, y se retira hasta

que la ola pasa, la Exposición cierra sus puertas y París vuelve á tomar su fisonomía habitual.

Tiene razón. El extranjero que viene á París se instala en él como en casa propia. Bajo pretexto de que paga su dinero, se cree autorizado á todo; ha venidó á divertirse y lo demás le importa poco. Y esa concepción simplista, que le hace confundir una ciudad con una casa de comercio dudoso, le arrastra á aberraciones infantiles. Cualquier cuidador de puercos de Chicago se cree autorizado á abrir juicio sobre la población y á dictaminar, desde lo alto de su nacionalidad, sobre los vicios que deben corregirse. La vanidad le hace suponer que se ha dado cuenta de París en una semana. Aunque sólo conoce las veladas del café Americano, se jacta de estar al cabo del estado actual de la sociedad francesa. Esa precipitación inaudita en el juicio, y esa cómoda manera de simplificar, le hacen caer, naturalmente, en errores lastimosos. Porque un criado ha infringido una consigna mediante un luis, supone que todos los habitantes son venales; y porque una *raccoleuse* le detiene en mitad de la calle, concluye que no hay una sola mujer honrada. El carácter francés es

más dúctil, más perfeccionado, más capaz de percibir las medias tintas y la diversidad de aspectos, y no siempre puede forzar una sonrisa ante esa irritante manera de resolverlo todo en dos minutos. La vida de París es tan complicada, que sólo la ignorancia puede pretender juzgarla en bloque. A pesar de eso, el extranjero que ha recorrido dos veces el bulevar, no resiste á la tentación de abrir juicio sobre la ciudad inmensa. Librado al orgullo nacional, compara á París con el terruño (Munich, Sucre ó Filadelfia); resuelve la superioridad de su país y se desata proclamando supremacías y vomitando afirmaciones decisivas que nadie ha controlado.

No es posible suponer que toda la vida de París se detiene durante los seis meses de la Exposición, y que toda la actividad se reconcentra en el recinto de la feria. Las Universidades siguen funcionando, las sociedades científicas no cesan de estudiar y resolver problemas vitales, las bibliotecas están abiertas, las revistas discuten asuntos de arte, en los ministerios se trabaja como siempre, la Sorbona no cesa sus conferencias, los obreros madrugan como de costumbre y París es el mismo de todos los

días, con la diferencia de que alberga dos millones más de ociosos.

Pero toda esa vida de labor se siente molestada por la presencia de tanta vida inútil. Cierto es que las gentes que vienen para la Exposición evolucionan en un radio determinado limitado por la calle de Provence al Norte, el bulevar Saint-Germain al Sur el faubourg Poissonnière al Este y al Oeste el Arco del Triunfo. De modo que, para el parisiense que quiere estar al abrigo de impertinentes, todo se reduce á saltar la barrera. En los barrios ex céntricos, en Batignolles, ó en Montparnasse, en Montmartre ó en Reuilly, hay rincones exquisitos de soledad y de aislamiento, donde muchos se han refugiado durante las Exposiciones anteriores, abandonando así el centro de la ciudad á las caravanas de extranjeros que corren los bulevares cogidos de la mano para no perderse.

Casi puede decirse que sólo queda en los alrededores de la plaza de la Opera el francés obsequioso y envolvente que os recomienda su sombrerero, su sastre y su peluquero, que os lleva al teafro con billetes de favor, os presenta una docena de *demi-mondaines*, y acaba por

arrinconaros en la terraza de un café para exigir un préstamo de 5.000 francos. Junto á él está la aventurera de ojos pintados y sonrisa misteriosa, que se remanga la falda para mostrar la enagua de encaje, se enfada con el camarero por una torpeza imaginaria, y os ofrece hospitalidad en un entresuelo de la calle de Moscou, para beber una copa de champaña de veinte luises. Ese es el París moral que percibe, á primera vista, el recién llegado. Todo cuanto la gran ciudad tiene de noble, de grande y de hermoso, está casi invisible.



No son pocos los españoles que han criticado el entusiasmo con que las autoridades de Barcelona y Madrid recibieron á los marinos de la fragata argentina *Presidente Sarmiento.* Y lo más extraordinario es que esa minoría, lejos de ser hostil á nuestro país, es la que más nos aplaude, y tal vez la que mejor puede comprendernos. Pero hay en todo esto una cuestión de aparante lógica.

La circunspección que han afectado los liberales, los republicanos y, sobre todo, los catalanistas, se explica fácilmente, si consideramos las cosas como deben considerarse; es decir, más desde el punto de vista de las ideas, que desde el punto de las nacionalidades.

Hay dos Españas: la *Antigua*, que perpetúa la tradición de los reyes católicos, y vive todavía en el siglo XVIII; y la *Moderna*, llena de vigores y savia regeneradora. La primera, que despierta el recuerdo de pasadas luchas y viejas aberraciones, nos es, naturalmente, menos simpática que la segunda, que tiene nuestro mismo espíritu y aspira como nosotros á la verdad y á la luz. Esas dos naciones delimitadas dentro de la nación, están en guerra constante, y aprovechan el menor pretexto para reanudar sus luchas. Son dos campos completamente separados, dos mentalidades absolutamente diferentes, que difícilmente podrán fundirse en una fórmula común. Por eso, á través de la oratoria ampulosa de uno y otro bando, se ha traslucido siempre una inmensa disparidad de ideas. La cortesía y la diplomacia hacían imposibles para suavizar las asperezas que brotaban á la vuelta de cada pensamiento. Bastaba

el anuncio de un *banquete de vigilia*, para sublevar á los librepensadores; bastaba el *coro de Segadors* de la plaza San Jaime, para sacar de quicio á los moderados. Y como los huéspedes argentinos se veían naturalmente en la obligación de dedicar todas sus sonrisas á la España oficial, de ahí el enfriamiento con la otra. Los diarios de Cataluña y de Vizcaya lo han dicho abiertamente.

Por otra parte, todos convienen en que las fiestas han sido espléndidas, los agasajos amistosisimos y el entusiasmo universal; pero la fraternidad sincera de ambas naciones se ha visto obligada á localizarse en frases sencillas de bienvenida y compañerismo, porque, de haber salvado ese límite, se habrían condenado á no estar de acuerdo. Según la opinión catalana ó vizcaína, es inverosímil que una república liberal y democrática hable seriamente de «comunidad de ideas» con la monarquía española que tolera un Monjuich. No nos corresponde averiguar si la opinión avanzada de España tiene ó no razón al manifestar esos sentimientos. Las dos Españas de que hemos hablado estuvieron de acuerdo para recibir á los argentinos con cariñosa esplendidez; pero cada

una trató de apropiarse en cierto modo la visita, interpretándola según sus opiniones. Para unos, era la visita del hijo á la madre, y el simple abrazo de dos pueblos del mismo orígen que tienen un mismo pasado y una misma religión; para otros, era la «prueba» de que las naciones sin prejuicios, emancipadas y «modernas», se desarrollan con portentosa rapidez, y de que la libertad es el mejor abono para cosechar progreso. Estas dos interpretaciones de un mismo hecho, agitadas en discusiones y artículos, se fueron separando, robusteciendo y agigantando, hasta hacerse irreconciliables. Tengo á la vista un diario de Barcelona, que afirma que el barco argentino sólo debió detenerse á tomar carbón, «para no aprobar con su presencia el actual estado de cosas». En cambio un diario de Madrid, exagerando también su doctrina, asegura que la reina debió negarse á recibir á los antiguos insurrectos, porque teniendo ellos una misma historia, no es razonable combatirlos en la Habana y estrecharles la mano en Buenos Aires.

No han faltado, naturalmente, periódicos reposados que den al asunto su verdadera fisonomía, pero aun estos mismos han caído en más

de un error. A pesar de todo, la estadía de la *Sarmiento* en los puertos españoles y el viaje de su comandante á Madrid, ha dado lugar á manifestaciones inolvidables. La hospitalidad española, es la hospitalidad por excelencia. Y esta vez ha tenido tan hermosas espontaneidades, tan sabios olvidos y tan halagüeñas promesas, que ha conseguido atar en una amistad fraternal y duradera á los que aún conservaban el amargor de antiguas luchas.



El presidente de la Cámara de Diputados Francesa es uno de esos *beaux esprits Luis XV* que, incapaces de resignarse al ostracismo, se han plegado á la república y se han instalado dentro de ella con todo su bagaje de ideas elegantes y toda su filosofía de peluca empolvada. Son una contradicción y una anomalía dentro del régimen actual; pero todos los toleran, porque no es posible hacer otra cosa. Aceptan la parte material y palpable de la doctrina republicana, y nadie puede pedirles cuenta de si en su fuero interno la aristocratizan, hasta con-

vertirla en una pastoral de Trianón, ó en una intriga de Versalles. El señor Deschanel es jóven, tiene un sillón en la Academia y otro en la presidencia de la Cámara, los salones se lo disputan, la gloria le sonríe, y no es de extrañar que el incienso le ofusque á veces, hasta hacerle suponer que la república debe ser lo menos republicana posible. Sus ideas no pueden nivelarse al contacto de las multitudes, porque no frecuenta las asambleas populares. No basta que, algunos meses antes de la elección, vaya á su departamento, y pronuncie tres discursos ante un grupo de pobres agricultores asombrados, cuyo único ideal es obtener la exoneración del pago de ciertos impuestos. De todos modos, y aun en medio del pueblo, el *faubourg* Saint-Germain y el *faubourg* Saint-Honoré (quizá más peligroso) acaparan la atención del elegante *arriviste*, á quien se predice ya la presidencia de la república.

En su reciente discurso pronunciado en Chartres, ha dicho lo que todos suponían que diría. Deschanel no es uno de esos espíritus bruscos y desiguales que se complacen en sorprendernos con declaraciones imprevistas. Por el contrario todo en él es fluido, meditado y ló

gico, hasta el punto de que ha realizado el imposible de ser el mismo hombre desde el principio de su vida política. Las declaraciones esperadas se han reducido á proclamar la fe en el porvenir del país, y á afirmar que Francia posee el primer cañón y el primer fusil del mundo. Esta última aserción ha sido muy discutida. No ha faltado quien murmure que asegurar la excelencia de un arma de guerra que sólo ha sido ensayada en los campos de tiro, es una imprudencia lamentable; porque el arma puede ser perfecta en teoría, y presentar en la práctica inconvenientes imprevistos. Al final de su discurso colocó, naturalmente, la estrofa obligada contra Inglaterra. Es una moda á la que todos pagan hoy su tributo.

La elocuencia de Deschanel es demasiado académica para entusiasmar á las masas. Sin embargo, el medio millar de campesinos reunidos en el banquete de Nogent-le-Rotrou aplaudió frenéticamente una de sus frases. ¿Por qué? Porque el presidente de la Cámara olvidó por un instante que era político, y fué humano. Eso bastó para que la multitud le comprendiese. De tal modo todos los corazones están hechos para vibrar al unísono, que basta que un *esprit fort*,

se despoje un minuto de su estudiada *mise en scène*, para que exprese sentimientos capaces de hallar eco en simples y modestos labradores.

La gran frase del discurso de Deschanel fué la siguiente: «Desde que un hombre comienza á subir y á elevarse por su esfuerzo, por su trabajo y por su inteligencia, parece que aquí, como en la Grecia de otros tiempos, se convirtiese en el enemigo que es necesario derribar y deshonrar. Tan pronto es Gambetta acusado de devorar la riqueza del pueblo y de comprar yuntas de caballos de 30.000 francos, como Jules Ferry, acusado, él también, de enriquecerse con las pepitas de oro del Tonkín.» Y eso es porque «desde que hay democracias en el mundo, las democracias han sufrido de ese mal, de esa gangrena de los corazones, que se llama *envidia.* »

Son frases que pueden aplicarse á todos los tiempos, todos los pueblos y todas las situaciones. El académico Deschanel no ha dicho nada nuevo en ese párrafo. Pero la muchedumbre no oye verdades todos los días, y así que oye una, aprovecha la ocasión para aplaudirla Además, esas palabras en boca de un triunfador, descubrían todo un pasado de luchas te-

rribles. Los paisanos comprendieron que ese hombre grave, que hablaba con gestos mesurados, y de quién todos esperaban algo, porque era el que lo podía todo, había tenido, y tenía, sus guerras, sus disputas y sus rivalidades, allá, en el séptimo cielo de la gloria y del mando, como ellos las tenían en esa aldea donde morirían sin nombre. No bastaba entonces ser poderoso é inteligente para ser feliz. El diputado Deschanel hacía alcaldes y prefectos, distribuía prebendas, conseguía pensiones... y á pesar de eso, había otros tan fuertes como él, que le combatían y le amargaban la victoria. Y como ese hecho exteriorizaba un sentimiento que todos llevaban dentro de sí, sin poder expresarlo, las manos aplaudieron, la aclamación estalló, y, ante aquellas palabras que evocaban mundos interiores, todos se sintieron hermanos, en la inmensa solidaridad del dolor.

* * *

París simpatiza con todas las huelgas, más por espíritu *frondeur* y bullanguero, que por convicción. La frase es clásica: *Il faut embêter*

le gouvernement. Pero esta vez la simpatía ha salvado los límites habituales. Toda la ciudad se interesa realmente en el litigio de esos pobres mineros de Carmaux con ese orgulloso marqués de Solanges. El director de la Compañía no admite que sus subordinados puedan discutir el jornal. Exige de ellos una sumisión completa. Eso bastaría para levantar contra él la opinión universal. Pero hay más. El marqués de Solanges exige que todos sus obreros sean católicos. Los desgraciados que envían sus hijos á las escuelas láicas, se ven obligados, indirectamente, á abandonar la mina. Aparte de lo que pueda argumentarse sobre libertad de conciencia, es necesario confesar que el noble señor ha descubierto una manera inédita de convencer y hacer prosélitos.

Las reivindicaciones de los obreros son tan simples, que pudieran parecer infantiles. Piden que los que trabajan á la intemperie sean empleados en otras labores durante los días de lluvia. Que los ascensos sean concedidos por antigüedad y no por favoritismo. Que el jornal les permita alimentarse. Y, por último, que se les conceda *quince minutos* para almorzar, á las doce del día. Cansados de devorar su men-

drugo sin dejar de trabajar, se atreven á pedir *quince minutos* para comer. El marqués de Solanges encuentra que es excesivo.

De manera que desde hace algunas semanas está de fiesta Carmaux; una fiesta sombría, en la que las canciones esconden lágrimas y el entusiasmo oculta la avidez de los estómagos. Los miserables recorren las calles, clamoreando estrofas y levantando banderas. Son tropeles confusos de mujeres, niños, ancianos y hombres vigorosos que han desertado el agujero negro de la mina, para salir al sol y reclamar lo más indispensable para seguir viviendo. No son exigentes. Pobres bestias de trabajo, no codician, en sus sueños de porvenir, ni la mesa llena de manjares, ni la carroza del marqués. Sólo piden un pan más grande.

Podrán discutirse las exigencias de muchos huelguistas, pero fuerza es convenir en que hay algo que impresiona en ese simple ademán del trabajador que se cruza de brazos, y, con la sola fuerza de su abstención, suspende la vida de una fábrica, de una ciudad, de una comarca entera. Esa máquina vestida de harapos, prueba así que todo depende de ella, que la suerte del mundo está en sus manos.

No sería juicioso predecir el resultado de esta huelga, la más larga y accidentada quizá entre las recientes; pero no es aventurado suponer que si el marqués de Solanges persiste en su actitud, no hay arreglo posible. Los obreros han renunciado á gran parte de sus reclamaciones, en la esperanza de una solución conciliatoria. Hasta han propuesto el arbitraje del Presidente del Consejo de Ministros. Pero el marqués de Solanges no quiere escucharles, y se encastilla en su orgullo, con la esperanza de que el hambre será más fuerte que todo, y les hará volver al trabajo, sin condiciones. La lucha será larga. París y las grandes ciudades se han conmovido. Las conferencias y las representaciones teatrales en favor de los huelguistas de Carmaux se multiplican. Las listas de subscripción se cubren de donativos. Y la resistencia se organiza de una manera sólida. Ningún espectáculo más hermoso que el que nos ofrecen ahora gentes de todos los partidos, de todas las religiones y de todas las clases sociales, fraternizando en un mismo sentimiento generoso para ayudar á los que sufren.

* * *

A propósito de la interpelación de un diputado, los cronistas han escrito, en estos últimos días, muchas largas columnas sobre la *petite ouvrière*. Es un tema muy simpático, sobre todo si se le ataca desde el punto de vista pintoresco. Esas inmensas colmenas de la calle de la Paix, con su innumerable cantidad de manos blancas que hacen maravillas con la aguja, merecen ser descritas y glosadas en largos artículos que los desocupados leerán siempre con placer. Es una decoración Wateau, muy propia para ensayar frases caprichosas y crujientes como la seda. Hasta es un pretexto excelente para hacer literatura... Pero si se considera á las *petites ouvrières* desde el punto de vista de sus medios de vida, todo el amable panorama desaparece, para dar lugar á una tristeza infinita ante el porvenir fatal que las aguarda. Esas muñequitas elegantes, que encuentran medio de embellecerse con una cinta vieja, que trabajan once horas al día manipulando telas de diez luises, y que nos encantan en la calle con su andar gracioso, sus carcajadas de pájaros libres, y su mirada maligna, ganan tan poco dinero con su oficio, que se ven obligadas á pedir al amante lo que el taller no puede darlas. La mayoría

de los que han escrito sobre ellas, se han limitado á describir el tradicional espectáculo de la salida del taller ó del almuerzo en el restaurant; son pocos los que se han detenido, como Serge Basset en el *Matin*, á hacer el presupuesto mínimun de los gastos anuales y á compararlo con la suma del jornal.

Sin caer en sentimentalismos ridículos, se puede afirmar que si la obrera rueda tan á menudo de amante en amante hasta la desgracia, es debido, más que á sus instintos de lujo ó á su curiosidad de niña traviesa, á la imperiosa necesidad de buscar una ayuda para seguir viviendo. Son cosas que podrán parecer inverosímiles en nuestros países jóvenes, donde las costumbres son más primitivas y más cándidamente generosas; pero es un hecho que en Francia, Alemania é Inglaterra, para no citar más que las tres grandes naciones europeas, las necesidades son tan premiosas, y los recursos tan escasos, que los padres se ven obligados á exigir que los hijos subvengan por sí solos á sus necesidades. El lazo de la familia se desata. La obrera que se ve obligada á ganar su vida, ha conquistado, por el hecho de bastarse á sí misma, su completa autonomía individual.

La autoridad paternal desaparece. Una chicuela de dieciseis años vive sola, come en el restaurant, tiene amigos y amigas, y no da cuenta á nadie de sus acciones. Esto es excelente, en cierto modo. Con ello se fortalece la voluntad y se desenvuelve el carácter. Hay muchas que, por ese medio, han realizado vidas felices, despojándose de toda ambición, librándose á las corrientes naturales, y perpetuando ese tipo encantador de la griseta que sólo ama el amor, las citas en los bosques y las fresas rojas. Pero desgraciadamente, la mayoría cae en la venalidad. Los escaparates las acechan con la tentación de sus joyas y sus vestidos, los tentadores las persiguen con sus palabras y sus promesas; y la buhardilla en que duermen es tan fría, la comida que las espera es tan escasa, el trabajo en que agonizan es tan duro, que difícilmente resisten á la tentación de trocar una docena de besos por un billete azul. Otras contraen deudas durante una enfermedad, y se ven obligadas á quemarlo todo para salir del apuro. Otras, las menos, sucumben al amor, son engañadas y siguen rodando. Pero todas son encantadoras, en su felicidad ó en su desgracia, porque simbolizan el espíritu parisiense, despreocupado,

abierto y resignado á la vida. ¡ Pobres almas de veinte años, abandonadas en medio de una ciudad enorme que las acecha para devorarlas! Es tanta la desproporción entre la resistencia que pueden oponer y el ataque universal de que son objeto, que aun cuando caen y se deshojan, parecen resplandecer con una aureola de martirio.

Los comentarios sobre el incendio del Teatro Francés acaparan, desde ayer, todas las conversaciones. Los diarios no hablan de otra cosa. Y, como es de práctica, cada cual trata de establecer responsabilidades y formular reproches. Siempre se ha notado que al día siguiente de un desastre, todos manifiestan un celo tardío y se acusan entre sí de negligencia. Cada ciudadano asegura que lo había previsto, que era inevitable, que no podía tardar; y, sin embargo, si rememoramos la vida de ayer, nos convencemos de que nadie pensó en ello hasta el día siguiente de la catástrofe. Son debilidades humanas, que nos hacen sonreir, pero que

no son por eso menos peligrosas. De ellas nace ese deseo universal de descubrir un culpable, cargarlo con la suma de las faltas cometidas por la colectividad y vengar sobre él la desgracia que nos aflige. El alma de las multitudes es tan confusa y tan rudimentaria, que todas sus sensaciones se traducen en un empuje *contra* algo. No se detienen á averiguar ni á medir la responsabilidad de la víctima, y creen aliviar su dolor haciendo daño. De ahí el odio del padre contra el médico, así que el niño muere. Hasta los sepultureros y los lacayos de coche fúnebre disfrutan de nuestra malquerencia y nuestro desprecio, porque les asociamos, en cierto modo, á la causa que nos enluta. Y, sin embargo, esas pobres gentes nos evitan el dolor de cargar con el féretro, coger la pala y abrir nosotros mismos la sepultura.

Pero, aparte de la cuestión, tan secundaria, de saber quién debe ser la víctima expiatoria, el incendio del Teatro Francés ha despertado otras inquietudes. La primer compañía francesa, la encargada de mostrar al extranjero el genio dramático de la raza, se encuentra, dos meses antes de la Exposición, sin teatro. La reconstrucción está decidida, pero una obra de

esa magnitud exige tiempo. Unos proponen que se le ceda la Opera durante algunos meses, hasta que vuelva á tener teatro propio; Catulle Mendès opina que debe instalarse en el Odeón. Seguramente se seguirá el consejo de este último.

Lo que verdaderamente espanta y entristece más que nada, es la suerte de esa pobre mademoiselle Henriot, que se vestía en su camarín para tomar parte en la representación del *Bajazet*, de Racine, cuando las llamas la envolvieron y, en un abrazo fúnebre, la ahogaron. Hay algo de profundamente dramático en esa muerte inopinada de una actriz que ha simulado tantas muertes. En la *Morgue*, de donde vengo, yace el cuerpo carbonizado de esa parisiense exquisita, que unía á su hermosa juventud, un fino talento y una elegancia encantadora. En sus ojos entreabiertos, parece ondear todavía la demencia del miedo.

EL TEATRO ARGENTINO EN EUROPA

Los diarios europeos se ocupan á menudo de nuestro país, pero muy pocas veces demuestran conocer á fondo nuestros asuntos. Las naciones de la América del Sur siguen siendo para ellos un puñado de comarcas fabulosas é imprecisas, que producen mucho trigo y se divierten en jugar á la guerra civil. Los pocos cronistas concienzudos, que, como M. Rouvier, del *Temps*, se toman el trabajo de consultar algunos libros, se contentan con los relatos extravagantes de improbables viajeros que han visitado esas repúblicas antes del año 70. Las leyendas más absurdas circulan aún sobre nuestras costumbres. Un escritor parisiense, decía hace pocos días hablando de un desgraciado: « se suicidó, porque no le quedaba más

recurso que pedir limosna ó embarcarse en Marsella para hacerse nombrar general en alguna república sud-americana. » Hasta los escritores de cierto reposo, como el conde de la Vaulx, que hacen un viaje auténtico, y escriben un libro apreciable, ceden á esa debilidad del amor propio que les obliga á fingirse superioridades, peligros y aventuras que son fabulosas é irrealizables en Sud América.

Los diarios especulan con la sombra que nos envuelve, á pesar nuestro. Hoy refieren la historia de un rey patagón que se pasea por París distribuyendo distinciones honoríficas á los transeuntes; mañana lanzan un *canard* sobre el hombre de tres metros de estatura, y pasado nos caricaturizan en un croquis de ópera comica, con media docena de soldados desiguales, que evolucionan sin orden, al mando de un general analfabeto. Aunque descontemos en estos casos la malicia y la *blague* parisiense que hace con los hombres y las costumbres lo que aquí llaman un *jeu de massacre*, siempre queda un fondo de error involuntario, debido á la ignorancia en que casi todos están de nuestra verdadera situación. También es verdad que, aparte de lo que se refiere á las especulaciones

financieras, el parisiense tiene muy poco interés en conocernos. Su atención está solicitada por mil asuntos de importancia inmediata y palpitante. Sus pasiones y su teatro están en Europa. Nosotros no podemos ofrecerle más que una copia neutra y mediocre de lo que ocurre en su propia casa. Y somos todavía muy pequeños para pretender que nos tome en cuenta.

Pero la noticia reciente de un diario *boulevardier* tiene un sabor tan extravagante, que es imposible negarle las cuatro líneas de una crónica. « Creemos poder asegurar — dice — que dentro de pocas semanas desembarcará en Burdeos una *troupe* poco común. Se trata de una compañía de dramas criollos (escenas de la Pampa), que un empresario atrevido se propone mostrar en pleno París con toda la *mise en scène* indispensable. Los que recuerdan el éxito de Buffalo Bill y sus *cow-boys* americanos, adivinarán que se trata de un espectáculo al aire libre, donde predominan los ejercicios de fuerza. La compañía viaja con los caballos, pumas y perros amaestrados que necesita para sus ejercicios. Parece ser que el teatro sudamericano, cuya revelación tendremos el gusto

de aplaudir dentro de poco, es una amalgama de acrobacia y de tragedia, que tiene un sabor extremadamente original, y da una idea muy exacta de la vida de aquellos países remotos. » De nada nos valiera poner en duda la noticia y asegurarnos de que nadie ha intentado la aventura. El recorte sólo vale por la opinión que refleja. Podrá ser ó no cierto que un empresario se dispone á exhibir en Europa lo que algunos consideran como nuestro teatro nacional; pero lo que importa es la manera confusa é irónica de presentar la tentativa.

Es evidente que todavía no tenemos teatro para la exportación. Ya nos lo han hecho saber en España. *La Vanguardia* de Barcelona dijo hace algunos meses, cuando desembarcó allí una compañía, que es quizá la misma de que habla el cronista parisiense, que, « nada es más tosco y rudimentario que el teatro argentino... » añadiendo, que *Juan Moreira* ha sido escrito « sin tener en cuenta las exigencias literarias», y que es curioso apreciar la « singular manera que tiene cada pueblo de solazarse en los espectáculos escénicos. » Es verdad que otros diarios, como *La Época* de Madrid, encontraron medio de respetar nuestro amor propio, equili-

brando frases amistosas y advertencias críticas, para salvar al mismo tiempo el buen renombre de la hospitalidad española y los derechos de la gramática. Pero los pocos elogios que alcanzó en España nuestra literatura regional, no logran escondernos la evidencia.

Después de todo, no podemos enfadarnos. En Buenos Aires se han dicho cosas peores sobre esos primeros ensayos de literatura nacional. Tras un corto entusiasmo, casi todos convinieron en decretar que el drama criollo era un atentado contra la razón y los buenos sentimientos. Algunos llegaron hasta afirmar que era una escuela de criminales. Y Moreira fué desterrado de la ciudad, y abandonado al suburbio, donde hizo las delicias de los que no saben leer, en esos pintorescos circos de lona, iluminados con kerosenne y burbujeantes de multitud, que son los coliseos de los que tienen pocos recursos.

Fuerza es confesar que, como realización de arte, los dramas criollos dejan mucho campo á la crítica. Son un amasijo de escenas, costumbres y palabras un tanto bastas. y muy propias para ofuscar á los admiradores de Dumas hijo. Los que han aplaudido la *Gioconda* de d'An-

nuzio, donde todo es delicadeza y perfume, se aventuran difícilmente á aprobar las congojas de Vicenta. Son delicadezas de estómagos bien alimentados. Es innegable que el drama criollo huele á cocina de mesón, donde todo se hace *à la bonne franquette*, y donde se ignoran todavía los refinamientos de Vatel. Pero en el fondo de toda esa vida de las Pampas, hay mucha «cantera» de arte para el porvenir. Con esos materiales se puede realizar belleza. Lo que nos disgusta ahora es la forma, y no el fondo. Y quizá surja mañana un escritor de fibra, que anude todas esas flores dispersas y las disponga en un ramillete artístico.

Pero, juzgando sobre la base de lo existente, nos parece natural que el público de Barcelona hiciera á nuestros compatriotas una acogida desdeñosa. Es muy explicable que las *relaciones* del Pericón provocaran silba y protesta. Cuando un argentino asiste por la primera vez á las contorsiones de un *cantaor* gitano, experimenta la misma sensación hostil. La experiencia nos enseña, que siempre que vemos algo que está fuera del repertorio de nuestras imágenes familiares, nos resistimos á admitirlo. Al cabo de algunos días, cedemos á

la costumbre. Sin embargo, en este caso particular del Teatro Argentino, la adaptación era facilísima. Los espectadores de Barcelona no han sabido ahondar hasta el fondo de nuestros cantos nacionales; porque de haberlo hecho así, se habrían apercibido de las grandes analogías que ellos tienen con los aires españoles. El gaucho de la Pampas que canta «milongas» y que improvisa décimas, es una continuación del trovador español. Ha degenerado y ha desviado, como ha desviado y degenerado el trovador mismo en España. Pero hay todavía entre ellos, á pesar de la diferencia del medio en que han actuado, grandes lazos de indentidad que hacen que el cantor flamenco y el payador, puedan reconocerse un origen común en las lejanías de otro siglo.

El error viene de que casi siempre juzgamos por comparación, y partiendo de la base de la « superioridad de lo nuestro. » De ahí que rara vez se alce el público á la serenidad de la crítica. Verdad es que todo conspira para retenerle en las bajas esferas de la costumbre. Como nuestros sentidos sólo perciben lo inmediato, en la mentalidad de las mayorías la creación se reduce á lo que existe en torno de ellas. Co-

bran un cariño exagerado al pequeño mundo moral y material que las rodea, y se entregan al fanatismo regional. Por eso les violenta y les irrita todo ser, idea, color ó nota que no está registrado en el catálogo de sus costumbres. Es evidente que nadie puede aventurarse á defender, por ahora, desde el punto de vista del arte, nuestras tentativas de música ó de literatura nacional. Pero si nos limitamos á considerar las manifestaciones burdas é ingénuas del alma de la multitud, podemos adelantar que hay tanta poesía en un « triste » santiagueño, como en una de esas « soleades » que se cantan en los arrabales de Sevilla. Son dos manifestaciones diversas de una misma angustia confusa, de un mismo deseo desconocido y de una misma lágrima latente.

Pero todos comprenderán que si en España ha sido difícil hacer aceptar nuestro teatro, en París sería imposible. Sólo Judith Gautier, que está preparando un libro sobre la música y la pantomima exótica, se atrevería á aventurar un aplauso. Seria una anomalía representar *Juan Moreira* en la capital de Francia. Bastarían los gestos salvajes y rudos, para enajenarle las simpatías de todos. El pueblo de París es

refinado y culto como muy pocos; y no alcanzaría á comprender la leyenda brutal de nuestras pampas, en las que el hombre se trocaba en fiera criminal y sublime. Las insensateces de pasión y los arrebatos de ódio que allá nos parecen en cierto modo naturales, son inverosímiles aquí, donde un largo trabajo de civilización ha suavizado las asperezas humanas, y donde la animalidad sólo subsiste en el fondo, ahogada casi por la ilustración y por el ejemplo. De suerte que la serie de venganzas mediovales en que se agota el protagonista de nuestro drama, serían aquí de un efecto desagradable.

Nuestro teatro criollo no es más que una rebelión de instintos. Nada detiene á los héroes en su arremetida. Sólo les guía una vaga moral y una defectuosa idea de la justicia, formada con retazos de poesías de Lamartine y sermones de cura de campaña. El choque de esa filosofía infantil con la de gentes que están empapadas en Shopenhauer y en Goethe, no puede dejar de provocar descontentos. Poco importa que Juan Moreira *crea* obrar con arreglo á la justicia; para el público ilustrado, sólo es un simpático capitan de bandidos.

Sin embargo, si el cronista parisiense ha dicho verdad, y una compañía de dramas criollos se presenta en París, no sería imposible que algunos *snobs* emprendieran la tarea de crearle una de esas celebridades de un día, que nacen y mueren en el salón de lectura del mismo club, asesinadas por el hastío de sus propios padres. Pero esa veleidad de los dueños de la moda, no podría hacernos honor. Los que se han apasionado por la pantomima anamita, el teatro del Cambodge y la danza del vientre, sólo buscarían en nuestro teatro nacional un manjar raro con que regalar sus estómagos ahitos. Y una vez satisfecha la curiosidad ó realizada la *pose*, se alejarían en busca de nuevas cosas inéditas.

Los que han tenido la veleidad de traer á Europa una compañía de dramas nacionales, se habrán cuidado seguramente de suavizar las las asperezas nativas. Pero aun en el caso de que hayan procedido de esa suerte, no han podido alterar el perfil de sus personajes lejendarios. Y ahí está el escollo. Porque es desagradable que exhibamos en el exterior, bajo el nombre de «vida y teatro nacional», seres y costumbres que ya han desaparecido casi de

nuestro país. Los extranjeros que no están á cabo de los rápidos progresos realizados, pueden suponer que los hechos que se desarrollan en el teatro criollo ocurren corrientemente en nuestros campos, y que, lejos de combatir esos productos de una semicivilización que ya hemos dejado atrás, nos aplicamos á perpetuarla, dándole el prestigio de la escena.

Nuestras peculiaridades nativas, las costumbres de nuestros campos, y nuestro pasado pintoresco, ofrecen asuntos maravillosos al escritor. Pero es necesario confesar que esa rama netamente criolla de la literatura nacional, no ha sido fecundada hasta ahora por ningún talento sobresaliente. Por eso no ha dado todavía el fruto que apetecemos. Pero es innegable que no pasarán muchos años sin que un verdadero artista se sienta atraído por el misterio de esa vida original, y escriba la epopeya de los bohemios de la Pampa. Todo indica que llevamos ese rumbo. Ya hemos leído la *Ciudad Indiana*, de Juan Agustín García, (hijo). Se anuncia *Guerra Gaucha*, de Leopoldo Lugones. Otros libros que tienden á parecido, fin se elaboran en el silencio. Y no está lejano e dia en que podremos hablar de *nuestra literatura*. Por

eso sería lamentable que, teniendo tantas esperanzas para el porvenir, librásemos hoy á la sonrisa parisiense un teatro infantil y rudimentario.

Un escritor uruguayo proclamaba hace poco, en un artículo muy latino, lleno de sonoridades, nuestro derecho á tener una lengua y una literatura propia. En cuanto se refiere al idioma, hay muchos que preferirían atenerse al castellano, que es un instrumento dócil y poderoso, muy susceptible de ser modernizado; pero en lo que respecta á nuestra literatura, es evidente que todos están de acuerdo para tender hacia un color y una forma nacionales. Porque la palabra «nacional» no puede aplicarse exclusivamente á las obras que presentan escenas del campo. La vida de Buenos Aires, ó las costumbres de nuestras viejas capitales de provincia, han dado y darán cuadro y asunto para dramas ó novelas de positivo mérito. No debemos excluir las escenas gauchas; pero no es posible encastillarnos tampoco dentro de ellas. Asunto nacional es todo asunto argentino, desde la vida miserable y original de los indios del Sur, hasta la existencia suntuosa y casi europea de nuestra *élite*. En esa gama de diversidades puede ensayarse fácilmente nuestro

espíritu, hasta encontrar su tonalidad propia.

El teatro argentino no escapará á la ley que lleva á la escena un reflejo de la vida nacional; pero no alcanzará tampoco á olvidar su misión educadora. La verdadera obra dramática no debe limitarse á presentar las costumbres, aprobándolas con el silencio. Es evidente que, sin descender á caricaturas didácticas, se puede copiar un cuadro, criticando al propio tiempo sus defectos. Los ejemplos abundan, desde Moliére hasta Ibsen. Y nuestro arte dramático futuro, que habrá aprendido en el de Europa la suprema destreza de *métier*, y la elegancia y la corrección de la forma, podría ser, discretamente manejado, un poderoso educador. Lo que actualmente llamamos «drama criollo», está destinado á transformarse ó á desaparecer. No podemos seguir aplaudiendo en el teatro lo que condenamos en la vida real. Nuestra sociedad moderna y europeizada, exige otros espectáculos. Y dada nuestra maravillosa facultad de improvisación, no sería difícil que en una próxima é improbable Exposición de París (1910 ó 1950) obtuviera una artista argentina el mismo éxito que ha alcanzado Sada Yacco en la que acaba de clausurarse.

CARTA DE UN CUBANO

« .... Si he dejado pasar tantas semanas sin escribirte, culpa es de las circunstancias, y no mía. Es difícil hallar un instante de reposo en medio de nuestro desastre. No quería que mis palabras traicionasen la confusión y el tumulto de las almas en este pedazo de tierra tan hermoso y tan poco afortunado. Tú viniste á nuestra capital en días felices, cuando los corazones estaban florecidos de esperanzas, — después de la independencia y antes del desengaño.—Pero las cosas han cambiado de tal suerte, que si volvieras ahora, encontrarías el jardín convertido en cementerio. Por eso he preferido esperar, con la esperanza loca de que un capricho de la fortuna empujaría los hechos hacia el porvenir que deseamos. Pero veo que es impo-

ble persistir en la ilusión. La lucha por la independencia ha sido para nosotros una tarea de Sísifo. Quizá estamos destinados á hacer rodar eternamente la inmensa mole que se despeña siempre desde la cumbre de la montaña. Perdona mi fatiga.

Pocas comarcas han dado una cosecha tan fructuosa de guerreros viriles y de patriotas tenaces; pocos pueblos han hecho tanto por la libertad, y ninguno ha tardado tanto en alcanzarla. Parece que la imposibilidad de emanciparse estuviera en razón inversa del esfuerzo que hacemos para conseguirlo. No hay un palmo de nuestra tierra que no haya sido humedecido varias veces con sangre; no hay una madre cubana que no llore la muerte de un hijo guerrillero; familias numerosas han desaparecido completamente, segadas por la guerra; las ciudades están atestadas de inválidos; no queda ni un fusil, ni una pluma, ni un corazón que no haya combatido; hemos arrojado á la hoguera las fortunas, las reputaciones y las vidas para forjarnos una patria; la población ha quedado reducida á la mitad, y, sin embargo, ¡no somos libres! ¿Qué fuerza extraña nos encadena? ¿Qué fatalidad nos desvía? ¿Por qué

crimen somos castigados? Si nuestros ejércitos no han sido más numerosos, es porque ya no quedaba en el país ni un anciano, ni un adolescente más; si nuestro empuje no ha sido más fuerte, es porque la creación ha puesto límites al esfuerzo del hombre. Hemos hecho mucho más de lo que podíamos, y, sin embargo, ¡no hemos hecho bastante!

Recuerda nuestra confianza insensata y nuestros sueños. Parecía que, después de la primer victoria, el porvenir se abría ante nosotros como un campo sembrado. Cuba surgía de la sangre y de la muerte, como una flor de un estanque. No había nada seguro. Todo estaba librado á la voluntad de un invasor, entonces amigo. El porvenir era un problema. Pero una confianza infantil nos hacía sonreir, con las heridas abiertas todavía. Nuestros sacrificios personales, nuestras desgracias, nuestras angustias y nuestros duelos, no eran nada, porque los comparábamos con el resultado obtenido. Nos parecía natural sufrir, puesto que ya teníamos hogar que nos pertenecía. Los corazones estaban empavesados. Y en la sala donde se velaba el cadáver del último patriota caído, los deudos se enjugaban los ojos y se estrecha-

ban las manos, con una emoción doble, lamentando al propio tiempo la pérdida y felicitándose de la victoria.

Después de largos siglos de cautiverio, las puertas se abrían y volvíamos á ser hombres. Nos emborrachaba la dicha. Pero la luz de la libertad era tan fuerte, que nos impedía ver en torno nuestro. No comprendíamos que los amigos, los aliados, los protectores con quienes festejábamos el triunfo de nuestras esperanzas, eran los mismos que debían matarlas. Una increíble obstinación nos empujaba á agasajarlos y á aplaudirlos, cediéndoles parte de nuestro triunfo, haciéndolos ciudadanos en nuestro corazón y abandonando nuestra confianza á sus intereses. Los salones modestos de nuestras casas coloniales se abrieron para el huésped: nuestra impaciencia se sometió á sus dilaciones; y más de una cubana se puso para él una flor en el pelo.

La credulidad lírica de la raza y la vanidad caballeresca de nuestras costumbres nos dejaron ignorar todas las asechanzas. Somos excelentes especuladores de ideal, pero muy malos guerreros de la vida. Confundimos las espadas con las flores, y suponemos en cada corazón un

idilio de Bernardin de Saint-Pierre. Se puede casi decir que hemos merecido nuestra desgracia. ¿Cómo reprochar á otros lo que nosotros mismos contribuímos á hacer? Si conquistamos nuestra libertad, fué para enajenarla. Nuestras guerras de un siglo fueron una quimera y un engaño. Hemos pasado de una cárcel á otra, atravesando la ciudad. Y lo hemos perdido todo, hasta la esperanza. Sólo nos queda una bandera rota y el recuerdo de Martí.

Si no has olvidado nuestras conversaciones, cuando nos paseábamos por la Alameda, al caer la noche, ó nos sentábamos en el Café Inglés, junto al teatro, comprenderás, pobre amigo, nuestra angustia. El golpe ha sido mayor, porque hemos caído desde más alto. Si nos quedara todavía la esperanza de reanudar la insensatez de una guerra, y dar de nuevo nuestra sangre, no formularíamos ni un reproche. Estamos habituados á luchar contra imposibles. Pero esta vez, todo está irremediablemente perdido.

Nos vemos rodeados y cercados de tal suerte, que ni aun la libertad del suicidio nos queda. El usurpador hormiguea en nuestras ciudades, domina en nuestros puertos, y ocupa todas

las avenidas de nuestra existencia. Somos una minoría en nuestro país. El dinero y la audacia nos han despojado del patrimonio. Las oficinas públicas están llenas de extranjeros que dirigen nuestros intereses. Hay barrios enteros que han cambiado de nombre y de propietario. Nuestras provincias y nuestras costas, nuestros ferrocarriles y nuestras plazas, están ocupadas por artilleros y gendarmes que llevan el uniforme y el alma de otro país. El pacto ha sido el caballo de Troya. Y como la alianza sancionó muchas uniones, el invasor está en todas partes, hasta en el vientre de nuestras hermanas. ¿Cómo soñar con un levantamiento, si el enemigo es nuestro cuñado, nuestro compañero de ayer? Y aunque los lazos de familia no bastasen para ahogar nuestra rebelión. ¿cómo intentar una guerra contra un país que nos domina por la vecindad, por la riqueza, por el ejército, por los intereses y por la política? ¿Cómo imaginar la lucha de un millón de hombres contra 80 millones, de 200.000 kilómetros cuadrados contra 10.000.000, de dos años de historia contra un siglo? Todo contribuye á aplastarnos bajo el peso de lo inevitable.

La infiltración es más terrible que una con-

quista. Cuando tratamos de emanciparnos, volvimos los ojos hacia el país libre que estaba más cerca, hacia el país que había hecho lo que nosotros tratábamos de hacer, y calcamos nuestros deseos sobre sus realidades, robustecimos nuestro empuje con su ejemplo, y conquistamos la libertad con sus armas. Más de una vez violentamos nuestro espíritu para vestir sus ideas. Y cuando se ensanchó el desacuerdo que había nacido á la sombra de nuestra confianza, nos encontramos vencidos antes de luchar, porque habíamos abdicado mucho de nuestro carácter y casi todo nuestro orgullo.

No debimos esperar la libertad más que de nosotros mismos. Si nos sentíamos capaces de morir, ¿por qué nos obstinamos en seguir viviendo? La paz fué una concesión hecha á nuestro cansancio. Quizá consideramos el desarme como una tregua; quizá lo consumamos con el propósito de volver á tomar las armas, si no se nos daba satisfacción. Pero ese armisticio fué una derrota definitiva. La usurpación echó raíz en nuestro suelo, y hoy no bastaría toda nuestra sangre para extirparla

Lo hemos perdido todo, y sólo nos queda el recuerdo de lo que pudimos ser. Si consideras

la obra emprendida, comprenderás que era irrealizable. ¿Cómo conservar la libertad de un país pequeño y débil en medio de la asechanza de los poderosos? Estábamos fuera de la ley humana, puesto que no teníamos fuerza para imponerla. No había ninguna exigencia de neutralidad ni de equilibrio que nos hiciera respetar, como á ciertos países de Europa. Nuestra debilidad nos ponía al alcance de todos los apetitos. Y, éstos ó aquéllos, habrían acabado por ponernos la rodilla sobre la garganta.

Quizá por eso nos hemos resignado á morir, sin saber siquiera cuál es la razón que nos mata. A veces, cuando profundizo y hurgo en la malvada fatalidad que ha dispersado nuestro empuje, me asalta un odio salvaje contra los hombres y contra las cosas. Hay algo que dice dentro de mí que la justicia debió existir, que la razón debió abrirse paso, que la verdad debió triunfar. Y me veo asediado por una multitud de ideas feroces que me reprochan nuestra pasividad ante el desastre. Pero nuestro espíritu desalentado se desangra inútilmente por sus quejas. Estamos destinados á desaparecer, sumergidos por una muchedumbre victoriosa y desbordante. Unos se adaptarán al nuevo am-

biente. Otros, desaparecerán, barridos por la conquista. Pero en la agonía de nuestras ilusiones, me parece ver el descenso de la raza latina, simbolizado por una puesta de sol detrás de las montañas del tiempo... »

ANDALUCÍA EN TIEMPO DE LOS MOROS

Las reconstituciones nos dan casi siempre la sensación de hurgar en la biblioteca polvorienta de algún viejo castillo abandonado, ó de pasear por un cementerio que reflorece sus vidas, después de un invierno interminable. Es un siglo que resurge, y caemos en el espejismo de creer que ya lo hemos visto, y lo hemos almacenado en las lejanías de un recuerdo, durante otra vida imprecisa que no sabemos ubicar.

La de la Andalucía en tiempo de los moros, ápesar de hallarse rodeada y ceñida por París, tiene todo el color y la vida de la época almohade. Los zócalos de azulejos, el tejaroz de las portadas, las nervaduras de las bóvedas, las

arquerías y las cúpulas, los artesonados y los ajimeces copian fielmente el estilo mudéjar. Hay una hermosa reproducción del patio de los Leones, con todas sus filigranas y sus frisos, sus galerías y sus columnas. Muchas de las maravillas de la Alhambra y el Alcázar han sido trasladadas con tanta exactitud y con tan buen acierto, que parecen ser robadas á Granada y á Sevilla, y tener el timbre auténtico del siglo de Boabdil y los abencerrajes. No faltan ni los arabescos, ni los tapices orientales, ni las yeserías, ni los arrayanes, ni la alberca. Mohamed podría pasear su vanidad por las galerías, sin descubrir el engaño.

El Café Moro, al que se sube por una escalerilla, entre dos jardines, ofrece sus mesas pequeñas y sus banquetas de mimbre. Las tazas microscópicas se llenan de un líquido espeso y borroso, que perfuma. Y al compás de melopeas raras, que recuerdan poemas de Abenzemrec se ve pasar, en una humadera de recuerdos, toda la vida perezosa de Aben Said y sus sultanas.

Màs lejos, en una arena de forma cuadricular, se abre el patio de los torneos y las justas, con escaños circulares, donde el público se api-

ña en racimos de colores hirientes, para seguir con interés medioeval los combates de los caballeros armados, el prodígio de los moros jinetes sobre rápidos corceles árabes, y el desfile de las mujeres castellanas, que cabalgan con holgura, dejando flotar sus crenchas renegridas sobre las ancas blancas de los caballos.

Luego el paseo por la calle de los mercaderes, cuajada de baratijas de Orán, de Fez, de Trípoli y de Marruecos. El clamoreo de los vendedores ensordece. Se diría que estamos en plena tierra africana, en un bazar de Argel ó en una calle del Cairo. Todo es exceso y pedrería. De largo en largo desemboca una caravana alegre, con sus camellos cargados de marfil, su clamoreo de multitud y sus cantos plañideros, interrumpidos por panderetas. Los grupos dormitan junto al hueco de los portales, en el abandono de una vida caldeada por el sol. Y junto á la acera corre el hilo de agua cristalina, que parece bajar de los cerros, como en Granada.

Mas lejos, en una escena de forma española, donde desborda el cosquilleo alegre de las castañuelas y los «¡olé!», desfilan todos los bailes de la Península, en un hormigueo de gitanos y

de majas que reviven toda la coreografía de otros tiempos, con las pinceladas realistas de una tela de Goya.

Pintoresca resurreción de la vieja Andalucía, ¡cuán hermosa es la ilusión que nos mientes!

LA REINA RANAVALO

París tiene constantemente un soberano dentro de sus muros. Sea él europeo, asiático ó africano, siempre hay aquí un nombre real que preside las conversaciones de la muchedumbre callejera. París ama la púrpura y cetro. Las majestades lo saben, y acuden unas tras otras, para exhibirse en la capital del mundo, y aceptar la hospitalidad del mismo régimen que las amenaza. Según el rango de la nación que regentean, los reyes viajeros son recibidos por el presidente, por el ministro, ó por un capitán de gendarmería. El protocolo es implacable. El detalle de si el presidente debía ó no bajar dos escalones para recibir al zar de Rusia, fué discutido hace algunos años durante una semana

por toda la prensa. El rey de Suecia tuvo diez hombres menos de escolta que el *shah* de Persia. El príncipe Wladimiro comió una vez más en el Elíseo que el rey de Siam. Todo se mide y se calcula; todo se ordena y se prevé. El presidente salió á estrechar la mano al duque de Génova. Pero la reina Ranavalo sólo ha sido saludada al llegar por un coronel de zuavos, y apenas ha sido recibida una tarde en el ministerio de las Colonias por un subsecretario distraído, que parecía invitarla á abreviar su estadía en París. Es evidente que, como en un salón donde hay invitados de diferente categoría, el presidente debe saber graduar sus agasajos, en escala que va desde el abrazo cordial, hasta la simple inclinación de cabeza. A la reina Ranavalo sólo le ha correspondido una sonrisa. Por varias razones: porque es de «raza inferior»; porque se ha visto obligada á aceptar el protectorado de Francia, y porque posee sus Estados en el «barrio del Sur», es decir, fuera del centro elegante de las naciones poderosas. Son mentiras convencionales que todavía tienen mucho prestigio. Pero es de sentir que una soberana joven y desgraciada, cuyo árbol genealógico es más viejo que el de cual-

quier casa de Europa, haya sido tratada con ese amable desdén y esa ironía ceremoniosa, como si fuera un amigo comprometedor, á quien se estrecha distraídamente la mano y á quien se abandona casi siempre con un pretexto inverosímil.

La reina de Madagascar es una mujer pequeña y delgada, que viste con garbo las modas de París y sabe calzar los guantes y recogerse el vestido. Tiene una cara fina y simpática, de cutis bronceado, donde relampaguean dos ojos muy vivos y dos labios muy rojos. Sus facciones son regulares y casi europeas. El pelo es poco rizado, y se anuda fácilmente detrás de la cabeza. No es la horrible salvaje que algunos se imaginan, sino un tipo de selección, donde la raza ha suavizado sus rasgos gruesos. Tiene algo de los habitantes de Ceylán. Y es una silueta distinguida, llena de majestad y sencillez, que sabe saltar del carruaje con mucha elegancia y saludar amablemente á la multitud con el aleteo de los guantes.

Su exotismo la ha hecho célebre en pocas horas. La ciudad ha simpatizado con ella. Cuando su landó baja por los bulevares, los transeuntes se descubren respetuosamente. Hay

grupos de curiosos que la aguardan á la puerta de los museos que debe visitar ó en la acera de la casa donde vive. Todos quieren conocer á la *petite reine malgache*. Y cuando el carruaje se detiene y el lacayo galoneando abre la portezuela, siempre hay un murmullo de admiración, porque parece que la que baja fuera una parisiensita delicada, que se ha disfrazado de «vasallo colonial» para satisfacer un capricho.

Los reporters la asedian. Es la curiosidad y el juguete á la moda. Si la diplomacia y el protocolo le han atribuido un lugar secundario, la población le ha asignado el primer puesto. Su salón de la calle Pauquet está atestado de escritores, banqueros, artistas y curiosos de toda categoría, que aguardan el instante de ser recibidos. Las audiencias son cortas. Y es tal la afluencia de visitantes, que cada día se hace más difícil obtenerlas. Nada más curioso indudablemente que averiguar las impresiones, los vuelcos y los asombros que han debido sacudir á la soberana durante sus paseos junto al Sena. La exótica espiritual que no había transpuesto jamás los muros de Tannanarive, se encontró de pronto en la portentosa ciudad que todos admiramos. Mil inventos que hoy nos son fa-

miliares, le han aparecido seguramente como cosas de magia. Las costumbres, los trajes, los teatros, todo ha debido causarle un estupor y una alegría que quizá no sabe esplicar.

Una noche la vimos en un circo, en el palco de honor, con sombrero negro con plumas, escudriñando los palcos con el anteojo, y aplaudiendo á ratos á los artistas. Los acróbatas parecían maravillarla. Los payasos no la divertían mucho. Pero cuando *Chocolat*, el negro célebre que gana mil francos mensuales por hacer de Tonny y recibir diariamente las bofetadas, apareció en la pista y comenzó á rodar bajo los piés de los demás, la reina tuvo un gesto duro y se condenó al silencio. Quizá hervía en ella una protesta contra las humillaciones de aquel ejemplar de su raza. El recuerdo de su hegemonía, la visión de sus palacios de Montaora y Tamatave pasaron en un galope de derrota. *Chocolat* parecía ser el símbolo de su pueblo. Y dos dientes blancos mordieron la seda del abanico.

Otra vez la encontramos en el museo Grévin, mirando con curiosidad las figuras de cera, y ahogando risas alegres, ante los espejos y los muñecos que la engañaban.

Pero nunca le hemos sorprendido un gesto más severo ni más digno, que el domingo, en el Jardín de Plantas. Se corría en Longchamps una carrera sensacional, que es un acontecimiento en París. La reina manifestó deseos de asistir. Ese espectáculo nuevo la interesaba. Y, además, la noticia de que la alta sociedad se daría cita en el hipódromo, la había llenado de entusiasmo. Como la insinuación no bastó, y como la ex-soberana es casi una prisionera, transmitió directamente su pedido al capitán que le sirve de edecán y de intérprete. Al comienzo, nadie puso inconvenientes para acordarle esa gracia. Pero el protocolo intervino. El presidente de la República y su esposa debían asistir también á la fiesta. ¿Qué puesto asignar á la soberana? ¿Cómo reglamentar sus saludos con la esposa del primer magistrado? ¿De qué medio valerse para respetar sus prerrogativas, sin rebajar las del presidente? Sería una situación difícil. Y el protocolo resolvió notificar á la reina que su presencia en el hipódromo sería considerada como un acto de rebeldía. Para consolarla, resolvieron conducirla al Jardín de Plantas y mostrarle los leones y las panteras de su país, que están en las jau-

las quizá menos prisioneros que ella. Y he aquí por qué insinuaba el domingo la reina de Madagascar una tristeza tan noble y un gesto tan amargo de ironía.

No es que compartamos las ideas de Charles Maurrás sobre los tronos. Pero todos los vencidos, todos los que sufren, merecen nuestra simpatía,—hasta los que tuvieron la mala suerte de nacer reyes.

GLOBOS DIRIGIBLES

Un brasileño, el Sr. Santos-Dumont, acapara desde hace dos semanas la atención y la simpatía de París. En las pintorescas alturas de Saint-Cloud, junto al Sena, en una campiña alegre, se amontonan muy de mañana grandes grupos de parisienses elegantes, que llegan en carruaje, triciclo ó automóvil, y se animan, discuten y entusiasman en torno de un globo cilíndrico, que cabecea blandamente, movido por la brisa. Un hombre jóven, de estatura regular, boca gruesa, nariz remangada y largos cabellos lacios, dirige los preparativos, inspecciona las cuerdas, examina la barquilla; y cuando todo parece dispuesto, da un grito agudo y se eleva lentamente, primero hasta la altura de las casas, luego más arriba, más arriba, en medio de

las aclamaciones de una muchedumbre en delirio. Es el millonario aeronauta Santos-Dumont, que acaba de descubrir la dirección de los globos.

El *aereonef* (á nueva cosa, nombre nuevo) se compone del globo tradicional, alargado en forma de cigarro, y de una plataforma enrejada, que lleva en el extremo posterior una hélice y en el delantero una pequeña vela triangular, para imponer la dirección. En el medio hay una barquilla muy pequeña, desde la cual gobierna el aeronauta, y detrás un motor. Es un aparato elegante que, como dice Octave Mirbeau, « se multiplicará muy pronto á la altura de las chimeneas de las casas. » Será el carruaje del porvenir, dentro de veinte años, cuando el automóvil haya quedado relegado á medio de tracción para los coches de alquiler.

En este París *snob* y maravilloso, donde todo lo extravagante es familiar, nadie se ha asombrado extraordinariamente del descubrimiento del Sr. Santos-Dumont. El entusiasmo y la algarabía que han levantado sus experiencias tiene otro origen. Las gentes se alegran, porque han descubierto un nuevo *sport*. Dentro de pocos meses, la *élite* elegante, la que de-

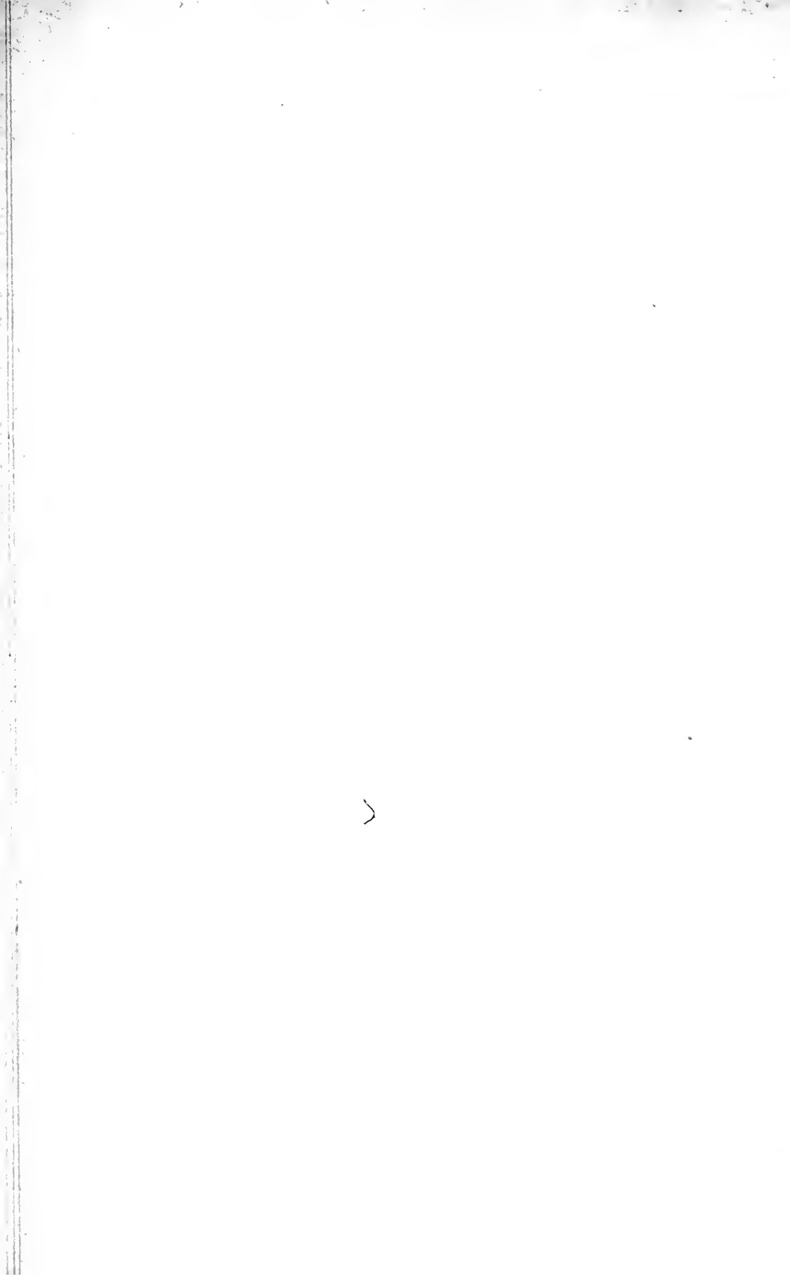
creta cual es el traje y la palabra á la moda, abandonará el automóvil por el globo, como antes abandonó la bicicleta por el automóvil ó el caballo por la bicicleta.

Pero, aparte de estas supersticiones inofensivas, que empujan á algunos hombres á conquistar efímera celebridad por intermedio del caballo que les lleva ó el sastre que les viste, el invento del Sr. Santos-Dumont tiene una importancia trascendental. Si el éxito de las experiencias actuales no se interrumpe de pronto, está resuelto el problema de evolucionar en la atmósfera á nuestro antojo. El aeronauta brasileño, en su última excursión, ha salido de Saint-Cloud y en media hora ha llegado hasta la torre Eiffel, y ha virado bruscamente al rededor de ella, para regresar al punto de partida. No ha caído exactamente en el mismo sitio de que salió, como lo había anunciado, sino á quinientos metros de distancia; pero esta desviación es debida á una descompostura del motor y será reparada muy pronto. El Sr. Santos-Dumont anunciaba anoche á un cronista su proyecto de pasar sobre los bulevares en globo, á una altura de cincuenta metros, y saludar á los parisienses desde lo alto de la plaza de la Opera.

Este audaz sud-americano, que á los veinticinco años impone su nombre en una ciudad inmensa, y se encarama en algunos meses hasta la celebridad, es digno de todo elogio. Nuestras juventudes, anemiadas por la atmósfera de los cafés y los teatros, roídas por las vanidades pueriles y los egoísmos estrechos, alcanzan rara vez á utilizar sus energías. Les falta la voluntad, la decisión, el entusiasmo, para emprender obras eficaces en cualquiera de las ramas de la actividad humana. Generalmente se acantonan en la inmovilidad, con risas irónicas para los pocos que accionan y bregan. El Sr. Santos-Dumont será un ejemplo saludable. Su nombre despertará quizá algunas ambiciones que dormían. Y más de un indiferente se sentirá mordido por el deseo de descollar también en las artes, la industria, la agricultura, la ciencia, poniendo su voluntad, su estudio, su destreza al servicio de sus semejantes, y rompiendo al fin con el sonambulismo de las vidas inútiles.

No deja de ser edificante la aventura de ese millonario, hijo de millonarios, que deserta de la sociedad de los suyos, se dedica á la mecánica y llega á resolver árduos problemas, que muchos estudiaban desde ha tiempo. Según

cuentan los periódicos, el padre de Santos-Dumont, de nacionalidad francesa, era un gran agricultor de San Pablo, que poseía campos inmensos, cuya cultura ocupaba 5.000 hombres. El hijo nació entre ejemplos del trabajo y de energía. Una voluntad inteligente le guió desde sus primeros pasos. Y, en vez de disipar la riqueza, se dedicó á poner una escusa de gloria sobre el capital de su padre. Es un ejemplo más de esa juventud laboriosa y audaz que hoy surge en todas partes, como una germinación inesperada. Las viejas mentiras agonizan, y todos van cayendo en la cuenta de que la única felicidad está en la acción



UNA FIESTA EN TRIANÓN

Y EL CLUB DE JACOBINOS

Las playas de mar, las excursiones á precios reducidos, la tentación de Suíza y el necesario descanso que impone la temperatura, no logran atenuar la efervescencia de París. Es una ciudad inagotable. Podrán cerrar sus puertas la mayoría de los teatros; París sigue siendo la ciudad tumultuosa, apelmazada y multicolor de siempre. En las avenidas elegantes se nota quizá menos animación que en Octubre; pero en el corazón de la ciudad, en los barrios comerciales, los centros estudiosos y los arrabales obreros, se advierte la ebullición de todos los días. París continúa pensando, accionando y produciendo, en su incansable actividad de enorme máquina

perfeccionada y ligera, que no se detiene ni modera su velocidad, devorando y haciendo vida. Hasta parece que la deserción de medio millón de sus habitantes le diese un respiro, y acelerase la circulación de su savia, prestándole mayor agilidad. Las terrazas de los cafés extienden, á lo largo de los bulevares, una cinta ininterrumpida de mesas, donde una muchedumbre vestida de trajes claros conversa libremente, apurando vasos con hielo. La calle, raspada por los carruajes y los automóviles, ofrece el aspecto invariable. Y la actividad intelectual, la labor del pensamiento, no ha cesado de ser la misma, como se puede comprobar por la lectura de los periódicos ó las conversaciones pescadas al vuelo en el café ó en la calle.

Las manifestaciones, los debates y la polvareda de ideas, que son la atmósfera de París, siguen llenando los *carrefours*, infiltrándose por las rendijas de las casas, y envolviendo á las gentes. Aquí siempre se respira «libro», y hasta los analfabetos parecen haber leído muchas obras. Se vive en plena actividad imaginativa. Unos la aplican á cosas superficiales; otros á asuntos de trascendencia; pero todos crean vida, y ha desaparecido casi el tipo resig-

nado del hombre «retrato de otros», que se encierra en la costumbre, repite existencias anteriores y muere al cabo de largos años de acatamiento, sin haber sido nunca él mismo.

La gente desea aprender, desarrollar sus facultades, descubrir raíces. Por eso se puede decir que París no descansa. Es el punto donde convergen las energías de una buena parte del mundo; y en su labor confusa y contradictoria, incoherente á veces, hay un deseo de verdad y una inquietud estudiosa, que se traduce en algunos casos en *snobisme*, pero que se mantiene en otros en el límite de la curiosidad sincera. Que el Sr. Santos-Dumont descubra la dirección de los globos, que se eriga una estatua á Arthur Rimbaud, ó se asista á una conferencia de Frantz-Jourdain, siempre es el mismo anhelo de desconocido ó de arcaico. La atención está orientada á todos los vientos. De ahí que la ciudad sea insconstante y caprichosa.

Hoy por hoy, estamos viviendo en plena Revolución Francesa. Un grupo de damas de la aristocracia ha tenido la fantasía de resucitar una fiesta en Trianón, y el Versalles actual, que parece un cuartel con sus calles casi desiertas, salpicadas de artilleros, recobró por un

día el esplendor y la gracia de los primeros tiempos de María Antonieta. Los condes y los marqueses de hogaño *jouèrent aux guillotinés*, como dijo un cronista. Ha sido una veleidad de gente amable, que, hastiada del presente, se refugia en el pasado, y se finge, durante algunas horas, lo que se siente incapaz de realizar. *Madame* de Lamballe se disfrazaba de pastora; las damas de hoy se disfrazan de *Madame* de Lamballe, y nada ha cambiado. Hasta parece que en el horizonte se amontonan las mismas nubes que anunciaron la caída de Luis XVI. Pero sea lo que fuere, la fiesta ha sido curiosísima.

Las bellas aristócratas actuales, vestidas como *Madame* Lafayette, Montmorency, d'Alguillon ó Luynes, y los elegantes *cercleux* del día, ataviados á la manera del conde d'Artois, Cazalés, Provence y Necker, han debido arrancar una sonrisa á los retratos de Versalles. Las salas desiertas, se poblaron de pelucas empolvadas, como hace más de un siglo; pero todo era demasiado improvisado para ser natural, y esa nobleza, vestida con trajes de teatro, parecía jugar con un fantasma. Era una evocación, más que una reconstitución. Bajo los colores violen-

tos de los trajes antiguos, se adivinaba el uniforme gris de la vida moderna. Algunas damas de abolengo llevaban alhajas de la época, y hasta auténticos vestidos de corte, que estrenó una antepasada y heredó la familia; pero todo olía á falso, en una atmósfera falsa. Y al regreso, cuando la nobleza reunida como en una resurrección del mundo muerto subió á los carruajes y se dispersó por los caminos, los espectadores pensaban involuntariamente en un baile de Carnaval, muy elegante y muy exquisito, de excelente buen tono, pero baile de Carnaval y nada más.

Decíamos que estábamos viviendo en plena Revolución Francesa, porque, además de este resurgimiento de Trianón y Versalles, ha habido otro, de sentido opuesto, pero igual y contemporáneamente histórico. Un grupo de artistas, abogados y hombres públicos, han reconstituído el célebre *Club de los Jacobinos*. No se habla hoy en París de otra cosa. Noches pasadas, en una casa sombría de un barrio excéntrico, se reunía un centenar de discípulos de Robespierre, y, con el mismo ceremonial de 1789, fundaba otra vez, á un siglo de distancia, el mismo centro revolucionario. Entre los afiliados se

cuenta un diputado, dos pintores, un industrial, cuatro abogados, dos médicos y una docena de estudiantes. Los diarios vienen llenos de comentarios sobre la tentativa que unos llaman «arqueología histórica», y otros consideran como síntoma alarmante. Sea cual fuere el modo de pensar, el *Club de los Jacobinos* no es una anomalía. Rosny dijo en un artículo reciente, que «en los momentos actuales hay una lucha tan terrible de ideas, una exasperación tan grande de doctrinas, que en vano buscaríamos un precedente en la historia». Estamos en plena efervescencia, y es natural que resurjan los partidos que han hecho buena parte de la historia de Francia. Pero este despertar de una idea y un hombre que dormía, indica la tensión de los espíritus. No es que la teoría jacobina pueda ofuscarnos hoy. Tenemos otras certidumbres; y la humanidad ha depurado, elevado y precisado tanto la idea de la justicia, que los ensueños de Robespierre nos parecen rudimentarios. Lo que ha reunido á los jacobinos actuales no es, pues, una vieja doctrina, que ha sido corregida y transformada por Marx y Fourrier, hasta el punto de cambiar completamente, sino una manera de obrar. Y ese es el

síntoma alarmante que creen entrever ciertos periódicos. No les asusta el colectivismo razonado é irrefutable de los partidos populares de hoy, sino la apasionada y violenta demagogia que evocan algunos nombres. Michelet, Quinet, Lamartine y Lavisse han acentuado tanto los perfiles, que han enajenado á algunas figuras históricas las simpatías de todos. Es verdad que Luis Blanc las ha hecho simpáticas. Pero, á pesar de todo, el nombre de Robespierre sigue significando tumulto y agresión irrazonada. Es por eso que la reconstrucción del *Club de los Jacobinos* ha sido considerada como un anhelo hacia un nuevo é imposible Comité de Salud Pública. No estamos habituados á considerar á los hombres haciendo abstracción del medio, ni á estudiarlos independientemente de las circunstancias que les forzaron la voluntad. De ahí las lamentables generalizaciones. Sin embargo, los fundadores del nuevo centro político sólo traen el propósito, como lo dicen en el manifiesto publicado, de «imitar la integridad y el estoicismo de los grandes jacobinos» propendiendo á «crear un estado de ánimo netamente republicano y democrático.» Lo que quiere quizá decir que mantienen la tradición y el programa de Robes-

pierre, sin pretender renovar los excesos que aquél se vió obligado á autorizar.

Y la resurrección de un *club*, ha traído naturalmente la de muchos otros. Ya se ha fundado el de los *Cordeliers* (dantonistas.) Y muy pronto tendremos los *Girondins* y los *Feuillants*. Por eso cabe decir que estamos viviendo en plena Revolución Francesa. Hasta en la prensa encontramos analogías: el diputado Viviani es un Camille Desmoulins, que imita muy bien á la elegancia del modelo; Urbain Gohier un Marat enconado, y Henri Fouquier, un Rivarol. Pero tales ejercicios sólo pueden ser considerados como especulaciones literarias. La misma situación no se renueva dos veces. Cada época tiene sus problemas, y los nuestros están lejos de ser los de 1789. Sin embargo, nos encantan estas evocaciones. Después de todo, no deja de ser interesante palpar algo de lo que hemos leído. La historia es un viaje, y resulta curioso ver las fotografías de los sitios por que ha pasado la humanidad, en su marcha tortuosa, pero incesante, hacia el bien.

EL ZAR EN FRANCIA

Han sido cinco días de confusión. Las ciudades estaban desbordantes de multitud, y los hoteles atestados de viajeros. El ferrocarril traía gente hasta sobre el techo de los vagones, y vomitaba cada cinco minutos millares de forasteros sobre poblaciones que ya no podían contener más. Una cama valía 50 francos por una noche, un carruaje 100 y un balcón sobre la calle por donde había de pasar el cortejo, 500. De Bélgica, Alemania, Inglaterra y Rusia llegaban caravanas tumultuosas, fatigadas y hambrientas, que comían de pie en plena calle, y mendigaban el derecho de pagar veinte francos por dormitar en un sillón. Los 40.000 habitantes de Dunkerque se convirtieron en 200.000; los 100.000 de Reims, en 400.000. Los

almacenes, las caballerizas y los portales se metamorfosearon en dormitorios. Las mesas de los cafés fueron camas. Y durante las noches, hasta el amanecer, se vieron hombres desalentados que erraban por las calles con sus balijas, sin saber á dónde dirigirse, hasta que se sentaban al borde de la acera y se quedaban dormidos. Todo esto en un atropello de banderas, salvas de artillería y farolillos de colores que se incendiaban.

El día 18, Dunkerque, más que una ciudad, parecía un manicomio. Veníamos con Ruben Darío de Bruges, donde nos habíamos encontrado. La ciudad de Rodenbach, con sus canales silenciosos, sus calles sepulcrales, plantadas de árboles pensativos, y su *beguinage* de leyenda, por donde pasan siluetas obscuras de mujeres que viven en otra vida, nos había preparado mal para el bullicio de Dunkerque. La multitud cubría las aceras y se dirigía en oleadas á la playa, encaramándose en racimos sobre los ómnibus. El puerto era un bosque de mástiles empavesados. Desde la altura, se veía la doble hilera de acorazados franceses, cuyas moles pesadas parecía gravitar, como mundos, sobre las espaldas del mar. A las nueve, el barco del pre-

sidente se encontró con el yate del emperador de Rusia, entre el clamor de los espectadores. La recepción fué rápida; y los navíos, molestados por el oleaje, echaron á andar penosamente hacia la ciudad, que sacudía á lo lejos su inmensa crin de banderas.

Sólo los privilegiados del mundo oficial pudieron ver al emperador de cerca. Las precauciones han sido esta vez mayores que nunca. Una triple fila de soldados y gendarmes mantenían á la multitud á gran distancia. Una palabra ó un gesto bastaba para motivar la detención de un espectador inofensivo. Las gentes parecían recelosas, y se vigilaban la fisonomía, temiendo el error policíaco. De ahí que no haya habido esta vez sinceridad y el abandono de otras fiestas.

En Reims se respira la misma desconfianza. Las calles por donde debe pasar el zar están bordeadas de soldados. Las gentes parecen menos entusiastas aún que en Dunkerque. Sin embargo, no hay un solo sitio por donde no asome una cara, ni en la acera, ni en la calle, ni en los balcones. Los techos estan cubiertos de espectadores. Pero se nota más curiosidad que simpatía. Reims es una de las ciudades más de-

mocráticas de Francia. Quiere más á Tolstoi que al emperador. La sombra de Gorki desterrado, los estudiantes rusos enviados á la Siberia, y el recuerdo de las represiones de Moscou y de Varsovia, contribuyen á indisponer las voluntades. Además, la obstinación del emperador, que en los discursos oficiales se abstiene de mentar á la nación rusa, y habla siempre en su nombre personal, como si todo le perteneciera, le pone aquí en contradicción con el espíritu republicano del pueblo. Todas las autoridades de la ciudad, desde el alcalde hasta los concejales, son del partido avanzado. Los arcos de triunfo que se han construído, llevan inscripciones donde se evita nombrar al zar, y se convierte la manifestación en un ámplio saludo al pueblo olvidado. «Los trabajadores de Reims á sus camaradas de Rusia.» Y cuando aparece la carroza arrastrada por ocho caballos montados por artilleros, las aclamaciones de la multitud se dirigen más al presidente de la república que al emperador.

El soberano moscovita pasa á cinco metros de mi observatorio, envuelto en un torbellino de coraceros. Es la cara pálida, los ojos azules y la barba amarilla, cortada en punta, que todos

conocen. El uniforme verde de general ruso y el gorro negro de astrakán le dan un aspecto de oleografía. Saluda con torpeza, llevándose la mano delante de la cara, como si se atajara un golpe. Su gesto duro contrasta con la plácida mirada de M. Loubet, que sonríe á su lado. En otro carruaje vá la zarina, muy rubia, vestida de negro, inclinando apenas la cabeza para agradecer las aclamaciones. Y tras ellos, en carruajes protocolares, los ministros, los dignatarios, las damas de compañía. Un fotógrafo americano, que ha instalado su trípode, y pretende hacer una instantánea, se ve apresado por cuatro agentes. Algunos grupos corren á la par de los caballos, agitando pañuelos. Un señor de bigotes blancos y sombrero de copa, repite obstinadamente un grito estentóreo de «¡vive l'armée!». Algunos le contestan: «¡vive la république!». Otro hombre agita desde un techo una gran tela roja. Y la multitud nos arrastra, á pesar nuestro, detrás de los carruajes que se desvanecen hasta perderse, en una nube de polvo.

Después se restablece la circulación y comienza el entrevero. Los grupos se empujan y se precipitan sobre los cafés, que desbordan de multitud. Hay risas alegres y canciones. Los regi-

mientos de artillería, que regresan á los cuarteles, se abren paso difícilmente entre el oleaje humano. Las músicas hacen estallar sus tempestades de cobre. Los farolillos chinescos ponen guirnaldas multicolores á lo largo de las calles. Y á la puerta de las fondas aguardan grupos impacientes, que esperan que se desocupe una mesa para comer.

Pero el mejor número de las fiestas ha sido la revista militar. En un campo vastísimo, 140.000 hombres. Es la primera vez que en Europa se reunen tantos para un simulacro. Los valles y los collados de Bétheny, llenos de infantes y caballeros, cuyos uniformes rojos y azules se destacaban sobre la yerba, presentaban un aspecto maravilloso. A la distancia, los regimientos alineados parecían listas de algunos metros. Pero con el anteojo se medía la inmensidad del espectáculo. La tierra estaba cubierta de soldados, hasta la línea del horizonte. Aquí las masas cuadradas é inmóviles de la caballería, cuyos cascos brillaban al sol. Allá los artilleros con su tren de equipajes. Y en todas partes la infantería, regimientos coloniales, zuavos, zapadores, regulares, que se extendían como hormigas de color, bajo el sol amarillo. A veces traía el vien-

to hasta las tribunas un acorde apagado de las bandas militares que tocaban á lo lejos. Y delante de esos semilleros de hombres liliputienses, galopaban los caballos minúsculos de los generales, que pasaban ante las filas haciendo gestos.

Al rededor del campo de maniobras hervía una multitud de automóviles, bicicletas y carruajes, tripulados por mujeres y hombres bulliciosos, que se confundían bajo un mar de sombreros, salpicado por la mancha encarnada de las sombrillas. De pronto, se vió venir, desde el fondo del valle, hacia las tribunas, una polvareda luminosa: era la carga de caballería. Veinte mil jinetes desencadenados sobre un obstáculo. La línea, primero confusa, se fué acentuando paulatinamente. Era una tromba, que sólo se detuvo á veinte pasos del palco presidencial.

Y las fiestas han terminado con la revista. Después de cinco días de tumulto, vuelve la nación á su cauce. El programa se ha cumplido sin tropiezos y sin choques. Pero en el wagón suntuoso que le reconduce á Rusia, mientras pasa revista á los recuerdos de Francia, debe sentir el zar una vaga inquietud. El brillo de

las recepciones de Compiègne no ha podido impedirle recordar el origen y la historia de esa *Marsellesa*, que se ha visto obligado á escuchar de pie. Símbolo de una revolución que destruyó lo que él personifica, ha tenido que inspirarle amargas reflexiones y hacerle ver la inestabilidad de su trono, que la justicia tendrá que conmover fatalmente.

LOS ESCRITORES Y LA CRÍTICA

A propósito del drama de M. Brieux, que fué leído hace algunas noches en el teatro Antoine ante un público intelectual y entusiasta, se ha reanudado en París la vieja discusión sobre los derechos de la crítica y la actitud que el escritor debe asumir ante ella. Unos la consideran como un control necesario y benéfico que orienta y permite evitar muchos peligros. Otros la juzgan nociva, contraproducente y atentatoria á la libertad del arte. Desde luego, nadie ha pensado poner en tela de juicio la crítica seria, de espíritu impersonal, que abarca grandes extensiones y extrae la savia de un siglo. Taine, Houssaye, etc., están fuera del debate. Sólo se trata de la crítica menuda que apunta en los periódicos las opiniones de un día, las inclina-

ciones de un temperamento, las opiniones de un hombre: juicios rápidos y efímeros que la posteridad rectifica casi siempre. Nada más curioso que hojear las gacetas de hace cincuenta años y pesar el volumen de ingenuidades que tantos hombres hoy olvidados formularon sobre Hugo, Renán, Flaubert ó el gran Balzac. El mismo Sainte-Beuve, que fué el espíritu más amplio de su siglo, tendría que avergonzarse, si viviera, de muchos fallos que hoy nos hacen sonreir y que en su tiempo parecieron justos. De ahí que, en principio, la verdadera crítica sólo pueda existir á un siglo de distancia.

Pero lo que se discute hoy en París es mucho más secundario. Los diarios y las revistas tienen rúbricas especiales consagradas á los dramas, los libros ó el arte pictórico, en las cuales un hombre, generalmente informado, pero falible, dice su manera de ver sobre las producciones recientes. Es el lazo de unión indispensable que pone al artista en contacto con el público. Sin él, las obras pasarían desapercibidas, y el esfuerzo del creador sólo sería apreciado por un pequeño número de hombres. Un pintor, un escultor ó un poeta, que después de haber producido la tela, la estatua ó el verso,

no contaran con ese elemento de difusión, estarían condenados á una celebridad de familia ó de barrio. Es cosa tradicional, y de antemano aceptada, que las apreciaciones del crítico carecen casi siempre de reposo y de justicia... Pero se trata de uno de esos males necesarios, como el invierno ó las tormentas.

No es, pues, posible discutir la existencia de la crítica. Sólo cabe formular objeciones sobre la manera corriente de ejercerla. El que juzga, se despoja rara vez de su credo particular en cuestiones políticas, religiosas ó estéticas, y sólo encuentra bueno lo que coincide con sus doctrinas y se ajusta á su manera de ver. De suerte que, como el crítico procede por comparación consigo mismo, sólo puede encontrar perfectas sus propias obras. Por eso es que algunos son partidarios de que se discurra sobre la forma externa únicamente, y se deje de lado el volumen de ideas que constituye el fondo del trabajo. Aquí se choca con otra dificultad. Limitar así las atribuciones de la crítica, sería casi suprimirla. Y además, en la forma, en la ejecución, hay también sectarismos y exclusivismos arraigados. ¿Cómo pretender que Gastón Boissier aprecie el estilo de Gustave Kahn, ó que

Vielé-Griffin estime los versos de Maurice Bouchor? Sería necesario olvidar las propias preferencias y dominar el paisaje que se extiende hasta el horizonte, lleno de valles y montañas de diferente forma y color, en esa armónica diversidad de la naturaleza. De no ser así, todo se reduce á comentarios huecos, y el escritor y el crítico siguen girando cada cual en su órbita, sin comprenderse, ni penetrarse. En la práctica, las convicciones personales imperan casi siempre. M. Brunetière, que es reaccionario, no puede admitir que tenga talento Octave Mirbeau, que es reformador. El arte no interviene en el litigio, pero sufre las consecuencias del desacuerdo de dos hombres sobre ciertas ideas fundamentales. Con tales procedimientos, la literatura pierde su unidad, y se dispersa en tantas fracciones como pareceres, puesto que cada parecer excluye á los demás. Y de continuar así, se subdividiría infinitamente, hasta llegar á ser personal. Quizá entonces estarían todos de acuerdo, porque cada escritor sería su propio crítico. Pero dejando estas hipótesis á Alphonse Allais, volvamos al drama en cuestión. No se habla hoy en París de otra cosa.

M. Brieux es uno de los tres ó cuatro grandes

dramaturgos que hay actualmente en Francia. Escritor concienzudo y macizo, que cree en la misión educadora del arte, cada pieza suya plantea un problema trascendental, que se presenta y se resuelve en conciencia, sin rendir culto á la moda, y hasta hiriendo á veces los prejuicios del día. Nada más moralizador que *Les Avariés*. A pesar de la aparente crudeza del asunto, se guarda en la acción y el lenguaje la mayor pulcritud. No hay una sola palabra que pueda chocar al más quisquilloso. Expone una situación terrible, que vemos muy á menudo en la vida real; pero la presenta como enseñanza, para contribuir á hacerla menos frecuente, mostrando la intensidad misma de su horror.

Sin embargo, la pieza ha levantado muchas críticas. Según algunos, hay males que condenamos todos los días en las conversaciones particulares, pero que no es posible reprobar en la escena, porque está mal visto hablar de ellos en público. M. Brieux ha pensado que los escritores tienen el deber de combatir esas preocupaciones, y se ha aplicado con tesón á hacer del teatro una escuela de moral. Cerrar los ojos, no es evitar el peligro. Vale más encarar la si-

tuación y mostrar los errores, tratando de hacerlos desaparecer con la propaganda y el ejemplo. La mayoría cae en una contradicción curiosa. Aprueba, hasta cierto punto, el hecho, pero no la lección moral que de él se quiso sacar. Los que aplauden en la *Dame de chez Maxim's* el triunfo de la cortesana, se ofuscan porque en *Nana* la cortesana cae al abismo. La obra de Lavédan fomenta la vida licenciosa, porque hace nacer en muchas mujeres la tentación de triunfar imitando á la heroína; la de Zola la combate, porque muestra lo efímero de esas victorias y presenta el miserable fin que la aguarda. Sin embargo, en la opinión general, *Nana* es mucho menos moral que la *Dame de chez Maxim's*.

La pieza anterior de M. Brieux, *Les Remplaçantes*, hirió también de frente los prejuicios de algunos. Predicaba la supresión de la nodriza, recordaba á las madres su deber de educadoras, y presentaba los inconvenientes de abandonar al niño entre manos mercenarias. París no estaba preparado para aceptar esa tesis. Desde tiempo de Juan Jacobo Rousseau no se había levantado ninguna voz en favor de esa idea. Todos habían convenido en que las madres ri-

cas son fatalmente débiles, y no pueden amamantar á sus hijos. El bueno de M. Brieux pasó un mal rato. Si sus defensores fueron muchos, sus adversarios se contaron por millares. Y los cronistas ligeros del bulevar, que presienten la opinión del público y la formulan, abrumaron al infortunado autor con sus terribles ironías. Porque, en resumen, lo que la generalidad no admite es que se rompa con su atávica manera de pensar. Quien examina lo existente, critica lo sancionado, ó admite opiniones que no coinciden con las usuales, se condena á ser visto como el « el enemigo del pueblo », del drama de Ibsen. M. Brieux no podía ignorarlo. El éxito de George Ohnet no se obtiene escribiendo *Les Remplaçantes*.

El escritor concienzudo no tiene más derechos que los demás hombres, pero tiene más deberes. Es quien indica rumbo, quien hace el gesto que todos repetirán mañana. Por eso le corresponde mirar siempre muy lejos y muy alto, sin que ningún interés le desvíe. Debe estar fuera del tiempo y de las cosas y vivir, más que para el hombre, para la idea. No es que tenga que acantonarse en un mundo ideal, y desdeñar los problemas de su siglo. Todo lo que

pueda influir sobre la suerte de la humanidad le concierne. El productor de belleza ha de ser apóstol, porque la belleza está en los hechos, no en las palabras, y la verdad es belleza en acción, suprema belleza. Ocuparse de los asuntos inmediatos de la comunidad, no es descender, es alzarse. El buen escritor empezará por ser buen ciudadano. Siendo el alma de su generación, es justo que vibre en los conflictos que deben agitarla.

Hemos dejado muy lejos la concepción egoísta del arte por el arte, el dilettantismo de la belleza exterior. Quede lejos también la preocupación exclusiva del renombre, y esa baja cupidez que fabrica inmortalidades de cartón y da lugar á una especie de burguesía del talento. Al artista le corresponde velar más por los demás que por él mismo. La celebridad es un jornal que gana en cambio del bien que hace. Piense más en la obra que en el jornal.

Si la calumnia le alcanza, sopórtela sin protesta; defenderse, es admitir la posibilidad del crimen. Que nada consiga apartarle de su derrotero: ni la avidez del triunfo, ni los bajos apetitos, ni el deseo de medrar. Ha de ser como los árboles seculares, que sufren impasibles el

azote de las tormentas sin dejar de levantar los brazos al cielo.

Un grabado de Gustavo Doré podría simbolizar la crítica menuda: representa un enjambre de hombres liliputienses que esgrimen agujas contra los colosos que escalan las montañas. Pero los pequeños espíritus son necesarios; porque así como sin el metro no sería posible medir la altura de las pirámides, sin ellos, ¿cómo se medirían los demás? Poco importa que alcancen un triunfo pasajero, y se apoderen momentáneamente de la opinión. Ciertos hombres son como las grandes olas: al levantarse, hacen el vacío en torno de ellos. M. Brieux ha entendido así su papel, y es necesario confesar que no le ha faltado ni energía, ni audacia. El escritor sano debe marchar con los ojos fijos en la verdad, sin que le detenga el aplauso ó el insulto, realizando su obra, cumpliendo su misión, y viendo pasar el mal, —hasta el mal que le hiere, — con la altiva serenidad del hombre honrado. Su divisa es la de Boissy d'Anglas: *Bien faire, et laisser dire.*

FIN

ÍNDICE

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS. 6, RUE DES SAINTS-PÈRES
255.10.1905